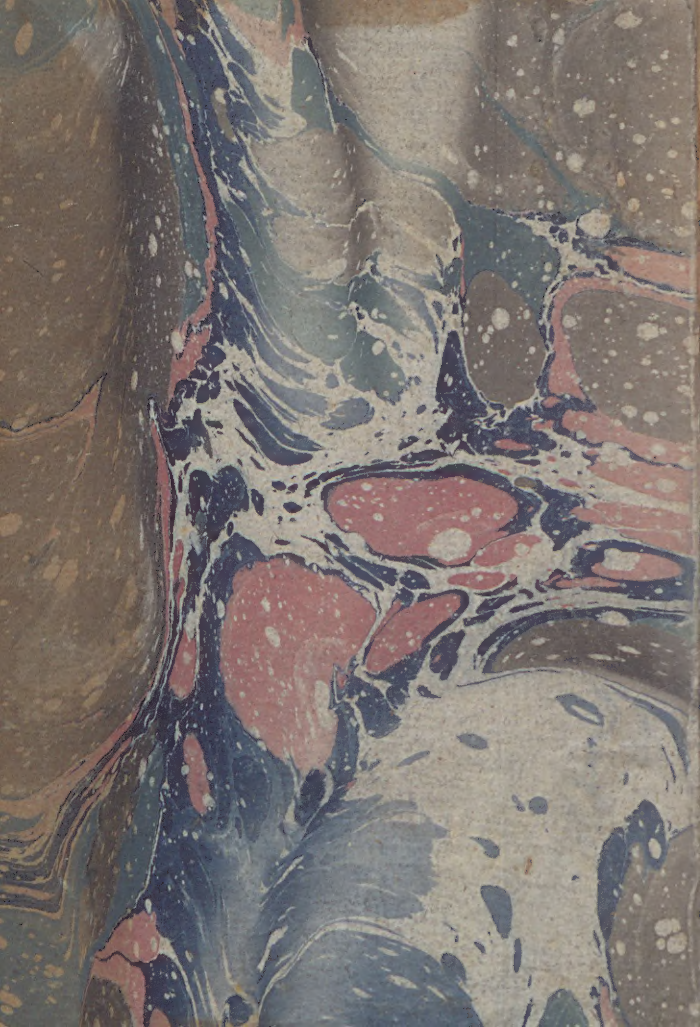
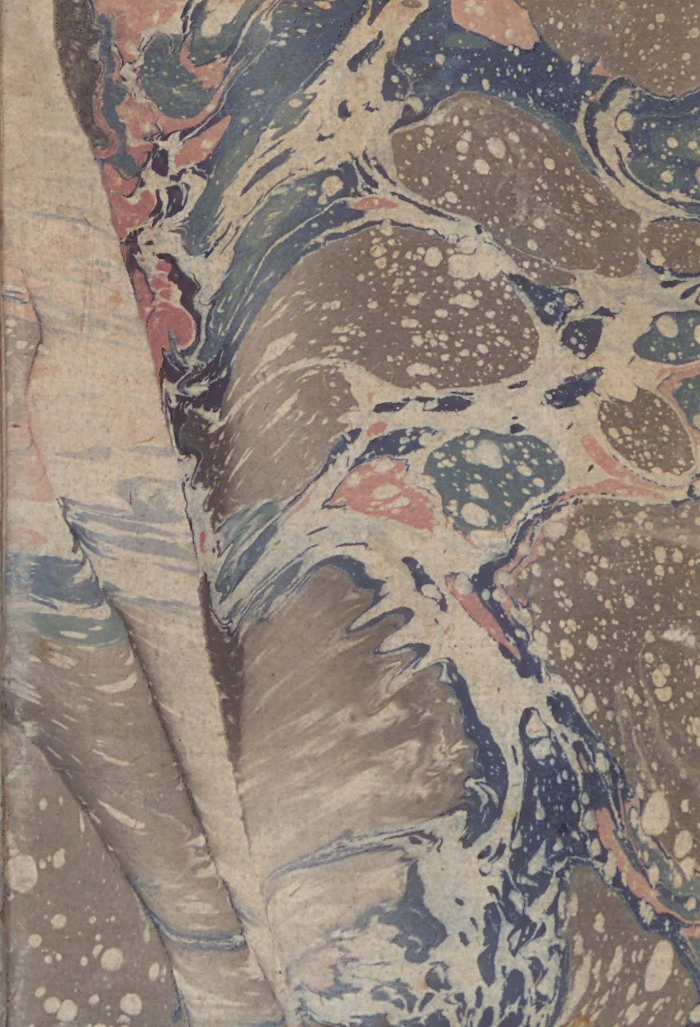






GALERIA FUNEBRE

DE ESPECTROS

Y SOMBRAS ENSANGRENTADAS.

TOMO I.



GALERIA FUNEBRE

DE HISTORIAS TRÁGICAS,

Espectros y Sombras ensangrentadas.

SU AUTOR

D. Agustin Perez Zaragoza Godinez

dedícala

Á LA AUGUSTA REAL PERSONA DE S. M.

DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON,

Reina de las Españas,

bajo la Real proteccion del REY N. S. (Q. D. G.)

TOMO I.

MADRID: Junio, 1831.
Imprenta de D. J. Palacios, *calle del Factor.*

A la Reina Ntra. Sra.

Señora:

El *júbilo inesplicable que sintió mi corazon, cuando la piedad del Omnipotente inspiró á nuestro amado Soberano la feliz*

eleccion de una esposa adornada de la amabilidad y virtudes de V. M., digna por tantos conceptos del amor y respeto de los españoles, me estimuló á consagrar desde aquel venturoso dia mis tareas y limitado saber á tan apreciable Reina, aspirando á el alto honor de poner á V. R. P. una obra de distraccion y recreo que algunas veces pudiese aligerar el peso de los graves y penosos cuidados, que como Reina y madre tierna de tantos vasallos, cercan de contínuo á V. M. Ningun deber es mas grato al vasallo amante de sus Soberanos, que el de ofrecerles el fruto de sus desvelos y afanes: corto es á la verdad el que puede sacarse de la obra Galería fúnebre; *mas sin embargo, alentado por la natural bondad de V. M., tan amable como generosa, me atrevo á ponerla á V. R. P., como la prueba mas relevante de mi sumision y respeto. Dígnese V. M. admitirla y dispensarla vuestra Real proteccion, pues con tan singular*

favor quedarán mas que suficientemente recompensadas las tareas de vuestro mas humilde y fiel vasallo.

Señora:

A L. R. P. de V. M.

Agustin Zaragoza y Godinez.

GALERIA FUNEBRE.

Obra nueva de prodigios, acontecimientos maravillosos, apariciones nocturnas, sueños espantosos, delitos misteriosos, fenómenos terribles, crímenes históricos y fabulosos, cadáveres ambulantes, cabezas ensangrentadas, venganzas atroces, y casos sorprendentes.

Colección curiosa é instructiva de sucesos trágicos para producir las fuertes emociones del terror, inspirando horror al crímen, que es el freno poderoso de las pasiones.

PROLEGÓMENO
DE
EL AUTOR Á LOS LECTORES.

«La historia, dice un sabio, es el tratado mas escelente que

tenemos de moral; pero es preciso saberle leer.» Partiendo pues de este principio, y proponiéndome escribir una obra útil y grata á mis lectores, emprendí hace tres años la que hoy les ofrezco respetuosamente bajo el título de *Galería fúnebre de Espectros y Fantasmas ensangrentadas, ó sea el Historiador trágico de las catástrofes del linage humano.* Toda ella se compone de sucesos horrorosos y verídicos, y la escrupulosa atencion que procuré emplear en su eleccion, el cuidado con que envuelve, bajo el velo de la historia, lecciones de la mas austera moral, y la sinceridad con que la presento, me hacen esperar que

el público ilustrado é indúlgente la mirará como una coleccion interesante, amena é instructiva.

Quéjanse muchos con razon de que no se publican obras histórico-morales á propósito para ponerlas en manos de la juventud, con el fin de que saque de su mismo recreo un suceso saludable, bien diferente del que producen los cuentecitos, los romances, las novelas y las poesías amorosas. En efecto, las grandes historias son demasiado voluminosas y considerables para esta edad poco susceptible de una lectura larga: á mas de esto, en los historiadores, aun los mas circunspectos, se hallan algunas veces pasa-

ges peligrosos á unos corazones demasiado débiles, en quienes el vicio tiene frecuentemente tanto imperio como la virtud: las colecciones de acciones interesantes, de anécdotas curiosas, etc., que por su forma y objeto parece debian entrar en un plan de educacion, han sido retiradas por el cuidado justamente escrupuloso del gobierno y de los preceptores; sin hacer mencion de los descuidos y absurdos de que la mayor parte de estas colecciones efímeras estan comunmente llenas. ¡Cuántos rasgos licenciosos, anécdotas libertinas, chistes lúbricos y reflexiones temerarias no se encuentran en ellas, capaces de

pervertir el mejor natural, y mucho mas en aquellos momentos de la vida en que las pasiones empiezan á desplegar su imperio! Los redactores de tan perniciosas obras han creido sin duda que para merecer la aceptacion del público es preciso insultarle, convidándole al crimen en vez de presentarle las tristes pruebas de la debilidad del corazon humano: juzguemos mejor de nuestro siglo, pues por pervertido que le supongamos, ama aun, predica, desea poseer la virtud, y no desconoce sus encantos: todo el que escribe para sus semejantes, no hace mas que pagarles el tributo de respeto que les debe, presentándoles pro-

ducciones dirigidas á perpetuarla con el buen ejemplo, y con la práctica de las buenas costumbres.

Si algunas novelas fundadas en la sana moral suelen producir efectos saludables en las criaturas, con mayor causa deberán lograrse estos, presentándolas acontecimientos verídicos, horrorosos y sorprendentes, como los que en esta obra se consagran á la virtud contra el vicio, tomados los unos de algunas obras, y los otros sacados de las diferentes historias de las naciones. Aquellos son ejemplos frios, á veces inverosímiles; y mirados como fabulosos, no hacen generalmente la mayor impresion;

mas estos, que presentan realmente los estravíos y debilidades funestas del género humano, es de esperar produzcan en las almas nobles y sensibles un odio irreconciliable al crimen con el propósito de sujetar sus inclinaciones, cuando no sean conformes con los consejos de la razon y los gritos de la conciencia.

Persuadido pues de que hace un servicio singular á sus semejantes todo el que escribe contra el crimen y el error, me propuse publicar esta obra que abrazase los dos objetos, y sirviese de freno, cuando no de remedio, al error y á las consecuencias de una exaltada pasion. En efecto, con las fic-

ciones de la óptica, y con la pintura de aquellos seres ideales, de aquellos objetos quiméricos que una débil y tímida credulidad suele ofrecer á la imaginacion, podrá destruirse la idea tan generalizada de la existencia de tantos duendes, de la aparicion de tantos muertos y de mónstruos que nunca existieron entre los seres creados por la naturaleza: error, á la verdad, comun á muchos desde la cuna, y que en la infancia afecta peligrosamente bajo el nombre de *Coco* á los niños por el abuso y torpeza de los criados y nodrizas, que tambien en la pubertad fomentan esta idea bajo aquella primera impresion con sus perniciosos

cuentos y novelas; y en cuanto al otro estremo, presentando al crimen bajo el mas negro colorido en estas historias trágicas que nos transmite la de todos tiempos y de diversas naciones, es de esperar un suceso saludable en las costumbres, á beneficio del horror que deben causar las catástrofes que ha producido siempre el desenfreno de las pasiones. Esta obra, como que instruye deleitando, servirá igualmente de distraccion á las tertulias en las dilatadas noches del invierno. El anciano, el jóven, las niñas, las viejas, todos volverán la hoja con aquel impaciente deseo que naturalmente producen la admiracion, el terror y la cu-

riosidad. Las personas sencillas é inocentes se convencerán del error en que han vivido de mirar las ficciones de la mágia y sus ideales visiones como realidades; y últimamente, la juventud, en medio de aquella ansiedad peligrosa que ciegamente la impacienta y mortifica, cuando el fuego natural de su edad tierna, inesperta é irreflexiva la tenga ya á los umbrales de un precipicio, y en el momento terrible en que, embriagada por las seductoras ilusiones de una pasion amorosa, pretenda ser su víctima, despreciando los obstáculos y peligros que la amenazan, hallará en esta *Galería fúnebre* el triste cuadro de su situacion.

El horror mismo que la cause, reprimirá sus criminales deseos, y ejerciendo entonces la razon su imperio, podrá salvarla, y mitigar el fuego que abrasa y aflige á su candoroso corazon para convertir su imaginado placer y fortuna en desventura, llanto y dolor.

Si logro estos resultados, dará mi *Galería fúnebre* un nuevo realce á la virtud, produciendo un justo horror al vicio; y reprimiendo aquel imperioso impulso de la funesta pasion mas dominante del género humano, que tan frecuentemente le hace traspasar los límites de la razon, podrán salvarse muchos incautos de los estragos que produce el amor sobre las

víctimas que sin cesar aprisiona en sus redes. El niño que desconoce la propiedad del fuego, se quema por cogerle inocentemente con su mano: la sencilla mariposa, seducida por el brillo de una luz artificial, que confunde con el astro luminoso, la ronda y goza alegre y placentera revoloteando en su rededor, hasta que lanzándose á su llama es devorada por ella. Las pasiones pues halagan del mismo modo á las criaturas, las fascinan, las arrastran, las cautivan, las seducen, las ciegan en fin, y á beneficio de su natural debilidad y propension á los placeres, suelen precipitarlas frecuentemente en un abismo de

males que las hacen desgraciadas por toda su vida.

Feliz yo si con estas historias, con estos tristes y horrorosos recuerdos de la debilidad humana, puedo inspirar un terror saludable que produzca la continencia y arrepentimiento que la humanidad, la religion y la moral reclaman, para que la sociedad reformando las costumbres, no tenga que gemir bajo el rigor de las leyes y del crimen frecuentemente, desapareciendo de ella los puñales y los patíbulos, objetos precursores de la destruccion, de la calamidad y de toda catástrofe horrorosa é infamante que viene á parar en luto y llanto. Muy feliz, digo, si

mis espectros y fantasmas, corriendo los lúgubres crespones de la imaginacion conmovida de mis lectores, pueden hacer brillar la moral que los ha dictado; y si el arte en estos apólogos no ha favorecido á mis intenciones, al menos me atreveré á lisonjearme de que la crítica depondrá su severidad en consideracion á los motivos y sinceridad que han dirigido mi pluma. Todos los medios son buenos cuando se encaminan á purificar las costumbres, presentando al crimen bajo aquellos colores mas odiosos que puedan influir en el ánimo de las criaturas, reprimir sus pasiones, meditar sobre sus deseos atentamente, y librarse, en

fin, de una catástrofe que ocasiona su inevitable perdicion.

Con esta obra el crédulo es desengañado é ilustrado para salir del error: el vicioso, el inmoral, el hombre relajado detiene sus criminales pasos al verse acaso bosquejado en alguno de estos ejemplos; y últimamente, el incestuoso, el impostor, el parricida, el ciego enamorado, el ladron, el asesino, en una palabra, todo culpable de cualquiera delito que fuere, recorrerá mis cavernas, mis horrorosos encierros, mis subterráneos, los cementerios de víctimas inocentes, de mártires inmolados por el furor inhumano de las pasiones, y no podrá menos de esperimentar

los mas crueles cargos de su remordimiento. Entonces será logrado mi intento, siendo tan corto el paso que dista de este el dulce arrepentimiento, con el que todo criminal podrá refugiarse en el seno misericordioso de la Divinidad, y yo esperar con fundamento haber inspirado á mis semejantes meditaciones tan saludables y profundas, como las que producen los tratados mas serios de religion y jurisprudencia.

INTRODUCCION ANALITICA.

Sin embargo de que el prolegómeno que antecede, pudiera suplir á esta introduccion, voi á dar una idea mas exacta de la obra, para que el público pueda formar su concepto, y recrearse un momento sin dispendio alguno leyendo solamente el análisis que le presento con algunas cortas digresiones que le amenicen dictadas por la esperiencia; y si por el deseo de orientarle me encontrase algo prolijo, no dudo que teniendo en consideracion el motivo que me impele á ser difuso, me dispensará su indul-

gencia por premio de mi senceridad, pues ninguno podrá decirse engañado conociendo lo que compra. Digo, pues, para entrar desde luego en la materia :

Que las personas de un gusgusto relajado, de una instruccion escasa, y poco codiciosas de adquirirla, se ocupan comunmente de composiciones superficiales y estériles, ya sea en literatura, ya en espectáculos; mas no asi las almas bien organizadas, de un carácter reflexivo y sensible que buscan con anhelo las emociones interesantes y aquellos golpes vigorosos, que dirigiéndose al momento á los resortes del corazon, le causan aquellos estre-

mecimientos repentinos que los poetas llaman *dulces temblores del terror*. El Aristarco francés dice, que en los discursos se debe buscar siempre el corazon hasta conmoverle; porque si por un movimiento natural no se logra inspirarle terror, placer ó compasion, en vano es presentarle una escena importante, pues con frios razonamientos no se hallará mas que tibieza y fastidio en todo lector, que perezoso siempre en aplaudir, y dispuesto á dormirse y criticar los esfuerzos de la retórica, no hallando cosa que ponga en movimiento sus pasiones, arrojará con enojo el libro y renunciará á volverle á mirar; y última-

mente dice, que el gran secreto está en agradar y despertar la curiosidad por ver el fin de una materia que le ha llegado á interesar.

Partiendo, pues, de este principio, escribiré solo para las personas de una imaginacion viva y exaltada por las impresiones fuertes, y de una alma sensible. Pretendo fijar su atencion presentándoles cuadros terribles y combinaciones espantosas: trato de reunir bajo ciertos casos históricos todo lo que el prodigio de la mágia, todo lo que los prestigios de lo maravilloso pueden ofrecer de singular y estraordinario á los ojos de los hombres.

Al ver estas escenas trágicas

tan sensibles, se estremecerán mis lectores, perderán sus facultades intelectuales, se inflamará su corazon, su espíritu sufrirá una saludable inquietud, y sea que las emociones que esperimenten provengan de un gran terror, sea que resulten solamente de una viva sensibilidad, se recogerá siempre el fruto de una preciosa meditacion.

La lectura de los grandes infortunios del hombre parece no debe tener el simple objeto de la diversion, sino tambien el de preparar el camino con anticipacion á todas las desgracias de la vocacion humana. Este es el modo de precaverse de la adversidad, y de familia-

rizarse con su imagen; recreándose en contemplar estos cuadros denegridos de nuestra flaqueza.

Con estas disertaciones rápidas hago la apología del género de composicion que he elegido. No es mi intencion la de cautivar únicamente el ánimo de mis lectores con un fárrago de anécdotas ó episodios quiméricos, forjados por mi imaginacion, donde presida esclusivamente el genio de las ficciones: *Nada hai bueno sino la verdad: solo esta es apreciable*; y penetrado de este precepto, haré que intervengan frecuentemente aventuras reales y verdaderas en estas páginas históricas consagradas al

terror. Por consiguiente, en este proyecto hermoso á lo Young, en esta Galería fúnebre de pomposos funerales, no trato de hacer la exhumacion de los sueños nocturnos de la sepulcral Rosdeliff ni de los misterios de Udolfo.

Sin embargo, no faltarán críticos de bote y boleo que nieguen su aceptacion á esta obra; mas no desmerecerá por esto la de los hombres sensatos y de las señoritas que ansien instruirse y sacar un fruto saludable de la lectura que eligen para su diversion. Resonará contínuamente á sus oidos el ruido espantoso de metales y cadenas; se paseará su imaginacion por largos pasadizos,

cuevas, obscuros subterráneos, donde á la escasa luz de una lámpara moribunda divisarán un cadáver amoratado etc. Mas todo esto no será como las metáforas gigantescas ni los cuentos de niños que suelen imprimirse; pues bajo las ficciones de la mágia, de que me valgo para hacer mayor la sorpresa que deben causar unos sucesos históricos, en sí mismos bien horrorosos, procuro atacar la superesticion, y presentar á mis lectores acontecimientos que fijen su imaginacion viendo pintado al vivo el cuadro de la debilidad humana, que les obligue á entregarse á la meditacion y al dolor, para sacar el fruto precioso del horror al

crimen que reprima sus pasiones.

Si esta obra llegase á manos de un petimetre, de los muchos que hay tan ignorantes como afeminados, y que nunca conocieron el placer de las grandes impresiones del alma, es posible que al momento la arroje con desprecio sin haberla leido. Siempre tonto, siempre lleno de ambar y de insolencia, empalagoso en todas partes, no podrá distraer su vista, consagrado esclusivamente al tocador, ni recibir sensacion alguna, aunque vea la copa emponzoñada de Rodoguno. Se acreditaria de no tener buen gusto, si la fragilidad de sus torpes órganos pudiese soportar

las fuertes emociones de una alma sensible. En el momento mismo en que Orestes, cruelmente vendido por Hermione, desplega sus furiosos celos con toda la violencia de que es capaz el amor despreciado, en este momento tan crítico y tan interesante he visto á un Adónis de estos que hoi se conocen bajo los nombres de lechuguinos, merengues, suspirillos y otros, salir de un palco con la mayor indiferencia y frialdad, haciendo ruido con aire burlon, y marcharse á hacer señas y carantoñas con sus gemelos á otro palco, interrumpiendo la atencion de un público ansioso de ver el resultado de una escena tan importante. Este mono, es-

te ente sin alma tiene muchos imitadores, y no esperamos merecer su aceptacion; al paso que otros aunque parezcan de su clase, por ser jóvenes prosélitos de las modas y amantes de la compostura, propia de su juvenil edad, pero sin afectacion que los entregue al ridículo, se dignarán leer con aprecio nuestra Galería fúnebre, y ser clementes con el autor que les consagra sus tareas históricas para dar un desahogo á sus ocupaciones, y distraer su imaginacion en los vacíos que les permita el estudio de otras obras de mayor instruccion.

Tambien hay en el bello sexo muchas figureras remilga-

das, que con unos paracaidas por gorros, enamoradas de sí mismas, llaman á todo el mundo la atencion en el palco; y estas en la escena mas sorprendente de una pieza, momeras de profesion, revientan de risa, ó mas bien afectan reirse, por enseñar el esmalte de sus dientes y el carmin de sus labios de rosa, color comunmente prestado: los chulitos que las rodean, creyendo remedar lo grande, y que hacen un papel interesante, con aire afectado y ridículo vuelven las espaldas al actor, apuntan en todas direcciones con su lente, hacen mil movimientos, se componen el pelo ensortijado, y salen con sus gesteras del teatro sin poder

dar noticia de una tragedia sentimental que acaso hizo enternecer á todo espectador; mas estas impresiones y los aplausos no son ya de gente de tono: un caballerito, *comme il faut*, es decir, un elegante, un lechuguino, un flamante, un merengue, debe tener el gusto estragado sobre todas estas cosas, y fuera vergonzoso tener el menor sentimiento de aquellos que inspira la misma naturaleza.

¿Cuál será pues la consecuencia que deberemos sacar de estas digresiones satíricas?... Que es inútil escribir para esta clase de seres que hasta en su figura degeneran de la especie humana: muñecos almibarados, pajas doradas que nunca fueron

mas que el simulacro de la virilidad: su cuerpo y alma, enervados por la relajacion física y moral, apenas pueden sentir sin dolor las suaves vibraciones de una harpa ó la catástrofe sentimental de un romance.... Mas volvamos á nuestro testo, y haremos á nuestros lectores algunas reflexiones filosóficas.

Nadie puede dudar que la molicie de las ideas, las costumbres afeminadas de la juventud, y las composiciones insignificantes de literatura influyen de una manera mui perjudicial en el carácter de un pueblo. Licurgo, este gran legislador, lo habia bien conocido, cuando despojando al oro

mismo de todos sus prestigios, y trastornando la educacion de las jóvenes con los ejercicios gimnásticos en su edad nubil, supo este grande hombre sustituir los pensamientos varoniles en el bello sexo á las especulaciones de la avaricia, á la gazmoñería y á la fingida modestia, aunque como gentil faltó á los cristianos principios, opuestos por su moral á los del gentilismo: sabia mui bien que la castidad no consiste solo en las palabras ni en las acciones esteriores, y que para ser perfecta necesita principalmente estar acompañada de la pureza del pensamiento y de la austeridad de los principios, para Dios que conoce los corazones,

pues para el mundo suelen pasar frecuentemente por realidades las apariencias en muchos hombres. La inocencia, en su ingenuidad natural, deja de serlo cuando se cubre de gasas poco trasparentes, y jamas la verdadera virtud ha podido contrahacerse con gestos ni ficciones, por mas que la hipocresía pretenda enmascararse; pues nunca fue ni podrá ser mas que una sombra de la realidad.

Parecerán ociosas estas reflexiones, porque nuestras instituciones y costumbres estan arraigadas de tal manera, que nunca se podrá intentar refundir el órden social, tomando por modelos los que Licurgo y Solon introdujeron en Espar-

ta y en Atenas; pero no está menos probado que el melindre, que la afeminacion y la elegancia de nuestras costumbres han destruido y hecho degenerar el carácter y espíritu nacional, y que para imitar el paralelo de Plutarco cuando dice, que *Roma de cabaña fue invencible, y Roma de mármol fue vencida*, fuera necesario esterminar una generacion, y formar asi la que la sucediese desde el pecho de las madres: no hubieran cambiado muchas ciudades sus laureles por dignidades aparentes y opulentas si hubiesen sostenido el carácter de bronce que se les ciñó; y á ejemplo de Atenas, segun la espresion de Te-

místocles, no hubieran visto el humo del campo de los enemigos.

Mas sin necesidad de citar los torrentes de sangre humana que derramó Sila en la Cerámica, y sin poner en contribucion los monstruosos escesos de los antiguos, tendriamos mas que sobrado en los siglos modernos, particularmente aquellos de que Shakespeare, el trágico inglés, tomó tambien sus sombras ensangrentadas.

Ah! lejos de faltarnos materia, ¿no tenemos bastante recorriendo las atrocidades que han cometido los puñales en otras épocas mas modernas? Y últimamente, en defecto de estos horrores, la estravagancia

sola de los acontecimientos de la vida ¿no nos suministraria materiales para escribir mil volúmenes? Las muchas y largas guerras de veinte y cinco años á esta parte ¿no pueden darnos infinitos sucesos y desgracias para formar nuestra *Galería fúnebre?* La Europa moderna es una fuente inagotable de fenómenos y de prodigios innumerables; y sea que coloquemos la escena en la abrasadora Andalucía, sea que nos trasportemos á la mortífera Calabria, bajo los fuegos del cielo italiano, por todas partes nos lisonjeamos de poder inspirar el mayor interes.

El lector que fuese codicioso de sensaciones fuertes, que

nos siga á la luz opaca de nuestras lámparas lúgubres, hasta aquellas sinuosidades pérfidas y catacumbas infernales: le serviremos de guia tutelar, preservaremos su rostro de las aves nocturnas que alli revolotean, le guardaremos de aquellos reptiles que alli lanzan su dardo venenoso; y si el grito lúgubre de las víctimas que en estos parages yacen apiladas, llegase á herir sus oidos y llenarle de terror, haremos que desaparezcan; y en fin, si le horrorizásemos con tan tristes páginas, tambien le demostraremos los efectos de la física, revelándole el secreto impostor del galbanismo de los antiguos egipcios, con el que fa-

natizaban á los pueblos, presentándoles cadáveres movibles. Esto es lo que hizo Mahoma, aunque de otro modo, mandando se le colocase despues de muerto en su sepulcro de acero, debajo de una piedra de iman, para divinizar sus cenizas y su nombre con una ascension prodigiosa.

«Vamos, dirá una señorita literata que se digne tomar esta obra en sus manos, ya conozco la idea del autor: este quiere poner á prueba el valor y sensibilidad de sus lectores.» Y en efecto, no es otra mi intencion al proponerme divertirlos, y á la vez instruirlos con hechos históricos de los tristes efectos de una pasión desorde-

nada. Desgraciada la jóven que hallándose sola en su cuarto y casa de retiro, en medio de un desierto lleno de malezas y bosques, y no teniendo otra música que los gritos lamentosos de lechuzas y mochuelos en una noche tempestuosa, tuviese el arrojo de ponerse á leer nuestra *Galería fúnebre*: ya veo herizados sus cabellos y palpitar agitadamente su corazon de una fuerte opresion: sus ojos, imágen del terror, verán revolotear de repente fantasmas espantosas detras de su asiento.... un espectro estraordinario en la alcoba, y los dobleces de las cortinas se convertirán en figuras horrorosas: verá cruzar duendes por todas partes, y

hasta en la chimenea resonará el ruido sorprendente de cadenas estrepitosas.... Tal será el estado, en fin, en que se halle su imaginacion, que todo para ella se transformará en visiones. En momento tan crítico llegará Jazmin, el críado, con la cena.... Josefina, la doncella, se presentará con el trage que su señorita acostumbra ponerse de noche, y.... ¡ah mónstruos inhumanos!.... Su ama, ya enagenada, ha tomado al primero por un espíritu malhechor, y á Josefina por una de aquellas apariciones fatales que hacen el suplicio eterno de un asesino!!!.... El terror infundado de nuestra lectora es ya tal, que la decide á llamar á toda la

familia: tira de la campanilla, prorrumpe en descompasados gritos, se acongoja, y en fin, todas las sombras de su aposento son en su imaginacion cuerpos animados. Hasta el gato es para ella un ser mágico sospechoso: mas esforzándose Jazmin y Josefina en hacerla volver de su error, logran ya por último ser conocidos.

Tal será sin duda el terror saludable que inspirará esta obra al jóven que la lea á solas en altas horas de la noche, causándole despues la risa mas deliciosa el mismo convencimiento de sus ilusiones, quedando enteramente persuadido de los efectos que produce una imaginacion exaltada por el

miedo y el terror, contra los que escribimos, envolviendo la historia con los casos verdaderos que hemos sacado de ella; y mayor será el placer y diversion de una tertulia cuando se miren unos á otros las caras macilentas, desencajadas, y pintados en ellas el asombro y el espanto, haciendo en alta voz su lectura. Reflexionemos mas.

La situacion de esta señorita, sola en su cuarto, de noche, y enmedio de un despoblado, inmediato á los montes de la aldea, debe ser muy crítica, si llevada de la aficion á esta clase de obras horrorosas se le antoja tomar un tomo de la nuestra ínterin la rinde el sueño. Es media noche.... hora fatal

del crimen y del silencio!!!!...
Este es el precioso momento que ha escogido para leer la *Galería fúnebre*; pero apenas ha llegado á leer algunas páginas, cuando ya su respiracion es interceptada: su inquietud la hace mirar á todos lados: un temblor penoso se apodera de sus sentidos: sus vestidos colgados de una percha son ya en su espíritu aturdido y aterrado objetos fantásticos que la amenazan con sus miradas. Su gorro y su sombrero, adornados de guirnaldas de flores, al traves de la sombra de la luz, toman la figura de dragones volando; y en fin, hasta su harpa en la oscuridad se la trasformará en una horrorosa pri-

sion con grandes cerrojos: mas pluguiese á Dios que su imaginacion no formase mas objetos que acrecentasen su terror. La pobre niña habia almorzado de un pavo asado que la criada se olvidó de retirar, y revestido este animal de todos los colores de la prevencion, se convierte á sus ojos en una cabeza lívida y ensangrentada, dividida de su cuerpo el dia anterior por la cuchilla del verdugo; y para colmo de su desgracia, el viento que agita y hace crugir las puertas, la hace ya creer que una cuadrilla de asesinos sube sordamente la escalera.... En peligro tan inminente, su primer pensamiento es el de precipitarse fuera de la

cama.... Se arroja en efecto de ella, y con el aturdimiento y celeridad de sus movimientos trastorna la luz, se enreda con las cortinas, y no duda que la detiene una mano homicida para degollarla.... Quédase inmóvil, tiembla, agítase mas y mas la palpitacion de su corazon, y cae por último desmayada.... Anúnciase la aurora, y al presentarse el brillante astro luminoso vuelve en sí despavorida y ojerosa despues de tantas angustias y temores: respira ya con libertad, tranquilízase su abatido espíritu, y examinando los autores ideales y quiméricos de sus visiones, se rie, se admira, se burla, se avergüenza de su pusilanimi-

dad.... Pero.... ¡Vaya una introduccion! dirán algunos al ver estas digresiones: mas nó es intempestivo lo que ilustra sobre la materia y efectos que debe producir una obra; y en caso de ser demasiado prolijo un autor en sus prólogos, siempre merecerá la indulgencia de sus lectores, cuando su profusion se dirija á manifestar su buena fe y sinceridad, y darles la muestra del paño que compran. He concluido.

Aqui teneis pues, amados lectores mios, los lisonjeros resultados que esperamos obtener de la presente obra. Ningun elogio mas grato podreis ofrecernos que el de confesar habeis hallado horrorosas nues-

tras sombras. Si con estas sangrientas narraciones podemos lograr que cualquiera jóven se eleve en su silla, sin atreverse á volver la cabeza, temerosa de hallarse en todas direcciones con una garra infernal, de ver unos ojos vomitando fuego, y que mil espectros se acercan para hacerla polvo.... En una palabra, si leyendo nuestra *Galería fúnebre*, no ve ya sino figuras espantosas forjadas por su imaginacion exaltada; si en sueños ó al través de las sombras de la noche no se figura rodeada de veinte puñales levantados sobre su cabeza, y miembros palpitantes por el suelo, manchas de sangre en sus almohadas, y últi-

mamente, su cama trasformada en un horroroso patíbulo..... entonces, llevado de mi enojo y desaliento, arrojaré al fuego mi pluma, y renunciaré para siempre al arte de mis prestigios; mas.... aunque se mire como un arrojo, contrario á la modestia debida, confesaré francamente que me inspiran mucha confianza mis talismanes, y que espero lograr de esta obra histórica los efectos que tantos crímenes deben producir en el corazon humano, con el auxilio de la ficcion en la parte que abraza lo sobrenatural y maravilloso.

Empezaremos pues por tender los negros crespones y espesas gasas de la mágia para

llenar de cipreses nuestra Galería: prepararemos la seriedad: reuniremos los ceños y sobrecejos cadavéricos, los patíbulos, los suplicios, los tormentos, y todos los ardides de la ficcion, como cuevas, subterráneos y demas asilos del crimen. Venga la historia á ilustrarnos, y concurra todo á darnos una idea capaz de llenar nuestro objeto. Con estos elementos podremos ofrecer á nuestros lectores una obra nueva en su clase, que envuelva la ficcion con la verdad, y que no solo les divierta, sino que les instruya de lo que ha sido y es capaz la debilidad humana. Su lectura será útil á la juventud, y mas al débil que al

sexo fuerte, para despreciar las necias aprensiones que desde la cuna producen el error y la timidez por la torpe credulidad de los criados y nodrizas, trasmitiéndosela á los niños en sus cuentos de brujas, duendes, fantasmas y muertos resucitados, pues por este medio se convencerán de ser en su mayor parte una ficcion de la óptica, sostenida por la ignorancia, que supone verdaderas las ilusiones de la imaginacion; y últimamente, con la parte histórica verán en accion su sensibilidad para huir y detestar el crimen, reprimir sus pasiones, y evitar se repitan delitos y catástrofes que tanto afligen á la humanidad.

A falta de sucesos tan horrorosos, como los que hemos tomado de la historia, recurririamos á las terribles avocaciones y sangrientas estratagemas de las Pitonisas de la Grecia; pues llevando al colmo el aspecto de nuestras historias trágicas, es mas fácil inspirar á todo lector los dulces efectos del terror que siempre hicieron la delicia de las almas sensibles.

HISTORIA TRÁGICA 1.ª

MILADI HERWORT

Y MISS CLARISA:

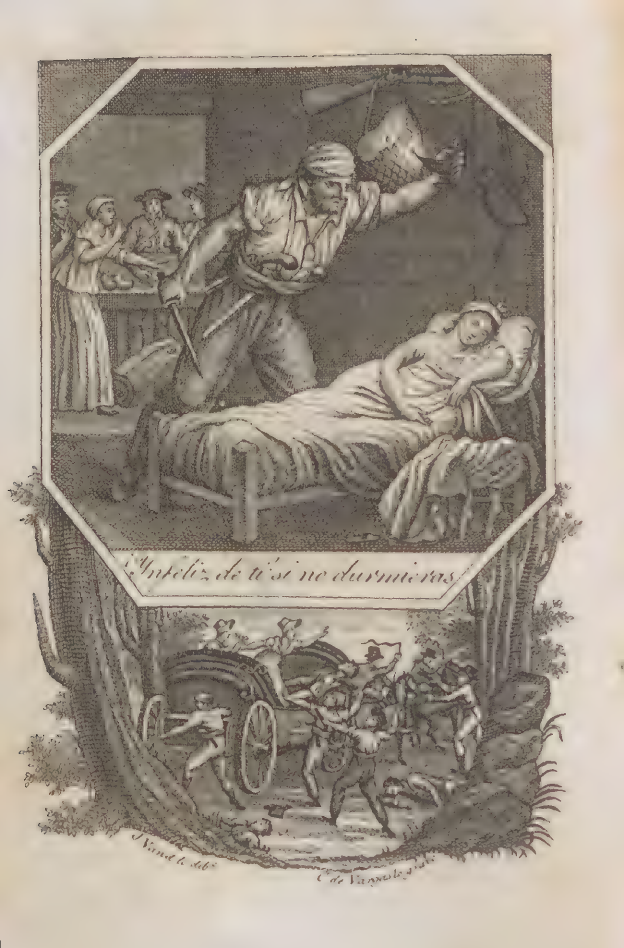
O BRISTOL,

EL CARNICERO ASESINO.

La naturaleza no produce felizmente, sino de tiempo en tiempo, de aquellos mónstruos, cuya ferocidad estraordinaria y criminales inclinaciones afligen tanto á la humanidad, que confunden las meditaciones de los mas doctos metafísicos. Will Brístol, nacido en Handeley, arrabal del condado de Deshouvire en Inglaterra, es un ejemplo bien doloroso: su padre, sin embargo, juez bastante acomodado de estos cantones, y viudo poco tiempo despues de su enlace, no habia omitido diligencia alguna para corregir las perversas in-

clinaciones de este hijo único : dulces y paternales consejos, tiernas amonestaciones, buenos principios, educacion religiosa y fina, colegios, universidades costosas : en una palabra, este padre desventurado no perdonó medio ni gasto para inspirar á Bristol sentimientos de honor y de sinceridad, y domar su ferocidad natural; pero fueron infructuosos sus esfuerzos. Bristol, nacido para el crímen, sintió bien temprano las primeras inclinaciones de su perversidad; y enemigo jurado de todo lo que era revestido de las formas de la honestidad y de la virtud, lejos de procurar vencer sus odiosos vicios, los consideró al contrario como precursores preciosos que debian





Infeliz de ti si no durmieras!

conducirle á una fama singular. Su vida en el colegio fue pues, en dos palabras, la de un hombre malo, de un bribon incorregible, que por sus travesuras sanguinarias dió lugar á que le espulsásen de las clases, y llegó á ser, no solo el objeto de un justo enojo y aborrecimiento de sus maestros, sino tambien el desprecio y odio de sus concolegas: volvió á la casa paterna, y habiendo ya llegado á la edad de veinte y cinco años, no quiso apreciar aun la razon para corregirse, ni hubo medios de poner freno á sus vicios y á sus infamias; y fue causa de la muerte de su inconsolable padre, que falleció á poco tiempo víctima de las pesadumbres que diariamente le daba

su hijo. Vedle aqui ya dueño de una fortuna bastante regular que no tardó en disipar. Mas, ah! ¿quiénes eran sus compañeros en los vicios y en la disolucion?.... ¡Hasta los criados del verdugo, cuya compañía buscaba con una pasion particular! porque todo aquello que tenia relacion con la efusion de sangre humana, era lo que mas lisonjeaba á su feroz corazon, por cuyo motivo se le veia asistir á todas las ejecuciones de los criminales; y si no se atrevia entonces á subir al patíbulo para prestar sus auxilios á los ejecutores en tan infame como horrible ministerio, era por el pequeño resíduo de vergüenza que le contenia en el pueblo de su nacimiento; pero ya le veremos

mui pronto traspasar los límites mas sagrados.

Por otro lado parecia que la misma naturaleza habia completádo su obra, dando al mundo un mónstruo como Brístol, pues era, si puedo servirme de esta espresion, uno de los corifeos mas intrépidos del crimen: apenas habia cumplido nuestro héroe los veinte y cinco años, cuando ya tenia una estatura gigantesca de seis pies, cuatro pulgadas descalzo, una constitucion proporcionada, ojos fátuos y terribles, barba y cabellos negros, poblados y cerdosos, y una fuerza prodigiosa, que solo pudiera compararse con la de aquel famoso Anteo que el valiente Hércules hizo perecer, haciéndole sufrir el mis-

mo suplicio con que él sacrificaba á los viageros de la Libia; es decir, ahogándolos entre sus brazos. Con tal físico, Brístol, llamado en todo aquel condado el Hércules de la Gran Bretaña, habia llegado á ser el terror del pais: no solo habian sido muchos hijos de familia víctimas de sus desafios, en que su estraordinaria superioridad en las armas le hacia siempre vencedor, sino que en tan repetidas quimeras su vigor admirable en luchar cuerpo á cuerpo le habia puesto ya por la voz general en el rango de los luchadores mas fuertes de Lóndres. Para él no habia superioridad física en los hombres: levantar pesos enormes, coger á un hombre de una corpulencia desmesurada, lan-

zarle á diez pasos contra una pared y estrellarle como un huevo; agarrarse del cubo de la rueda de una pesada diligencia en la obscuridad de la noche, y trastornarla al primer impulso con viageros y caballos; todo esto era para Brístol un juguete de diversion: su gran placer era tambien el de hacer sufrir á su caballo entre sus rodillas, matar un buei de un solo puñetazo, y apretando la mano del mas vigoroso mozo de carga de la capital, hacerle saltar la sangre por las uñas: uno de los juegos favoritos que tenia, á manera de ciertos gladiadores romanos, era ceñirse la frente con una cuerda mui fuerte ó gruesa, y hacer hinchar las venas con tal fuerza, que

lograba romper la cuerda sin sufrir lesion su cabeza de bronce, pues con ella rompia los tabiques de panderete tomando carrera. Los nobles, los grandes, los mas ricos Milores, curiosos y apasionados como sabemos de las luchas y de las justas de toda especie, no cesaban de tomar á Brístol por el campeon de sus grandes apuestas: todo Lóndres corria en masa, y las guineas llovian sobre el ilustre atleta.

En una sola circunstancia es en la que quedó desairado nuestro invencible gimnástico; tratábase de un desafio, y la cantidad que se atravesaba entre dos personages de la corte, era considerable. El primero tomó á Brístol, y el segundo

hizo fuesen á buscar á Escocia á uno de los mas terribles montañeses que ha producido este reino. Su estatura era formidable, su osamenta parecia estar al abrigo de las mismas balas, y una cerda espesa cubria todo su cuerpo; en fin, el mismo Milon de Croton se hubiera espantado al verle: nunca el sentimiento del temor habia hecho la menor impresion en el ánimo de este nuevo Atlas, y sus mas dulces pasatiempos en sus montañas eran de apoderarse de un salto de las astas del toro mas valiente, para trastornarle con su brazo irresistible, y clavárselas en tierra para dejarle amarrado.

A este terrible antagonista es á quien eligió el duque de Northum-

berland para hacer frente al mas temible de los luchadores de la Inglaterra, y acaso de todo el universo.

Se destinó una mañana el teatro de Drury-Lane á este efecto, adornado con el mayor lujo, y asistieron los mayores personages de Lóndres para ser testigos de una lucha tan singular, y la mas admirable que jamas habia fijado ni llamado la atencion de la capital: las mugeres no pudieron ser allí admitidas, porque la total desnudez de los combatientes no lo permitia: el patio se habia puesto como en las máscaras de la ópera al nivel del escenario, y los espectadores formaban al rededor de la liza un hermoso óvalo que colocaba á todo el

mundo á un punto de vista favorable. Por último, una trompeta anunció con una tocata alusiva á un acto tan feroz, el principio del combate; y dos especies de reyes de armas abren las dos puertas del circo de derecha y de izquierda, por las que se ven salir con un paso firme y magestuoso los dos seres mas formidables de la creacion. El atleta escocés, segun hemos dicho, velludo como un oso, y cuyos ojos hundidos y penetrantes centelleaban al través de una barba rizada, parecia mas bien un animal feroz y bipedo que una criatura humana: se oyen rechinar sus dientes como una pesada reja cuando se abre sobre sus goznes mohosos: todos sus cabellos se erizan al ver á

su adversario, y se abrasa ya por estrecharle entre sus brazos de acero: en cuanto á Brístol, aunque no tan espantoso, y de una espresion mas humana, mas varonil y mas marcial, se presenta con dignidad, no como un guerrero brusco y sediento de sangre, sino como un rival generoso y dispuesto á batirse como un verdadero héroe: su estatura es colosal, es cierto; el juego, la formacion de sus músculos, la fuerza elástica de sus jarretes, de sus riñones carnudos, de sus anchas espaldas, cuyo menor movimiento demuestra un inmenso mecanismo de fuerzas interiores, dan la mas alta idea de sus facultades físicas; mas como ya hemos dicho, no es un mónstruo espantoso como

el otro luchador, y la hermosura participa tanto como la fuerza en la elegancia de su constitucion. Segun la costumbre de los lacedemonios, nuestros dos justadores se habian macerado el cuerpo con cosméticos ó drogas oleosas, para dar mas flexibilidad y agilidad á sus movimientos de ataque ó de retirada. A su entrada en la liza resonaron en la sala grandes aplausos, á los que sucedió un profundo silencio: los criados del teatro pusieron en medio una mesa con diferentes carnes crudas, animales vivos, como carneros, perros dogos grandes, dos lobos furiosos, y una docena de botellas de rom, con todo lo que nuestros dos héroes empezaron á preludiar por fraternizar, devo-

rando cada uno siete á ocho libras de carne corriendo sangre: despues, apoderándose de los animales, apenas los ahogaban con sus manos de hierro, se divirtieron sonriéndose en abrirles el cráneo con sus propios dientes, y comerse sus asquerosos sesos. El escocés, á quien llamaremos en adelante Nemrod, se complacia particularmente en arrancarle las entrañas al lobo, teniendo las patas mui abiertas, considerando las contorsiones dolorosas de aquel animal vivo. Brístol demostró repugnancia solo en poner sus labios como su antagonista sobre estos animales carnívoros; pero el escocés los destrozó con placer con sus mismos dientes. Concluida esta comi-

da espantosa, bebieron dos botellas de rom entre los dos, brindando á la libertad de los ingleses y á la victoria; y por último, separándose el uno del otro segun la orden de las autoridades que presidian este espectáculo, se saludaron como dos enemigos que se estiman, y se prepararon á empezar el combate mas interesante que acaso se ha celebrado desde los Horacios y los Curacíos.

Al principio no hicieron mas que movimientos falsos, amagos figurados, tentativas disimuladas y retiradas prontas del cuerpo, donde se unia la flexibilidad del tigre al vigor del leon: se tiran golpes, y es verdad que alguna vez son recibidos; pero la prudencia y el es-

tudio de los esfuerzos disminuyen su impetuosidad, y la circunspeccion modifíca tambien la rabia que debe pronto sofocarle.

El espectador se estremece, su corazon palpita, se oprime, suspéndese su respiracion, teme interiormente aquel espectáculo, no se atreve á mirar el choque de aquellas dos rocas vivas, y ve con un sentimiento de terror indecible los primeros vapores que la cólera y el deseo de vencer hacen exhalar del cuerpo de estos dos atletas formidables: los golpes sordos que ya se dan, resuenan sobre el estómago de Brístol y de Nemrod como si se diesen sobre un tonel vacío: si se enlazan con sus brazos, se aprietan y se clavan las uñas en

la piel; las tarimas crujen bajo sus pies convulsivos, y el peso enorme de estos dos mónstruos parece que va á hundir el suelo que pisan.... Su sudor corre ya en arroyos envuelto con su sangre: sus carnes ya desolladas causan crueles espeluzos á los espectadores, y su rabia llega al colmo del furor: inmóviles algunas veces bajo el mútuo vigor de sus fuerzas iguales, no hacen el menor movimiento hasta que hallando el secreto de un lado débil, rompen este equilibrio espantoso. Sin embargo, á pesar de que la sangre corre por sus cuerpos, y que las contusiones horrorosas demuestran el valor de ambas partes, parecen los dos hasta entonces de igual vigor; pero de

otro esfuerzo va á resultar él triunfo. El feroz Nemrod fue el primero que hizo la tentativa con una fuerza increible, y levantando á su enemigo con un impulso colosal, le tuvo en el aire á pulso en sus brazos á cierta altura, y despues precipitándose en tierra con Brístol, dando unos ahullidos como un lobo, fue tan terrible como furiosa la caida de los dos. Brístol quedó debajo; Brístol en fin fue vencido: la rodilla de su enemigo apoyada sobre su pecho, el cuello cerrado entre las tenazas de sus fuertes y gruesos dedos, y los brazos de Brístol paralizados enteramente por la naturaleza de su posicion, le hicieron confesarse aterrado, y despues de algunos impotentes esfuerzos

concedió la victoria al vencedor.

Ganada la apuesta y proclamado el escocés Nemrod, fue curado Brístol en poco tiempo de sus heridas, y se consoló con la esperanza de nuevos sucesos. Hasta aqui no ha sido mas que un Fierabrás, un gladiador terrible sin duda, pero que nada ha tenido aun que ventilar en el ministerio de Themis: es llegado ya en fin el momento de colocarle sobre el teatro del crimen, á donde sus inclinaciones sanguinarias no pueden dejar de conducirle.

El número de abusos de confianza y los actos de maldad, efecto inevitable de semejante carácter, pero que el crédito de los grandes habia sofocado varias veces en con-

sideracion á su reputacion estraordinaria de gladiador, habian impedido encerrar á nuestro héroe en una mazmorra; y habiendo conocido que la policía tenia sobre él ya la mayor vigilancia contínuamente, Brístol parte, ó mas bien se huye hácia el condado de Nottingham, y á Dowley, pueblo situado en medio de un bosque famoso y muy fértil de facinerosos, donde tomó la profesion de carnicero, á beneficio de algun dinero que le restaba de Londres. Su comercio al principio iba bien; y cuidando de encubrir sus designios criminales, llega en poco tiempo á lograr una reputacion de hombre de bien, pues aunque le veian abrutado en sus formas y espresiones, hallaban

en él algunos rasgos de probidad.

Es preciso instruir ahora á nuestro lector de que á tres leguas de Dowley, en el paso mas peligroso para los viageros, habia un meson ó posada reputada por guarida de ladrones, cuya falta de pruebas habia impedido descubrir sus tramas. Brístol se fue allá; frecuentó mucho al patron; hizo amistad con él, y en fin habiendo logrado toda su confianza, convinieron, con el vaso en la mano, en ejercer unidos su infame profesion en los caminos, sin perdonar á nadie la vida.

Ana Westeru, muger hermosa y cómplice desde la cuna de las antiguas maldades de su padre, que era el dueño de la posada, fue la que puso el sello á esta alianza, cimen-

seremos poderosos, y podremos emigrar al estrangero.»

Ana, enagenada de gozo, le hizo esplicar las ventajas y las bellas esperanzas de este último golpe tan brillante. Brístol fue á cerrar las puertas con el mayor cuidado, y volviendo con su muger con un aire misterioso, sacó una carta del bolsillo, en la que su padre le instruia por un mensage espreso, de que *Miladi Herwort marchaba en posta á Nottingham con un rico equipage, llevando en su compañía á Miss Clarisa su hija, con algunos criados, y que seria fácil atacar tan buena presa, pues Miladi debia pasar en la misma noche de once á doce.* Despues de esta exacta relacion que Brístol acompañó

con una sonrisa atroz, preparó sus puñales y sus pistolas, y haciendo presentar á sus falsos ayudantes de carnicería, les comunicó su empresa, instruyendo á cada uno del papel que debia desempeñar, fijándoles la hora de la salida. La alegria brillaba en los ojos de la infame Ana: su imaginacion se recreaba ya en contemplar á su vista todos los brillantes y tesoros de la opulenta Miladi. Primero se ocupaba de la pedrería y de los ricos vestidos cargados de bordados, y del oro encartuchado, y despues contaba por nada todos los demas despojos que pudieran llegar á sus manos impuras, empapadas en una sangre preciosa, á favor solo de un horroroso homicidio....

Era en invierno y mes de diciembre, época en que la noche se apodera de las dos terceras partes del dia: la nieve caia en abundancia; pero lejos de ayudar al viagero con su claridad cayendo helada sobre la tierra y sobre la cima de los árboles, se deshacia al momento, y por consiguiente hacia mas intransitables los caminos, formando delante de la vista inquieta un velo movible, mas propio á encubrir las maniobras de un asesino, que á manifestarlas. . . .

«Este tiempo es para nosotros muy propicio, dijo Brístol á su muger al marchar con sus infames auxiliares; y ocultando sus armas bajo una mala capa, prosiguió: tu padre debe ya estar emboscado á las

gargantas del monte, y nosotros vamos á apostarnos cerca de nuestro cementerio.» Ana cerró misteriosamente la puerta despues de salir los bandidos, y les recomendó sobre todo no hiciesen lo que con el último viagero, dejando escapar á uno de sus criados de morir con los demas. Su primer cuidado fue el de preparar una escelente cena digna de la gloriosa espedicion meditada; pero mientras ella estaba preparándola, llaman á la puerta.... ¿Quién es?.... Su sobrina Poliana, de edad de doce años, que despues de haberla informado que su intencion era ir á Sutland, dos leguas de allí, la suplicó la dejase pasar en su casa la noche por ser muy largo el cami-

no que la faltaba, y estar la noche muy mala. Ana, no hallando ningun inconveniente en esta pretension, condescendió en ello, la dió de cenar, y la mandó se acostase en un cuarto inmediato á su alcoba. Sin embargo, mientras la Providencia cuida de los incidentes mas singulares, el crimen obra con mas actividad que nunca. Brístol, despues de haber llegado á su cementerio con su gente, donde estaba el monte mas espeso y que hacia el paso de los carruages mas lento y dificil, esperó á la sombra el momento favorable á su atrocidad. Ya habia hecho la señal con silvos metódicos y conocidos con su pito á los otros compañeros de la emboscada que estaban con su suegro:

en la entrada de las gargantas, y este habia correspondido exactamente con otras señales de su gerigonza homicida, para dar á entender que todos estaban bien ocultos en las emboscadas convenidas. La desventurada Miladi Herwort y su jóven hermosa hija Clarisa, destinadas en medio de los horrores de esta noche á ser víctimas de estos asesinos, marchaban aunque á paso lento á una muerte que parecia inevitable!!!!...

Sin embargo, la disposicion de su espíritu era bien diferente; y Miladi sonriéndose y abandonando su pensamiento y sus sentimientos maternales á los proyectos del establecimiento de matrimonio de Clarisa, estaba lejos de imaginar el

abismo á que se dirigian, aunque Clarisa, afectada de terribles presentimientos, no habia podido evadirse de aquel cierto terror que inspira la silenciosa soledad de un monte que tenia la fama de peligroso.

La doncella procuró desimpresionarla de estas visiones que ella llamaba pueriles, y la dijo que los dos criados armados que iban sobre el imperial, eran valientes y suficientes á defenderse en caso necesario, lo mismo que los postillones; pero todas estas reflexiones eran inútiles, pues sus temores secretos se aumentaban cada vez mas, y su espíritu alarmado la hacia ver espectros, ladrones emboscados y fantasmas en cada tronco de árbol.

El creciente de la luna y las nubes se revestian á sus ojos de mil figuras espantosas: mirad, mirad, mamá, decia: ¿quién no juraria ver allí la punta de un puñal? ¿Aquellas nubes cenicientas no figuran unas cabezas de foragidos envueltos en unas capas negras, marchando misteriosamente por la sombra?.... Pues mirad, mamá, proseguia Clarisa, no pudiendo ya contener sus lágrimas, yo creo que hemos sido muy imprudentes de despreciar las aventuras que nos han referido sobre el riesgo de este monte....

En este mismo instante es atacado por todas partes el fatal coche al pasar las gargantas con direccion al cementerio de los asesinos, donde estas infelices se halla-

rán en pocos momentos. Ya no se puede intentar la retirada, y aunque Miladi no atribuyó los terrores de Clarisa sino á la debilidad natural á su edad y á su sexo, sin embargo estaba ya pronunciado y parecia irrevocable el decreto de muerte de estas dos interesantes criaturas.........

El equipage, embarazado en los profundos y fangosos carriles, tenia que marchar con mas lentitud que antes, y mucho mas cuando estaba subiendo una cuesta muy penosa: reinaba el mayor silencio por todas partes, y no siendo el grito de algunos pájaros, huéspedes nocturnos de los bosques, nada turbaba estos horrorosos parages favorables al crimen. Habia cesado de

nevar; pero unas nubes enormes arrojadas con violencia del norte al oeste cambiaban la luz á los objetos de un modo estraordinario y terrible, de manera que una obscuridad total hubiera causado menos pavor que estas mudanzas en la luz triste y opaca de una noche nevada, pues producian sobre el prisma de la imaginacion una especie de fantasmagoría espantosa.

Clarisa, la pobre Clarisa estaba mas trémula que nunca: muy abrazada de su madre, oprimido dolorosamente su corazon, interceptada la respiracion, parecia estar colocada bajo una cuchilla suspendida de un hilo que el menor soplo puede romper: su vista agitada buscaba por todas partes un motivo pa-

ra encargar á los criados la defensa: se acordaba con una exactitud martirizante de todas las historias lamentables de facinerosos que tanto la habian afectado en su infancia. «La muerte, decia temblando la pobre niña, no me sorprenderia; pero mi honor.... verse profanada mi persona por unas manos criminales teñidas en sangre inocente por su oprobio y execracion!!!!» Esta idea la destrozaba su sensible corazon, y la cubria de palidez congojosa sin quietud alguna y sin atreverse ya á dar libre curso á su respiracion: no limitando á esto sus horribles congeturas en tan cruel perspectiva, veia á su madre, su madre adorada, nadando en su sangre, despojada de sus últimos

vestidos en el seno de una caverna infernal, y todas estas imágenes acababan por sumergirla en unas angustias mortales. Se habia llegado ya á poseer Clarisa en tales términos de estos presentimientos, que habiendo cogido las manos de su madre y hallándolas frias, no pudo reprimirse, y soltó un grito muy fuerte, persuadida de que estaban empapadas en su sangre tan preciosa á su amor filial.

El carruage avanzaba lentamente, y esta lentitud le asemejaba á un convoi fúnebre. Miladi fue la primera que percibió por entre la espesura de las sombras pasar detras del tronco de un árbol un hombre agachado, que con unas pistolas y un trabuco bajo del brazo pa-

recia ponerse de acuerdo con otro escondido detras de un árbol. Entonces ya no pudo menos de estremecerse Miladi, y hallando una mano de Clarisa, la apretó temblando, aunque involuntariamente. «¿Qué teneis, madre mia? esclamó al momento. ¿Habeis visto los asesinos?....

No, respondió Miladi, disimulando lo mejor que pudo su turbacion: es que las ruedas han hecho un movimiento, y no he podido evitar el susto. Durante esta fingida contestacion Clarisa vió tambien sobre un arbolillo cargado de nieve la refraccion de la sombra de un hombre que parecia tomar sus disposiciones; y por una delicadeza filial, Clarisa, temiendo tam-

bien afectar á su madre, la imitó en el disimulo: sin embargo, no pudo menos de decir á Miladi, que deberian sin duda llegar ya al punto peligroso que habia indicado el maestro de postas. El meson quedaba ya unos cien pasos atrás, y no se veia mas al traves de los árboles que una luz que parecia en sus movimientos de inteligencia con el crimen. En fin, el peligro no es sino muy cierto: los criados que iban en el pescante y trasera del coche, espantados á la repentina aparicion de esta cuadrilla de malvados que simultáneamente van cayendo sobre ellos, empiezan á gritar y descargan sus pistolas contra ellos: al punto se oye el silvato avisando á la otra banda de re-

taguardia para que acuda al mismo tiempo: los postillones caen á trabucazos al suelo; los criados son heridos igualmente, y todos quedan al momento en tierra por un diluvio de balas que descargan sobre ellos tantos asesinos en tropel, y despues con los puñales acabaron de degollarlos, despreciando sus súplicas y clamores....

A vosotras, ángeles celestes, es á quienes yo debo ahora consagrar toda la energía y toda la sensibilidad de mi pluma, para pintar vuestra triste y horrorosa situacion, vuestras mortales angustias, y vuestros penetrantes gritos y clamores en medio de este teatro de carnicería y de dolor!!!! ¿Qué lector no quisiera poder obrar un milagro en

vuestro favor, y sacaros de ese abismo? Mas ya son inútiles sus votos, y es preciso llorar vuestra pérdida: está jurada, y Dios solo puede evitarla.

Clarisa, desmelenada, desatinada y sofocada por su dolor, habia enlazado sus brazos á la cintura de su tierna madre, y con los ojos elevados al cielo no le pedia mas que el favor de morir antes que esta madre adorada. Miladi, por su parte, reuniendo todas sus fuerzas para tratar de salvar aun á su hija en medio de este desastre, la cubria con su cuerpo; y con el seno apoyado sobre el de ella no permitia la entrada al acero de los homicidas.

El bárbaro Bristol fue quien

con la mayor ferocidad é inhumana accion sumergió un largo puñal en el vacío de la ilustre viagera, y arrancando de sus brazos desfallecidos á la infeliz Clarisa enteramente accidentada, la mandó llevar á la cueva ó cementerio, lugar de despojos y sepultura de las innumerables víctimas del bosque. Un hachon clavado en tierra era lo que alumbraba aquella horrible mansion: alli es donde se halla ya sumergida la beldad mas interesante.... y su lecho, el sitio donde se encuentra aquella inocente criatura espirante, no es mas que un cúmulo infectado de cadáveres mutilados y denegridos por la muerte.... Mas cesa, lector mio, de afligirte; Clarisa nada tiene ya que te-

mer: Clarisa duerme en el sueño eterno, en el sueño de los ángeles: Dios la ha dado alas, y saliendo de las bóvedas tenebrosas de esta cueva de asesinos, se halla ya entre las divinidades del martirio: para colmo de su felicidad ha vuelto á ver á su adorada madre para estrecharla otra vez en sus brazos y no separarse jamas.

Brístol, al ver tales atractivos, sintió en su corazon delincuente un impulso criminal causado por la hermosura de Clarisa: trata de volverla á la vida, y es en vano le adviertan los demas foragidos que no se debia dejar existir á ninguno, que esta era la órden que él mismo habia dado: Brístol insiste en el designio de hacer salir á Clari-

sa de aquel sueño eterno, que cree no ser mas que un fuerte accidente.... Despues añadió otros crímenes.... ¡Mas para qué horrorizar mas á nuestros lectores! Este mónstruo tuvo la barbárie de abrazar á la misma muerte.... pero el alma inocente de Clarisa subió virgen á los cielos, por mas que su cadáver fuese profanado por los mas horrorosos reptiles....

Desde allí Brístol volvió al coche y le hizo conducir á la venta: levantaron todos los cadáveres, los despojaron de todas sus ropas, los enterraron en el cementerio de sus víctimas, desmontaron pieza por pieza el equipage, repartieron el oro, los baules, las maletas, los brillantes, y no quedó sobre

aquel teatro de sus crímenes mas que los arroyos de sangre que habian corrido por el fango....

Brístol estaba impaciente por ver á su muger, lleno de orgullo de su criminal triunfo. Reunió sus cómplices y les mandó se preparasen para volver con él á Dowley. Seria entonces la una y media de la mañana. Ana los esperaba llena de impaciencia; y habiendo oido algun ruido á la puerta de la calle, palpitándola el corazon de placer, fue corriendo á abrir, y se halló efectivamente con su marido: este, con la embriaguez del crimen, y enagenado de alegria, sube corriendo la escalera, contándola en alta voz el feliz suceso de su espedicion nocturna: los otros asesi-

nos le siguen y cierran las puertas. Brístol, muy gozoso del resultado de su asalto, arroja sobre la mesa con estrépito cien cartuchos de guineas, aderezos de soberbios brillantes, las sortijas de la desgraciada Miladi, el retrato de su hija, cubierto aun de sangre, y hasta sus vestidos ensangrentados. En la efusion de su alegría habia rebelado imprudentemente hasta los mas pequeños detalles de sus numerosos asesinatos, y el crimen mismo se habia hecho traicion, cuando Ana frunciendo las cejas, esclamó: «¡Desgraciada! ¡qué es lo que yo he hecho! Brístol, dice á su digno marido, tu sobrina me ha suplicado la deje pasar aquí la noche: lo habrá oido todo, y so-

mos perdidos, si.... Por toda respuesta el infame Brístol, frunciendo las cejas y replegando todas las arrugas de su frente horrorosa, toma la luz, y sacando un puñal de la cintura: «*Si pudiera dudar un instante que duerme*, dice en voz baja, *dormiria inmediatamente en la eternidad, pues nuestra seguridad comun manda sacrificarla....*»

¡Qué espantosa es la situacion de la pobre Polina, que en efecto lo ha visto y oido todo, habiendo despertado al ruido que habian hecho al entrar aquellos desalmados!!!! Sin embargo, esta desgraciada, conociendo que en el disimulo está su vida, finge al momento que duerme con el mas profundo sueño. En vano el gigantesco, el mónstruo

Brístol se acerca á la cama estendiendo el cuello con àquel brillante acero en la mano; en vano pasa aquella luz descomunal por el rostro amodorrado de aquella infeliz, á pesar del agudo dolor de una gota de aceite ardiendo que cae sobre sus espaldas medio desnudas. Polina no se mueve, y ronca como si tuviese el sueño mas profundo: su boca medio abierta respira toda la inocencia de su edad, y algun genio celeste la instruyó sin duda en este instante de terror por qué arte se hace caer á un criminal en el lazo hecho por sus mismas manos.

Brístol pues, completamente engañado por aquel ángel enviado del cielo, volvió muy contento afuera,

asegurando á todos que seria una sangre inútil, pues que estaba perfectamente convencido de que Polina no habia cesado de dormir.

Los bandidos cenaron y se llenaron de vino, y despues cada uno se fue á acostar felicitándose muy alegres de su brillante accion, y de la gran fortuna que habian adquirido en aquella noche.

Polina se levantó á la mañana siguiente muy temprano y sin afectacion, metiendo en el bolsillo su almuerzo, abrazó á su tia, la dió muchas memorias para su tio que aun dormia, y pareció dirigirse al pueblecillo que habia indicado; pero luego que esta jóven heroina se aseguró de que nadie la habia observado, se volvió zozobrosa por otra

calle á la ciudad, y haciéndose presentar á la autoridad, declaró estremeciéndose aun del riesgo que habia corrido bajo la punta del puñal dispuesto á herirla, que su tio era un gefe de ladrones, y que en la misma noche pasada habia visto repartir, con las manos aun ensangrentadas, entre sus cómplices y su muger las alhajas y dinero de muchas personas que acababan de asesinar. El magistrado se quedó tan atónito y horrorizado, que tuvo trabajo en creer tantas atrocidades; mas sin embargo hizo su deber, y sobre los indicios de esta niña, despues de haber reunido alguna tropa y un gran número de esbirros bien armados y provistos de fuertes cadenas y de cuerdas,

marcharon sin dilacion á cercar la venta del bosque y la casa del carnicero inglés. El dinero, las alhajas y todos los vestidos que hallaron, no les permitió dudar ya para la rápida formacion del proceso. Esta banda de asesinos fue al fin inmolada á la venganza de las leyes, y perdieron sobre el patíbulo una vida que habian tiznado con tantos crímenes. Ana y Brístol fueron ejecutados los últimos pareciendo los mas delincuentes y malvados; y Brístol, como habia dicho muchas veces en pleno tribunal á su sobrina, con quien fue careada repetidamente durante el proceso, esclamaba frecuentemente: ¡ah, sobrina maldita, si yo hubiera dudado un momento que tú dormias!!!!

HISTORIA TRÁGICA 2.ª

LA MORADA

DE

UN PARRICIDA,

Ó EL TRIUNFO

DEL

REMORDIMIENTO.





Hijo, salva á tu padre de un asesino.

Si fuese cierto que el genio profético del fatalismo tiene trazados anticipadamente sobre un libro de cobre los destinos prósperos ó adversos de los mortales, no hai duda en que bajo este falso principio de los fatalistas, el hombre destinado ya para empapar sus manos en la sangre del autor de sus dias, es el mas desgraciado de todos los hombres. ¿No valiera mil veces mas entonces que no hubiese nacido, para no venir á ocupar el

primer rango entre los seres mas execrables de la naturaleza? Solon, este gran legislador de la Grecia, concibió tal horror de este crímen tan execrable, que en sus códigos no quiso poner ninguna lei para castigarle, persuadido de no ser de la clase de los crímenes posibles. Pero habiéndose renovado en Roma mas de una vez el parricidio, Rómulo, su ilustre fundador, mandó que al culpable se le castigase, echándole vivo al mar, metido en un saco de cuero con un mono, un gallo, un perro y una víbora; pero este suplicio era mui dulce, y se debe hacer que renazca mil veces el asesino de su padre, quitarle y volverle alternativamente la vida, y no herirle en fin con el golpe

mortal sino despues de un siglo de haberle hecho sufrir lentamente una cruel agonía. Cambises, este príncipe persa tan célebre por sus desgraciadas espediciones militares, fue de todos los reyes el que imaginó contra los parricidios las torturas y los dolores mas crueles. El criminal, encadenado en un calabozo, llevaba atado contra su pecho el cadáver de su víctima, de manera que su rostro lívido tocase y mirase al suyo: la putrefaccion se inoculaba insensiblemente de muerte en el condenado, á quien se alimentaba con el mayor cuidado, y uno y otro acababan por caerse podridos sobre la cantidad prodigiosa de gusanos que los roian: el parricida por una especie de lei

del Talion, veia destrozar sus entrañas por el mismo que habia asesinado; y esta idea tan terrible, esta espantosa invencion de dar á los cadáveres mismos el poder de vengarse de sus verdugos, de reducir á la nada con su misma nada á su homicida, y tomar en el mismo sepulcro el instrumento del castigo, es sin contradiccion el mas sensible y mas horroroso de los suplicios.

Figurémonos al asesino destrozado ya por sus remordimientos, y que sobre este roedor de la conciencia no puede hacer un gesto, ni el mas simple movimiento, sin sentir el peso enorme de su delito atroz: si solamente en el físico parece insoportable el dolor, ¡cuánto mas sensible será en lo moral!

Reflexiona, lector mio, al traves de estas mal formadas é imperfectas líneas, sobre este rostro pálido y ensangrentado, esta tez ya verdinegra, estas pupilas rojas y fijas, estos cabellos erizados y empapados en sangre seca.... y sobre todo, esta boca ya torcida y sus labios amoratados que parece articulan aun: *¡Hijo mio, hijo mio, tú arrebatas la vida al que te ha dado el ser!*.... A estos atroces tormentos se unen otros que acaso son aun mas terribles: si la víctima de nuestro asesino ha recibido el golpe mortal en el corazon, su sangre refluye entonces á borbotones sobre el cuerpo del parricida, que no puede hacer un movimiento sin bañarse en ella. ¡Qué horroroso debe ser su sueño, si es

que su corazon puede ser tan feroz é insensible que le deje dormir! No puede estenderse sino sobre el cuerpo ensangrentado de su padre, y en cada segundo del dia ó de la noche su vida no es mas que un largo asesinato que le recuerda y coloca con toda la energía en aquel mismo acto que le representa los horrores de su crimen, y le cierra las puertas al arrepentimiento, como á un antropófago que se ha puesto por sí mismo fuera de todas las leyes divinas y humanas.

Tal era el suplicio de Amedeo, baron de Altamougnes, poseedor de un palacio antiguo, situado en medio del Rhin entre Boun y Coblentz: este palacio, propiedad hereditaria y posesion noble ó feudo

de los barones de Altamougnes desde tiempo inmemorial, habia servido antiguamente de fortaleza en tiempo de las revoluciones del bajo-imperio, asi como en las guerras de los príncipes mediadores de la Alemania. Quince generaciones habian visto sus almenas y sus cuatro torres paralelas, y algunos combates famosos (sea con la honda, sea con flechas ó jabalinas en tiempo de Julio César y de Breuno, sea cuando inventado el salitre hizo mas sensibles aun los efectos de la guerra) se habian celebrado allí con encarnizamiento, sobre las aguas de un rio fecundo en épocas memorables, y su solidez inalterable hacia todavia frente á todos los siglos: este palacio ó

castillo era entonces el objeto de admiracion de los navegantes que sobre un buque holandés emprendian el recorrer las orillas del Rhin, desde Dusseldorff hasta Cologne, viage el mas pintoresco y el mas interesante que entonces se podia hacer; y todos los navios que pasaban magestuosamente por bajo de sus torreones, hacian mas encantadora la estancia en él en la buena estacion. Allí es donde Amedeo, jóven bien formado, de una fisonomía la mas feliz, y último vástago de la familia de los Altamougnes, habia fijado su residencia ya hacia algun tiempo, despues de haberla mudado muchas veces; porque poseia, á mas de este castillo, una casa hermosa en Coblentz,

una tierra considerable en las cercanías de Andernack, y su fortuna le ponia en estado de vivir en la corte mas brillante de uno de los electores que reinaban en este tiempo sobre las orillas del Rhin. Pero ¿en qué tierra, por buena que sea, puede hallar sosiego un criminal? ¿Los puntos mas hermosos y amenos no presentan los mas sombríos colores de duelo y de inquietud á los ojos de un culpable? Esta era la horrorosa situacion de Amedeo: las imágenes mas risueñas, los cuadros mas hermosos de la sociedad no pueden disipar en su alma atormentada aquella tristeza, aquel espíritu taciturno y aquella profunda meditacion de que el público ignora la verdadera causa. Era cri-

minal, era en fin parricida; y este corazon sensible, nacido para la virtud, se habia estraviado un instante por seguir los pasos al amor y á la ambicion. Esplicarémos las circunstancias de esta accion execrable.

El baron de Altamougnes, padre de Amedeo, tenia destinada á su hijo desde su infancia la mano de Cristina de Melsimberg, hija de un antiguo compañero suyo de armas, que en una batalla sangrienta le habia generosamente salvado la vida. Cristina no tenia fortuna, ni por dote otra cosa que el lustre de sus abuelos: estaba destinada para ser la prenda que justificase el reconocimiento del Baron á su libertador; pero desgraciadamente

estos sentimientos y pruebas de gratitud no entraban de ningun modo en las ideas de Amedeo, que por su parte se hallaba prendado de los encantos de una jóven hermosa y rica que habia fijado todos sus votos: habia visto, ¿qué digo? habia contemplado por la primera vez los atractivos de Blanca de Lindorff en un baile dado en Coblentz, siendo el asombro de todos su hermosura, sus gracias, su juventud y sus adornos. Verla, admirarla, tocar sus manos de alabastro, trémulo al impulso de un primer amor; y respirar en sus bellos ojos negros la pasion mas violenta, fue para Amedeo el efecto del rayo: no hacia una hora que se habia embriagado al ver este objeto seduc-

tor, y ya pronunciaba en su corazon el juramento solemne de no tener jamas otra esposa. Blanca por su parte no habia mirado á Amedeo, sin sentir un secreto orgullo de verse el objeto particular de sus interesantes miradas que indicaban su pasion. A la vanidad la habia sucedido el sentimiento en su alma, y una cadena como eléctrica habia unido en secreto á los dos amantes, mútuamente embriagados de igual pasion. Blanca, resistiendo por pudor á sus inclinaciones, habia disimulado todo el tiempo que le habia sido posible su amor; pero cuando Amedeo en una entrevista meditada la hizo saber que su corazon habia sido enteramente libre hasta el feliz y delicioso mo-

mento del baile, y que nunca habia sentido por muger ninguna el poder del amor, hasta que miró su celestial hermosura; Blanca entonces, viendo aprobados sus sentimientos por sus mismos deberes, creyó poderse abandonar á los encantos de una pasion que le presentaba la mas bella perspectiva: por otro lado, persuadidos el uno y el otro, siendo hijos únicos, de que sus padres no podian sino lisonjearse de tal union, se entregaron á su ternura, no poniendo Blanca otros límites que los que exige en toda jóven su virtud y reputacion. Retratos, cabellos, anillos, cifras amorosas, de todo se habia valido ya amor; y últimamente, sin noticia de los padres

habian hecho los preparativos para su ansiado enlace.

Una noche en que Amedeo, entrando de la academia del elector de Boun, gozaba aun en su memoria el placer de haber visto allí á su querida Blanca, siendo la delicia de la sociedad tocando el harpa, y haciéndola admirar su voz melodiosa, el ayuda de cámara de su padre llegó con órden de que pasase á su aposento antes de acostarse. Esta órden tan estraordinaria no dejó de inquietarle y darle presentimientos desagradables, pues nadie ignora lo mui supersticiosos que son los amantes y los corazones culpables: todo les parece que revela sus secretos, todo les parece debe trastornar el edificio frágil de sus

amores. El baron de Altamougnes hizo sentar á Amedeo á su lado, y abriendo una carta, cuyo nema era negro, le dijo: «Estás en edad, mi querido Amedeo, de formar una union: eres el heredero único de mis bienes y de mi nombre; y no dudo, segun los sentimientos de honor que veo en tí, que serás mi digno sucesor. No habrás dejado de notar el mérito de Cristina de Melsimberg, y esta es la que desde la cuna te está destinada para esposa: debo la vida á su padre, y por prueba de mi eterno reconocimiento he prometido ante Dios y el honor la mano de Amedeo á su hija: es jóven, hermosa, de buen nacimiento, y tu fortuna reparará con amplitud los rigores de la su-

ya: es cierto que yo no pensaba confiarte tan pronto este proyecto; pero la noticia de la muerte del baron de Melsimberg que acabo de recibir en este instante, ha apresurado mis designios, á los que desde luego me persuado darás cumplimiento como hijo obediente.

Si un rayo hubiese caido á los pies de nuestro infortunado héroe, no le hubiera inmutado mas que esta intimacion paternal: de un carácter franco, vivo y sensible, incapaz de fingir, Amedeo no respondió al principio sino con un profundo y sombrío silencio; y sus ojos, casi cubiertos por sus párpados, no dejaban aun leer lo que pasaba en su alma; pero cuando el Baron, impaciente y sorprendido

de sus dudas, le mandó se esplicase claramente, entonces ya Amedeo no disimuló que su corazon se hallaba comprometido de mucho tiempo; que si hubiese sido advertido antes, se hubiera guardado de dar entrada en él á una pasion que podia contrariar ya en el dia los preceptos paternales; pero que el destino lo habia dispuesto asi; y cambiando entonces Amedeo de tono y de actitud, declaró altamente con toda la energía del amor contrariado, que no tendria en su vida otra muger que Blanca de Lindorff.

Al oir el Baron este nombre mudó al momento de aspecto, se inflamó su sangre y pasó á un estado de furor, pues por desgracia era la hija de su mas cruel enemigo,

aquel que tan indignamente le habia calumniado ante el Príncipe Elector; y no escuchando mas que á su cólera, echó de su presencia á su desgraciado hijo, previniéndole severamente que mudase de sentimientos, ó no esperase otra herencia que la maldicion paternal.

A Dios amor, á Dios himeneo: todo se desvaneció como la nave abatida por una furiosa tempestad: todos aquellos preparativos de felicidad que una pasion fundaba en el enlace nupcial, y sobre el que Amedeo habia formado el cuadro mas halagüeño, quedaron destruidos, reemplazándolos un porvenir doloroso, con la idea de no poder acaso poseer á la mas amable de las mugeres: ¡qué noche, en comparacion

de la que nuestro desgraciado amante se proponia pasar! Es necesario, lector mio, que te recuerdes de todas las tribulaciones amorosas que acaso puedes tú mismo haber sufrido viendo contrariada esta pasion, para formar una justa idea. ¡Ah, cuánto no aumenta entonces el dolor la noche unida á la soledad! ¡qué inquietudes! La ausencia de los objetos hace mas crueles los males: nada distrae el corazon de un amante; su espíritu y sus sentidos ceden al abatimiento, y cae en una confusion, que aglomerando sus ideas sin tino, le priva de la razon y del descanso, exhalando en suspiros su tristeza, y dando su imaginacion en pensamientos descabellados: llega la hora en que la auro-

ra; proporcionando un poco de calma á su corazon afligido, y disipando los fúnebres vapores de la noche, da la luz al mundo y la esperanza al que sufre. La esperanza!... Ah! ya no entraba sino dificilmente en la idea del jóven Baron: conocia á su padre, sabia que era inflexible é inexorable en su primera resolucion, y no esperaba ya poderle vencer con sus súplicas ni con sus insinuaciones. Sin embargo, tentó mas de una vez al Baron; y prosternándose á sus pies, le hacia presente, bañándolos con sus lágrimas, y en los términos mas tristes y respetuosos, la desesperacion de su querida Cristina, su honor y el daño que sufririan los dos; y sobre todo le juró su amor, su respeto

y su reconocimiento eterno si se dignaba aprobar una union de la que dependia la felicidad de toda su vida. Cristina de Melsimberg (continuó con aquel fervor propio de una pasion vehemente) no tiene bienes de fortuna; pues bien, nosotros la aseguraremos una suerte digna de su nacimiento: el Baron os ha desconceptuado con el Elector; pues bien, Blanca os promete por mi boca, por el órgano de mi ternura filial, reconciliaros con el Príncipe, hacer que volvais á la corte; y en fin, proporcionaros mas favor y poder bajo sus auspicios, que el que en otro tiempo tuvisteis. El Baron, mas irritado que deferente á estas proposiciones de composicion, declaró de nuevo con

el mayor furor, que preferiria la muerte á la mediacion vergonzosa de una muger en semejantes circunstancias, y que consideraria á su hijo como á su mas cruel enemigo si persistia en su criminal proyecto. En tal estado se separaron los dos.

Sin embargo, el amor, siempre ingenioso en procurar su consuelo, habia sugerido á nuestros amantes la idea de tener una contínua correspondencia por medio de frecuentes mensageros que dia y noche estaban cangeando nuevos juramentos de fidelidad á toda prueba.

«Ningun poder humano, se escribian ellos con firmeza y resolucion, puede separarnos; y la muerte misma no haria mas que reunir-

nos en el sepulcro:» pero el baron de Altamougnes tenia sospechas sobre esta correspondencia, y para romperla al momento, ordenó á su hijo estuviese pronto á partir con él en el acto para su castillo del Rhin, que es el que ya hemos referido al principio de nuestra narracion. El cielo pareció señalar las disposiciones de este funesto viage por los presagios mas siniestros y aciagos. Un huracan horroroso con truenos y rayos mil se desencadenó contra la naturaleza, sumergió muchos buques en las aguas, ó los destrozó contra las rocas, incendió pueblos, y por todas partes los elementos hicieron estragos enormes, cubriéndose el cielo de luto con negras nubes: los rayos

mismos cayeron estrepitosamente á los pies de los caballos del coche del Baron, como para forzarles á renunciar una empresa fatal. Amedeo, muy sereno en medio de todo este trastorno, parecia gozar en su interior cierto encanto: el dolor gusta algunas veces de asociarse á unos espectáculos tan terribles; y la pena mortal que sentia al alejarse de su querida Blanca, le hacia hallar un placer secreto en el peligro: mil veces meditaba interiormente la resolucion de librarse pronto de la autoridad paternal; pero su respeto filial, que hasta entonces jamas se habia desmentido, condenaba estos culpables pensamientos, y le hacia preferir la idea de tentar la suerte por

ver si podia interesar al Baron con sus tiernas súplicas, antes que faltar un momento á sus respetuosos sentimientos. «Mi padre me ama en el fondo de su alma, se decia: yo por mí le adoro: soi su hijo único, y no es posible que luego que se le haya pasado la primera efervescencia de sus resentimientos, insista en sus crueles designios.» Asi es como por este consolador monólogo dulcificó el jóven Baron las llagas de su amor, derramando en ellas el bálsamo de la esperanza. Pródigo en cuidados y atenciones por su padre, durante todo el viage, se dedicó mui particularmente á disipar de su frente fruncida aquellas nubes sombrías, tan sensibles para un hijo

que lee en ellas cargos crueles, y tuvo algunas veces la fortuna de hacer brillar en su semblante algunas señales de serenidad; pero, preciso es decirlo, solo las debia á la esperanza que concebia el brusco baron de Altamougnes, de que Amedeo se prestaria docilmente al yugo del himeneo proyectado, y esta idea sola era la que le permitia sonreir. En fin, llegan á las orillas del Rhin, un puente volante transporta el equipage, y cada uno toma posesion de los aposentos que los criados, advertidos de antemano por el mayordomo del palacio de Boun, habian preparado en el castillo.

Los primeros dias se pasaron en un silencio estudiado de una y

otra parte, y en conversaciones frias, mas bien de política que de verdadero afecto: se observaban, y cada uno parecia esperar el momento favorable de tentar el suceso que se prometia de sus secretos designios: si Amedeo tuvo veinte veces la intencion de tantear á su padre para ver si podia vencerle, por su parte el Baron discurria nuevos medios de conviccion para decidir á su hijo, y el mútuo temor de no lograrlo hacia espirar siempre la espresion en sus labios. Este estado de cosas era muy doloroso y violento para los dos. El Baron fue el primero que rompió el silencio diciendo una noche á su hijo, que no dudaba ya hubiesen felizmente obrado una ventu-

rosa revolucion en sus sentimientos las saludables reflexiones que le habia hecho, y que podria estrecharle en sus brazos como hijo sumiso, que no pretenderia ocasionar la muerte á su desgraciado padre. Amedeo se sentia atormentado de un cruel dolor, al ver la dulzura con que le trataba, y mucho mas, estando tan acostumbrado á su dureza ordinaria; mas sin embargo, la felicidad de Blanca y la suya era el objeto de su prediligeccion, y no le era fácil ceder á aquellas nuevas insinuaciones: su silencio y sorpresa respondieron luego por él, pues no tuvo el Baron que preguntar mas para convencerse de que su constancia era inflexible. Desde este momento, renuncian-

do ya á los medios que sugiere la paciencia, no trató sino de desplegar todos los recursos de su autoridad: llamó á un capellan, mandó al mayordomo que fuese á buscar á Cristina, y no pensó ya sino en obtener por la violencia lo que se negaba á sus órdenes. Amedeo tambien desde este momento, desesperado por tanta tiranía, no vió ya en este padre, antes tan adorado, mas que un déspota insensato, esclavo de su capricho ó mas bien de su orgullo, y tomó la firme resolucion de resistirse con todo su poder á semejante despotismo. ¡Ah! ¡pluguiese á Dios que estas semillas del odio que mútuamente se tenian ya los dos, no hubiesen echado raices mas profundas, y

que estos sentimientos de amor filial, convertidos en aversion por parte de Amedeo, no hubiesen llegado hasta el punto de!!!.... No me atrevo á pronunciarlo, pues la naturaleza misma me niega las fuerzas necesarias para estampar espresiones que hacen temblar la pluma y me llenan de horror. Ningun motivo puede paliar el crímen de un parricidio, y me guardaré bien de intentar su justificacion: al contrario discurriré espresiones para pintar con colores de sangre un atentado semejante, y ofreceré con toda la energía de mi misma indignacion el cuadro del mas digno oprobio, y de la infamia que deben pesar sobre un crímen de esta clase!!!....

Llegó, pues, Cristina de Melsimberg, acompañada del mayordomo del Baron. Amedeo no la pudo negar aquellas atenciones que son de costumbre en un caballero con una señora; pero fueron tan frias, que en semejante situacion no podian ser consideradas por una muger sino como una sangrienta afrenta: el baron de Altamougnes no aflojó en su obstinacion, y para apoyarla solicitó del Elector la órden de poner en un encierro á su hijo, si persistia en desobedecer sus órdenes; y por una intriga, efecto del crédito que habia recuperado del Príncipe, hizo desterrar á cien léguas á la infeliz Blanca, como calumniadora, habiendo querido, segun la impostu-

ra, sembrar la division en una familia respetable, seduciendo al intento al hijo del baron de Altamougnes. Amedeo fue al momento informado de estas nuevas persecuciones por un marinero que habia salido en un pequeño esquife de la orilla derecha del Rhin, y que le habia llevado misteriosamente una carta de Blanca, en la que le decia que habia sabido librarse á tiempo de la tiranía de sus enemigos, y estaba en seguridad con su padre en un arrabal poco distante. Amedeo, pues, no pudiendo reprimir ya su rabia, concibe y pronuncia el bárbaro juramento de vengarse.... ¿De quien? Gran Dios!!! de su padre!!!.... Sí, la sangre de un padre es la que va á es-

piar los sinsabores y penas del amor.... Este fabuloso dios ha producido muchos desastres, muchas desgracias: ¿pero la hai mayor que el parricidio? ¿el amor mismo no rompe sus flechas, no se cubre de luto cuando ve manchados sus altares por una sangre tan preciosa?

Mientras el magestuoso rio presta sus olas oficiosas á la correspondencia nocturna de los dos amantes; que ellos se juran adorarse siempre, y que el marinero, pródigamente recompensado, y en la confianza, deposita sus tiernas misivas en una de las almenas cerca del puente levadizo, el baron de Altamougnes combina en silencio con su capellan los medios de forzar á su hijo á verificar la union li-

sonjera solo á su obstinacion y á su orgullo. «La capilla del castillo, le dice, puede serviros perfectamente al intento: mi familia toda es fiel y adicta, y me ayudará en caso necesario con todas sus fuerzas para arrancar el *sí* deseado, como sello principal de la alianza; y despues el tiempo acabará de consagrar los lazos hechos bajo unos auspicios algo rigurosos.» ¿Será creible que Cristina de Melsimberg, sin el pudor que debe á su sexo, estaba de acuerdo en estos secretos conciliábulos?.... ¡Mas á qué estravíos no conducen en una muger los celos de una rival! Cristina tenia horror hasta el solo nombre de Blanca; y la idea sola de verse arrebatar por esta peregrina

beldad el esposo que se la destinaba desde la cuna, la conducia á los mas grandes desvaríos. Todas las astucias, la violencia misma le parecia justa y acertada en tratándose de obrar contra esta odiosa concurrente; pero desgraciadamente para ella, el amor no se gana con amenazas ni tiranía: es un niño muy delicado que no gusta sino de lazos de flores, y aun estos han de ser formados por él mismo; que es preciso adularle sobre un lecho de rosas, y que huye al momento espantado si delante de él se pronuncia el nombre de señor.

Cristina se habia dedicado estraordinariamente á discurrir medios para hacer accesible el corazon de Amedeo: mas este, puesto

ya en el disparador por la violencia que se le habia hecho para arrastrarle á la capilla, y convencido de que se trataba de sorprender su religion por la fuerza, declaró altamente que en adelante le hallarian siempre armado en vista de encontrarse en un sitio peligroso á la seguridad de su vida. En esta situacion tuvo frecuentemente la idea de huir para unirse á su amante; pero temia comprometer su reputacion, tan apreciable como su honor, y recelaba incurrir en la maldicion paternal con que el Baron le habia conminado frecuentemente si persistia en eludirse de sus preceptos. Despues de sus maduras reflexiones, y de los nuevos avisos de Blanca, afectó

humanizarse con la idea de aceptar á Cristina por esposa: procuró demostrar menos esquivez y frialdad en sus conversaciones con ella, y por esta nueva estratagema engañó á su padre sobre sus verdaderas intenciones. El Baron, encantado de tan feliz mudanza, se disculpó con Amedeo de los medios violentos que habia empleado para obligarle á este enlace: cargó toda la odiosidad sobre el capellan, diciendo era quien le habia aconsejado; y para mejor disimular le despidió de su casa: solo le restaba deshacerse de la presencia de Cristina; y una fiesta que se dió en Bonn sirvió de pretesto para volver á la ciudad y dejarla con su madre. «Me parece, dijo Amedeo á

su padre, que el público juzgará mejor de este enlace, si á una distancia tan larga me viese acudir á prestar mis obsequios y cuidados á mi futura esposa, y seria conveniente la visitase á menudo para que todos viesen ser verdadera nuestra inclinacion.» El Baron aprobó el pensamiento, conociendo que de este modo no se podria atribuir á violencia el enlace, y que quedaria cubierta la autoridad paternal; pero fue fascinado por estos sofismas, pues Amedeo hacia muy frecuentemente sus visitas desde el castillo á Boun, so color de ver á la novia Cristina; siendo Blanca la que disfrutaba de su cariño, y á la que veia contínuamente á su presencia desde la barca que le con-

ducia á favor de una antorcha tutelar, llegando como nuevo Leandro á recoger en sus labios el precio de su constancia y de su astucia. Todos eran felices en este estado: Cristina creia en su ceguedad haber triunfado de su rival: el Baron se engreia de verse obedecido, y Blanca y Amedeo, bajo el velo de esta ficcion, se entregaban á las delicias de una pasion, cuyas consecuencias estaban bien lejos de penetrar; mas esta felicidad no podia ser de larga duracion: el Baron fue quien la cortó, haciendo comparecer en Coblentz los regalos de la boda, y diciendo á su hijo por última vez, «que no pudiendo ya poner obstáculo cosa alguna á su resolucion, no le restaba mas que

ir á cumplimentar á Cristina en calidad de esposa: hé aqui, prosiguió, poniéndole una cantidad considerable de oro en la mano, para que compres la pedrería que debe hacer brillar sus atractivos: dejo á tu gusto la eleccion, bien persuadido de que presentadas las joyas por tu mano, tendrán aun mucho mas valor.» Amedeo tomó el oro; pero viendo lo inflexible que estaba su padre, y convencido de que ni el tiempo, ni la astucia, ni la dulzura le harian ya renunciar á sus primeros proyectos, Amedeo, el desgraciado Amedeo abriga repentinamente en su corazon la idea mas horrible que todo el infierno le podia inspirar; y no consultando mas que á su venganza y al egois-

mo de su pasion, no son diamantes lo que se propone comprar en Coblentz; no las coronas y adornos del himeneo odioso en su imaginacion.... ¿Qué es, pues?.... Es un puñal!!!! Un horrible puñal que un judío le vende á un precio exorbitante por haberle adquirido en un cambalache de un famoso salteador de caminos. Sumergido frecuentemente este acero en el seno de los viageros, este hierro que tantas veces ha servido á las atrocidades del asesino, revistiéndose esta vez de un nuevo horror, va á llegar al colmo de su infame uso siendo parricida!!!! Amedeo, armado ya de este acero criminal, parece abrigar en su seno un nido de serpientes: su vista está ya tur-

bada; su frente ceñuda presenta la fiereza y la inquietud, y la naturaleza ha cambiado todos los prismas en sus ojos: el hermoso espectáculo del campo no es ya sino un fantasma espantoso á su vista: los objetos mas risueños toman la figura de mónstruos; en fin, ya es un parricida en la intencion que transfugó de la virtud; se ha identificado con todos los horrores de su crimen: de cuando en cuando se presentan en su imaginacion algunos remordimientos impotentes al través de esta funesta demencia; pero se estrellan contra sus pasiones empedernidas, y está escrito por un decreto irrevocable, que Amedeo, el mónstruo Amedeo, hasta entonces virtuoso, debe salvar de

un golpe la inmensa barrera, que le espera, del crimen, é inmortalizar su nombre en los fastos criminales de la Alemania.

Salió á caballo de Coblentz, cerrada ya la noche, y llegó atravesando por montañas de nieve con un temporal cruel al castillo de Altamougnes: las nubes, el astro de la noche, la simple agitacion de una hoja, todo le hacia estremecer y cubria su frente de un sudor frio: una horca que percibió á lo lejos parecia acusarle, y llamarle como víctima suya, y aun las aves de paso que revoloteaban al rededor, parecia igualmente que hacian resonar este grito en sus oidos: *el cadáver del parricida nos pertenece á nosotras*. En este estado de angus-

tias y de perplejidades entró nuestro héroe culpable en una casa, á la que el cielo no queria conceder ya mas que la eterna memoria del horror. Con estos preludios de crueles tormentos es como Amedeo se precipitó en su cuarto: la campana fúnebre del castillo daba en aquel momento las once, y su sonido heria su corazon y le hacia ver mil pálidas sombras y fantasmas reunidas bajo los negros estandartes de la muerte; pero todas estas amonestaciones visibles del cielo, que parecia se dirigian á contener su mano, no fueron suficientes á separarle de sus atroces designios: está unido ya al crímen como por un cable, y es preciso que sus fatales destinos se cumplan: ha sa-

cado su puñal, ha mirado la punta, la ha hallado aguda y fuerte, y la longitud de la hoja le parece tambien que debe dar un golpe infalible: calcula el mónstruo la profundidad que debe tener la herida!!!.... En este momento el Baron, su mismo padre, entra, y con un tono afectuoso y cariñoso le reconviene de haberse espuesto asi de noche á atravesar un monte tan distante de la poblacion, y tan famoso en asesinatos. Amedeo tiene apenas tiempo para ocultar el puñal en su pecho, y la prontitud de su movimiento le hace recibir una pequeña herida; pero disimulando cuanto le fue posible su turbacion, improvisa una fábula bastante ingeniosa sobre el presente ya hecho

á su futura; refiere sus pretendidas espresiones de amor y de reconocimiento, y el baron de Altamougnes, completamente engañado, se retira llevando la mas grata imágen del porvenir. Amedeo le condujo respetuosamente hasta su cuarto, y habiendo mandado que no se le sirviese la cena por no hallarse con apetito, se aprovechó diestramente de las idas y venidas de los criados, y cortó los cordones de las campanillas que correspondian á la cabecera de la cama del Baron. Ya verás, lector mio, por los resultados el cruel motivo que le inspiró Satanás para esta operacion. Despues, besando respetuosamente la mano á su padre, que esta vez le estrechó tiernamen-

te entre sus brazos, no se retiró hasta haber examinado cuidadosamente las mas pequeñas particularidades de la localidad del cuarto. El Baron, despues de haberse prosternado algunos minutos á los pies de un santo Cristo que estaba en su alcoba, se acostó felicitándose de las disposiciones tan favorables de la suerte por su familia. Todo estaba en el castillo sepultado en el mas profundo sueño: el cuarto del ayuda de cámara es cierto que no estaba lejos del de su amo; *pero es un hombre anciano y pesado que no tardará en quedarse como un leño....* Una lámpara, aunque de luz escasa y distante, puede incomodar, y Amedeo tiene ya un paño negro en la mano para echárselo encima. To-

do lo ha previsto nuestro parricida, y la virtud no tomará ya mas cuidados por inspirarle una buena accion. Teniendo costumbre el Baron de dejar la llave á la puerta de su cuarto, era fácil introducirse en él de noche; mas guardado por la inmediacion de su hijo, ¿podia creer jamas que perderia la vida á manos de aquel á quien se la habia dado?.... Ya era la una de la mañana, y el caudaloso rio, agitado por los vientos precursores de una tempestad, batia con la violencia de sus olas los muros de las torrecillas: las espesas nubes que habian bajado casi al nivel de las aguas, parecia querian cubrir con un velo impenetrable la mansion del parricida, y ocultar su próximo crimen

al resto de los humanos: las únicas luces que podian penetrar, no provenian sino de los relámpagos y de los rayos que con truenos horrorosos vomitaba la tempestad que se habia fijado sobre aquel triste edificio.... ¿Mas la naturaleza no habia de mostrar su duelo á los funerales de un padre que iba á ser degollado por su propio hijo?....

En medio de este espantoso aparato de los elementos enfurecidos, Amedeo.... (la pluma tiembla, se resiste, y mi corazon se aterra) si, Amedeo toma su puñal en la mano, emprende el camino del cuarto del Baron, y guiado por los relámpagos que frecuentemente guian al crímen, llega.... entra, y con el rostro enmascarado.... marcha, se

lanza sobre la lámpara... la apaga, y despues... ¡cielos, dadme fuerzas!.. se arroja ferozmente sobre el Baron, sobre su padre que soñaba, y le da en el corazon un golpe parricida que el cielo indignado mira con toda su reprobacion, haciendo caer un rayo en el mismo cuarto.... El Baron, herido en muchas partes por aquel acero mortal, pronuncia balbuciente algunas palabras con una voz espirante, que son: «Amedeo! Amedeo!.... hijo mio, preserva á tu padre de los golpes de un asesino....» Revolcándose en medio de los arroyos de sangre que salian de sus heridas, el desgraciado habia tratado de tirar del cordon de la campanilla; pero la precaucion que habia tomado

Amedeo de cortarlos muy altos, le habia privado de su socorro: para asegurar su impunidad el asesino, coloca al balcon una escala de cuerdas, se lleva una cantidad considerable de oro y de alhajas para dar lugar á presumir que el atentado ha sido cometido de fuera, y arrojando su puñal en el rio con la máscara ligada á él, cree haber destruido de este modo todas las pruebas materiales de su parricidio. El ayuda de cámara acude á los gemidos que ha oido, y Amedeo, fingiendo salir de su cuarto, lleva en su semblante todas las señales del mas vivo temor sobre los dias de su padre: entran luces, y el cuerpo ensangrentado del baron de Altamougnes no prueba sino ha-

ber sido víctima del puñal de un asesino. Amedeo continuando su infame papel, finge descubrir el primero las escalas de cuerda y las arcas violentadas: el pérfido tiene la imprudencia de precipitarse en una barca, con el designio disimulado de perseguir á los asesinos; pero el mónstruo solo lo hace para lavar en el rio las manchas de sangre de que aun estan sus manos teñidas.... Continuando esta tragedia atroz, tiene aun la audacia al dia siguiente de ir á echarse á los pies del Príncipe, y suplicarle persiga con todo su poder á los asesinos de su padre, cuya sombra ensangrentada se presentaba ya en sus sueños, y le ponia sobre sus trémulos labios la primera herida que

habia hecho en su corazon....

No mas reposo: ¿qué digo? la vida del parricida es la fragua, el volcan mismo del infierno colocado en el corazon de un mortal: el crímen ha descubierto ya, bajo una fisonomía espantada, inquieta y desencajada, un velo de tristeza y de horror que martiriza la memoria del inmenso porvenir.... En fin, la terrible melancolía del crímen se ha apoderado ya de Amedeo; y el amor, gimiendo bajo el oprobio, apenas puede despertar aquellos tiernos sentimientos de la pasion: en vano Blanca vuela á la horrorosa noticia de tan terrible asesinato: en vano estrecha á su amante y le conjura ponga un término á tantos sufrimientos, y viva solo para ella;

pues Amedeo, atormentado sin cesar por la demencia de su crímen, enagenado y martirizado por su pensamiento, desconoce frecuentemente á su misma querída, que por tanto quererla fue causa de venir á ser su amante un parricida; y últimamente, en el esceso de su tormento está dispuesto á hacerse ya traicion á sí mismo mil veces, sucumbiendo á sus crueles remordimientos.

Se habian hecho unas exequias magníficas al Baron, y las mas rigorosas pesquisas sobre el delito por el ministerio públíco; pero ningun fruto habian producido: cuando Cristina de Melsimberg, enterada de las estratagemas que se habian empleado por los dos aman-

tes para engañar al Baron, sospechó la verdad, y solo ilustrada por las luces de los celos se empeñó en descubrirlo todo. Habia tomado á su servicio, para preguntarle sobre los mas pequeños detalles, á un criado mui astuto que Amedeo habia despedido, y el tal criado, que no dormia en la noche del asesinato por el miedo á la tempestad, habia visto cosas estrañas, entre las que una de ellas era haber hallado entre los efectos de su amo los cordones de las campanillas. Estos indicios eran espantosos, pero no eran aun de plena conviccion; cuando un pescador, habiendo tendido una mañana sus redes junto á las murallas del castillo, retiró con ellas la máscara y el puñal

que el parricida habia arrojado al rio: este puñal era mui rico, y con el temor de que no le fuese reclamado, le ocultó cuidadosamente; pero por un enlace de acontecimientos admirables fue á venderle á Coblentz, y se dirigió al mismo judío que se lo habia vendido á Amedeo. El infame israelita, luego que el ajuste está hecho, es perseguido despues de algun tiempo por cierto delito de usura; son presos y registrados él y su criado, y en el desenrollo del proceso es el puñal colocado en el primer rango de las pruebas materiales, y da lugar á los interrogatorios y á las aclaraciones mas curiosas, que al fin conducen al último análisis, y hacen ascender á los jueces al asesinato del baron

de Altamougnes. Llega la voz á los oidos de Amedeo, quien se estremece al oir noticia tan horrorosa; y despues de mucho tiempo que ya no podia soportar las miradas de su querida, destrozado por los remordimientos, trató de vengar en su mismo seno á la víctima que habia inmolado su mano execrable: un sudor frio cubre repentinamente su cuerpo, cae rodando por el suelo, llama á la muerte, quiere lanzarse mas allá de la vida.... y en medio de esta agonía horrorosa confiesa, detestándose á sí mismo, que él ha sido el mónstruo que habia asesinado á su padre.... A esta terrible confesion, Blanca, que conoce haber ella sido la que ha contribuido en parte, aunque involun-

tariamente, á la ejecucion de este crímen, procura con su padre calmar los remordimientos de su amante. «Vuestro dolor, querido Amedeo, le dice, os hace prevaricar; veo que os acusaìs inocente para que vuestra sangre apacigüe la sangre irritada de vuestro padre. En nombre de Dios, por nuestro amor, tranquilizaos, recoged vuestra imaginacion....» Por toda respuesta Amedeo la mira con terror, y la muestra en una pantomima horrorosa que su puñal homicida fue el primero que le hirió; y que este mismo puñal, cuerpo y prueba irrefragable del delito, se hallaba ya en manos del judío que se lo habia vendido. Blanca, á pesar de estas pruebas devoradoras, se hacia aun

ilusion de ser efecto de la enagenacion en que le veia; pero el remordimiento habia ya triunfado, y toda la familia del castillo habia oido tan admirable como horrorosa confesion. Cristina de Melsimberg por su parte seguia por sus huellas la causa criminal formada contra el judío, con indicios que acreditaban ya sospechas mui vehementes; y la esperanza de imprimir una mancha indeleble en la reputacion de la rival que aborrecia, y de hacer caer sobre un patíbulo la cabeza del amante que habia despreciado su persona y su juventud, la habia hecho una verdadera Hermione; y en estas escenas sangrientas, el amor, foco mui comun de las mas terribles pasiones,

no marchaba ya sino guiado por la lóbrega luz de las teas de la envidia y de la venganza.

Con la confesion de Amedeo no podian ya los jueces tardar en obtener una plena conviccion: el parricida fue careado con el judío: el pescador declaró el sitio donde habia hallado el puñal y la máscara, y por todas partes la inexorable Themis levantaba el tablado del suplicio donde debia caer la cabeza de este feroz homicida. Los estados reunidos decretaron: que vista la enormidad del delito, se celebrase la ejecucion donde habia sido cometido; es decir, en el castillo del Rhin, y en el mismo cuarto del baron de Altamougnes: la sangre del mayor criminal corrió

pues en este sitio de horror, donde habia derramado tan atrozmente la de su inocente padre. Amedeo marchó á la muerte cubierto de una gasa larga con una túnica roja, sin jactancia y sin debilidad: consagró sus últimos momentos á la religion, y á Blanca su postrimer suspiro: esta sobrevivió poco tiempo á tan horrorosa catástrofe, y la opinion pública por otra parte, habiendo juzgado á Cristina de Melsimberg como una muger peligrosa y vengativa, la puso en la precision de desterrarse ella misma de su pais con su cruel alegria. Las orillas del Rhin en estos sitios no tenian por todas partes sino la imágen del duelo y de la consternacion: un parricidio en un pueblo civilizado

es un objeto de calamidad. A tan justos motivos de desesperacion se unieron unos fenómenos terribles en el castillo : las paredes sudaron sangre, y durante la noche se oian distintamente los acentos y gemidos de una víctima que se asesina. A mas de esto, al aniversario del parricida, á la hora justa de la mañana, se cubrian las torres de sombras lúgubres : al través de la tempestad, el rayo y los relámpagos, un espectro enmascarado, envuelto en una capa larga, asomaba un brazo teñido de sangre fuera de la ventana del baron de Altamougnes, echando en el rio un puñal ensangrentado.... Los aires y las olas bramaban como heridos de este instrumento horrible : fue abando-

nada esta mansion á los genios del remordimiento que se apoderaron de ella, y siempre que alguno era osado á entrar, una voz formidable le gritaba: «*Huye, temerario, y teme las sombras ensangrentadas del parricidio.*»

Los pueblos de las dos orillas estuvieron por mucho tiempo consternados por el imponente aspecto de todos estos prodigios, y el mismo gobierno se proponia mandar destruir un castillo de tan funesta memoria, cuando al nuevo aniversario del asesinato, en el momento en que el espectro enmascarado arrojaba su puñal al Rhin, se vió caer con estrépito horroroso un terrible rayo que precipitó á las aguas aquel maldito edificio enteramen-

te, como si la tierra quisiera despedirle de su seno, quedando en su lugar repentinamente una isla de sauces, cipreses y llorones, de cuyo seno se elevaba un magnífico mausoleo á los manes del infortunado baron de Altamougnes: fue un sitio solo de peregrinaciones, y muchos iban de muy lejos á derramar flores sobre aquel sagrado sepulcro.

FIN DEL TOMO I.

GALERIA FUNEBRE

DE ESPECTROS

Y SOMBRAS ENSANGRENTADAS.

TOMO II.

GALERIA FUNEBRE

DE HISTORIAS TRÁGICAS,

Espectros y Sombras ensangrentadas.

SU AUTOR

D. Agustin Perez Zaragoza Godinez

dedicala

Á LA AUGUSTA REAL PERSONA DE S. M.

DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON,

Reina de las Españas,

bajo la Real proteccion del REY N. S. (Q. D. G.)

TOMO II.

MADRID: Junio, 1831.
Imprenta de D. J. Palacios, *calle del Factor.*

HISTORIA TRÁGICA 3.ª

LA PRINCESA DE LIPNO,

O EL RETRETE DEL PLACER CRIMINAL.





Cielos que veo!!! esto no es ilusion:
mi muerte es ya inevitable!

P. M. g.

Creo es difícil hallar en los anales de la galantería (si es que asi se pueden nombrar los delitos mas criminales del amor) un caso mas horroroso y admirable que el que voi á referir.

El conde ruso Dourlinski, de una casa de las mas poderosas de la Rusia asiática, hijo único y heredero de una fortuna colosal, gozaba á los veinte y cinco años de la mayor libertad. Hermoso, bien formado y airoso; pero la naturaleza, en medio de un físico tan in-

teresante, habia colocado una alma la mas negra, un carácter el mas feroz; y su maldad era tanto mas peligrosa para las mugeres, cuanto que era sostenida por el talento, las gracias y los sofismas de las mas pérfidas doctrinas. Ver al Conde una sola vez á caballo, en el baile ó á la cabeza de los escuadrones de cosacos, con su rico uniforme, y domando un fogoso caballo, era amarle para siempre: era imposible librarse, al mirarle, de aquellas naturales impresiones que produce al momento un objeto seductor; pero no solo sus hermosas facciones, sino su interesante fisonomía era tan singular, que causaba á todos admiracion; mas lo que acababa de esclavizar el corazon,

era la dulzura angelical que tenia en la espresion de su voz, su aire y su fino trato; de manera, que todas estas circunstancias reunidas servian á ocultar su cruel perversidad. Sin embargo, este mónstruo con faz de sirena era ya sordamente acusado por la opinion general de haber envenenado secretamente á su primera esposa y á su madre; de haber hecho asesinar á su padre en la guerra por unos ladrones, cuando se hallaba mandando en clase de general una division contra el ejército francés que marchaba entonces sobre Moscou; y en una palabra, de ser el gefe, el alma y el principal de una banda de malvados, cuya cueva ó guarida existia misteriosamente en el

centro del bosque de Sombrouski, junto al castillo del Conde.

Las probabilidades, las congeturas ciertamente eran vehementes; pues los indicios, las señas y los partes dados por los vasallos de aquellos contornos eran un testimonio de conviccion: pero como eran necesarias las pruebas materiales para acusar abiertamente al hombre poderoso que la voz pública señalaba á gritos, en medio del terror y del silencio se esperaba que un nuevo crímen revelase en Dourlinski el secreto de sus primeras atrocidades.

El conde de Dourlinski, pues, en este estado de cosas, viudo de la condesa de Niesiska su primera muger, se propone contraer segun-

das nupcias, é intriga por obtener los bienes inmensos y la mano de la jóven princesa de Lipno. La pretension era inaudita; pero este mónstruo, saciado de crímenes vulgares, no queria ya en adelante sino víctimas reales; y su conducta criminal, coronada hasta entonces de los mas felices sucesos, era la que le alentaba á continuarla á la sombra de la impunidad.

Hablaremos rápidamente sobre los medios de que Dourlinski se valió para tener un libre acceso en el palacio y en las piezas interiores de su nueva conquista, las fiestas que la prodigó, el arte con que supo obtener la benevolencia del emperador en estas circunstancias, y todos los gastos que hizo en sus

palacios de Moscou para sembrar de flores el precipicio en que se queria sumergir á la desgraciada princesa; lisonjeándonos la idea de ver participar á nuestros lectores de nuestra misma impaciencia sobre el suceso de nuestros cortos talentos en esta historia que le ofrecemos tan interesante: historia en que reunidos en un hombre solo todos los crímenes, verán sufrir á una jóven hermosa y sin esperiencia los mas terribles asaltos. No harcmos mencion de la boda, de los fuegos artificiales, de las comidas espléndidas, de los bailes, de las galas y de las fiestas brillantes á que dió margen este enlace, y colocarémos al momento á esta jóven esposa en el castillo de Som-

brouski con el Conde, que á fuerza de estratagemas logró hacerla dejar la antigua capital, residencia de los Czares, para tener de este modo á su presa bajo las puntas de sus puñales y el brevage mortal de sus tósigos.

La hermosa Elvira, nuestra jóven princesa, privada ya de los consejos de su madre y de su padre, acompañada de una servidumbre poco numerosa, y no teniendo á su lado mas que un escudero, Beniski, y Narcisa su camarera, italiana de nacimiento, estaba enteramente entregada sin defensa alguna á su verdugo, á su asesino, asi como una tierna paloma inútilmente agachada bajo la yerba se ve amenazada por las garras de un

feroz gavilan: no porque la faltase valor ni penetracion; pero ¿cómo podia jamas sospechar que el Conde, hombre generalmente estimado, fuese un malhechor, un asesino? De todos modos Elvira no habia ocultado á Narcisa, su estimada confidenta, lo poco que le agradaba la localidad del castillo, sus contornos, su soledad, los silvidos que habia oido á ciertas horas de la noche.... y en fin, los grandes fosos de que estaba rodeado, cuyas circunstancias reunidas la desagradaban bastante y la causaban mucha inquietud: tampoco la disimuló las observaciones que habia hecho sobre la distribucion de los cuartos, las muchas escaleras falsas, y aquella longitud silenciosa de los corre-

dores, que en su imaginacion tenian mucho misterio y melancolía, y que desde luego parecia debian haberse hecho con siniestras intenciones, cuya causa solo podia ella definir interiormente. «El asilo de la virtud (decia por lo bajo) está muy sereno, tiene mas libertad y mas alegria sin necesidad de todos estos misterios de arquitectura.» Tambien comunicó al Conde sus melancólicas reflexiones; pero éste riéndose disimuladamente al oirla lo que él llamaba niñería, se esforzaba en demostrarla, que habiendo sido construido su castillo en tiempo de la célebre Lodoiska por un modelo de Polonia, la figura triste y sombría de sus torreones, y el aire de su arquitectu-

ra debian resentirse de la época en que habia sido hecho. Nuestra jóven Princesa parecia muy satisfecha entonces de sus falsas esplicaciones; mas sin embargo no estaba menos poseida de una secreta inquietud en una residencia tan estraña y singular; y desde este momento tentó sin afectacion todos los medios de poder volver á Moscou; pero por una fatalidad inesplicable no era ya tiempo, pues su suerte estaba escrita en un libro de sangre, y el decreto del destino la habia entregado á los mas crueles reveses: para colmode su infortunio se habian marchado ya los personages de su familia que habian pasado con ella algunos dias en el castillo, y la desgraciada se

hallaba entregada en holocausto á horrores tanto mas alarmantes, cuanto que se hallaban encubiertos entre las mas espesas sombras del crímen. Una noche que Dourlinski habia salido á la caza de osos con algunos criados y todo el aparato necesario (estratagema que habia inventado para disimular sus designios), Elvira oyó distintamente desde el fondo de su alcoba cuatro silvidos que salieron alternativamente del monte inmediato; y despues un resplandor repentino hizo entrar por sus ventanas una claridad sorprendente; mas no fue solo esto, pues pocos minutos despues oyó unos gemidos subterráneos, cuyos ecos tristes y lamentables llenaron á su alma,

ya bien agitada, de un mortal terror.... acentos de dolor y de muerte mal sofocados, y como si fuesen las últimas angustias de una víctima que lucha por librarse de los golpes de un asesino, las cuales se prolongaron en las galerías del castillo lentamente, asi como una sombra ensangrentada que desaparece, sin saber cómo, entre negros vapores.... y despues de estos terribles anuncios de la muerte sucede el ruido sordo de puertas de metal rechinando sobre sus goznes.....

A tan funestos presagios Elvira, espantada, atónita y llena de terror, se estremece y tiembla en su solitario lecho: quiere lanzarse de él para llamar á su fiel Narcisa;

pero por un fatal encanto, su alcoba, guarnecida por todas partes de fuertes barras y de gruesos cerrojos, la ofrece el aspecto de una horrible jaula de hierro, alumbrada por una luz fúnebre, colocada frente á una cabeza ensangrentada.... La Condesa, desfallecida al ver cosas tan terribles, sucumbe al principio á su dolor: su seno, violentamente agitado, no puede contener la turbacion que le oprime, y parece querer lanzarse del corsé que le tiene cautivo.... no puede ver bien el espectro de la muerte que la persigue con aquel aparato infernal; pero reuniendo despues todas sus fuerzas, se pone á dar gritos los mas penetrantes que al fin despiertan á Narcisa. ¿Qué

es lo que teneis, señora, la dice corriendo allá ligeramente vestida: estais indispuesta? ¡Cómo! ¿Narcisa, no has visto nada; no lo has oido? respondió la Princesa aun temblando. No, señora; y permitidme os diga que todo eso debe ser sueño. ¡Cómo un sueño! repuso la Condesa. Pero como no habia quedado ningun vestigio de las terribles imágenes que habia visto, y que esta cabeza de sangre, esta lámpara, esta prision, candados y cerrojos se habia todo desvanecido como una nube, Narcisa se confirmó en que su ama habia tenido una penosa vision; por lo cual, alentada la jóven Condesa, aunque inútilmente, por la presencia de la fiel compañera, se puso á re-

correr con una luz en la mano todos los rincones de su aposento, y todo habia ya desaparecido como bajo el imperio mágico de la varita de una hechicera; de manera, que la Princesa llegó á persuadirse de que todo habia sido ilusion de su imaginacion en sueños; y despues de haber dado gracias á Narcisa, volvió á dormirse profundamente.

Dourlinski volvió de la caza al dia siguiente, y sus lacayos y monteros hicieron entrar en los patios del castillo en triunfo sobre unos troncos de pino el enorme oso que habian muerto á flechazos y tiros; y el Conde, haciendo salir á su esposa á las ventanas, la hizo un presente con el objeto de su pre-

tendida victoria, haciendo mas satisfactorio aquel obsequio la concurrencia de muchos aldeanos y aldeanas de aquellas inmediaciones, cuyas circunstancias reunidas daban á esta particularidad el aspecto de una fiesta campestre. La Condesa, deseosa de grangearse el amor de sus vasallos, les hizo distribuir con profusion muchas cosas de comer y buenos vinos, sin retirarse á su cuarto hasta que todos los aldeanos se marcharon cantando su despedida con la grata idea que llevaban de su señora. Es cierto que observó cuchichear juntos algunos ancianos que parecia la compadecian mas bien que envidiar su brillante posicion; pero con aquella grata confusion que

reinaba en aquel momento en el castillo, pasó de largo esta idea por su imaginacion, y solo se ocupó del placer de volver á ver á su esposo. Luego que estuvieron solos no hablaron mas que de los peligros y placeres de la caza. Elvira reprendió al Conde con ternura por el riesgo á que esponia su vida con esos caceríos, y le suplicó tiernamente que en adelante considerase tenia dos vidas preciosas que conservar: tampoco le ocultó los horrorosos sueños que habian metamorfoseado en su imaginacion al castillo en una caverna encantada; pero el Conde no hizo mas que reirse de estas ideas quiméricas; y para distraerla la habló de un baile magnífico que de-

bia-darse dentro de poco tiempo en Moscou, al qué, añadió cariñosamente, deseaba asistiese para que admirasen sus gracias y la riqueza de sus adornos. «Hé aqui, la dijo, sacando un cofrecito del bolsillo, un soberbio aderezo de brillantes á la oriental que acaba de llegar de París, y que me parece digno de brillar en la hermosa garganta de mi Elvira.» La Condesa, encantada de su ternura, abrió el cofrecito, y vió con admiracion los mas preciosos brillantes que podian adornar á una emperatriz. No he limitado mi cariño solo en esto, continuó Dourlinski, haciendo entrasen un baul de nácar: aquì tienes tambien ricos casimiros, esencias, perfu-

mes, bordados esquisitos y sedas que las odaliscas (las mugeres del serrallo) se engreirian de llevar. Elvira, enternecida al ver tanta delicadeza en su esposo, que en tan corta ausencia se habia ocupado únicamente de agradarla, no sabia en qué términos demostrarle su reconocimiento: la desgraciada le prodigó sus tiernas caricias, le llamó con entusiasmo su único soberano, su generoso amigo, interrumpiendo estas espresiones con los mas tiernos besos, ignorando que estrechaba entre sus brazos á un mónstruo teñido de sangre, que no pensaba sino en darla una muerte lenta.... Sin embargo, no dejaron de llamar la atencion de Elvira con bastante

pena y sobresalto ciertos rasgos de ferocidad que de cuando en cuando notaba en la fisonomía de Dourlinski, y declaraban al traves de su aparente dulzura, que su corazon no abrigaba sino inclinaciones homicidas: ¡tan difícil es al asesino enmascarar su tenebrosa perversidad.

Por último, Dourlinski, despues de estos presentes, sacó de su dorman una carta fingida, la leyó en alta voz, y concluyó diciendo que era llamado á la chancillería de Moscou, distante pocas leguas del castillo, para dar algunos detalles de administracion de su regimiento, y no dejó de aparentar su pena por tan cruel ausencia: sirvieron los criados la co-

mida, y concluida ésta, Dourlinski con mil tiernas demostraciones llevó á Elvira á su retrete, donde como un amante esposo la prodigó aparentemente las señales mas afectuosas de un amor legítimo.

Elvira se creia la muger mas feliz del mundo, y Dourlinski hacia ya mucho tiempo que habia marchado en un soberbio trineo, escoltado de sus bakirs, y aun derramaba lágrimas de ternura y de amor, creyendo tener todavia en su presencia á su mui amado y tierno esposo.... Narcisa llega, y sorprende á su ama en este estado tan doloroso. Señora, la dice, ¿por qué os afligis asi, siendo un viage tan corto? Ya veis que el Conde os adora. En efecto, repuso

Elvira enjugando sus bellos ojos; acaba de darme pruebas bien convincentes: mira, mira, Narcisa, el nuevo regalo que me acaba de hacer. ¡Jesus, señora, qué aderezo!!! vamos es cosa sobresaliente. ¡Pero cómo! prosigue Narcisa, observando la cajita de nacar: las cerraduras parece que estan forzadas y no tienen llaves!!! Estas reflexiones hicieron no poca impresion en el corazon de la Condesa, y escitaron en ella la mas cruel inquietud: su admiracion se redobló justamente al ver todas aquellas alhajas salpicadas de sangre: un grueso rubí estaba casi cubierto de ella, y habiéndose caido sobre el vestido de la Condesa, la salpicó por muchos parages: des-

pues las letras iniciales árabes que notó tenia la cajita embutidas de oro sobre la tapa, denotaban ser de un propietario estrangero.... ¿Qué consecuencia podia sacar de esta particularidad?.... Dourlinski, decia la Condesa, se habrá herido en la caza ligeramente, y tocando despues estos brillantes los habrá manchado sin advertirlo: esta esplicacion tan especiosa como era, hubiera satisfecho á nuestra heroina sin aquel recuerdo tan reciente de las apariciones nocturnas que la habian consternado tanto; todo lo cual la hizo dejar al tiempo la aclaracion de tantos enigmas y dudas. Narcisa por otra parte no habia respondido á ellas sino con monosílabas, de manera que aquella

triste mansion tenia el aspecto mas imponente y sombrío para estas infelices criaturas sin poderse librar de dolorosos presentimientos, respirando en ella el aire del crímen y todas las apariencias de la crueldad. La Condesa, atormentada por tan penosas ansiedades, y sin saber qué juicio hacer de lo que pasaba los límites de su inteligencia, no cesaba de meditar sobre todo aquello que veia, llena de temor y confusion: la disposicion del retrete tenia algo de maravilloso y misterioso, y un olor asi como de cadáver habia afectado toda su mansion. En fin, todo en este castillo estaba fuera del orden natural, y se la figuraba que debajo de sus pies habia un abismo, ó

profundidades cuyos escollos eran difíciles de conocer. Elvira no quiso hacer estas nuevas confianzas de su fiel compañera, persuadida de que aun las hubiera graduado de ilusiones y fantasmas fraguadas por su imaginacion; y dirigiéndose á su harpa, poseida de la mayor melancolía, se puso á cantar una cancion que habia compuesto para Dourlinski cuando la dedicó todos sus cuidados en Moscou; y alternando en sus ratos ociosos, sea retratando al pastel al Conde, sea tocando en su piano un patético nocturno, salvó insensiblemente aquellas horas imponentes de la noche....

Nuestra desgraciada Condesa no vió estender á Erebo su negro

manto sobre el horizonte, sin esperimentar un secreto temor que la hacia temblar; pues como hemos dicho, la distribucion y el mecanismo del castillo la causaban mucha sospecha é inquietud: una idea vaga y dolorosa parecia quererla revelar un misterio atroz, oculto bajo sus pies.... y ciertos presentimientos horrorosos la advertian por lo bajo que marchaba sobre féretros ensangrentados.... .

No hai duda, en que sin riesgo de ser acusados de supersticiosos, podemos decir que tenemos sobre nosotros mismos marcados los infortunios que deben afligirnos algun dia, y que sin sernos posible librarnos de un abismo, los conocemos, quisiéramos evitar-

los y no nos podemos separar.

Ya eran las diez de la noche en el mès de noviembre: el soberbio y frio aquilon hacia oir sus silvidos y sus borrascas furiosas en el bosque y en las galerías: el campo y los pinares cubiertos de nieve y de escarchas no presentaban á la imaginacion entristecida sino luto y esterilidad: algunos moscovitas envueltos en pieles eran los únicos mortales que se veian á lo lejos, y algunas aves de rapiña hambrientas y deseosas de la presa aumentaban de cuando en cuando el pavor y la monotonía de aquel triste cuadro; en fin, el ruido de la vida parecia morir bajo los muros de esta especie de prision de estado, para no dejar reinar alli mas que al ángel

fúnebre de la muerte.... ¡Qué espectáculo! ¡qué aislamiento! ¡qué soledad para un espíritu afectado como el de Elvira!.... Añadid á estos objetos tan poco gratos, las manadas ó cuadrillas de lobos hambrientos que se lanzaban del bosque hasta el puente levadizo, que venian á hacer oir sus horrorosos ahullidos bajo el balcon de la galería de occidente; los bramidos de los osos que marcaban lentamente sus pasos sobre la nieve; y mas peligrosas aun que estos animales las caravanas de kalmucos errantes, acostumbrados á no vivir sino del pillage, seres acaso mas salvages que las bestias feroces, y que no hacian mas que sorprender las casas solitarias.... ¿Y

podras, lector mio, formar una idea exacta del sitio en que la fatalidad habia colocado á nuestra heroina?

Sin embargo, la Condesa, acordándose de las dulces reflexiones de Dourlinski, y temiendo la viese aun con las mismas aprensiones, disimulaba cuanto podia su turbacion.

Entre otros instrumentos habia hecho que la llevasen de Moscou una harpa llamada *aérea*, la que tenia costumbre de poner por la tarde en el corredor para que el aire la hiciese vibrar con su dulce melodía. Viendo lo mucho que nevaba, la pareció debia recogerla, y habiendo llamado inútilmente á su doncella, se resolvió abrir ella

misma el balcon, y dirigiéndose al instrumento, se disponia ya á cogerle entre sus brazos.... ¡Mas cuáles fueron su admiracion y terror cuando alzando su vista al aire, ve al través de una lluvia de nieve dos cadáveres mutilados, que colgados de unas garruchas se estaban bamboleando junto á las rejas de la torre izquierda del castillo!!!.... La sangre de las heridas de estos cuerpos desnudos caia aun gota á gota sobre la nieve, formando cuajarones de púrpura animados: una larga cabellera de muger agitada por el viento llega hasta rozar con el rostro de la Condesa; y en esta terrible posicion nuevos silvidos y una trompa sepúlcral que salieron del bosque contiguo al castillo, la

convenciéron esta vez de que lo que habia sospechado y veia no eran visiones fantásticas.

Dejar caer con estrépito el harpa, marcharse precipitadamente y asombrada á su cuarto, cerrar las ventanas llena de terror, y llamar con voz desfallecida á su querida Narcisa y á Dobieski, fue para Elvira el efecto del rayo.... ¿Mas á dónde huir? ¿cómo sustraerse de los puñales de los asesinos? ¿cómo evitar en esta ladronera, cueva de facinerosos, una muerte que parece inevitable!.... Tales eran las reflexiones, ó mas bien los lamentos de la desventurada Condesa. Narcisa por su parte entró precipitadamente pálida, azorada, sin aliento, y con el horror pintado

en todas sus facciones: «Somos perdidas, señora, esclama sollozando: el Conde no es mas que un capitan de vandoleros: vuestras apariciones, que yo no queria creer, fueron demasiado ciertas: vuestro escudero acaba de ser asesinado á mi vista; y en fin, este castillo no es mas que un encierro donde tenemos que perecer sin auxilio humano....» «Calla, Narcisa, guarda silencio, la dice la Condesa reponiendo su espíritu: nuestros clamores nos perderian, y solo la prudencia es la que acaso puede salvarnos: no nos demos por entendidas de lo que hemos descubierto, y esperemos nuestra vida de la misericordia de Dios.» Elvira reuniendo todas sus fuerzas, toma una

luz, y demostrando esta vez un valor superior á su sexo, producido por el mismo esceso de su desesperacion, se dirigió á la arca de nacar, se apoderó de un par de pistolas y de dos ricos puñales que habia visto en ella, y repartiendo con heroïsmo estas armas con su fiel Narcisa: «Toma, la dice, este socorro divino que el cielo nos envia para defender nuestra vida y honor; y mira como Dios, si permite obrar al criminal, tambien arma al inocente de todos los medios de defensa, y le hace triunfar en el mismo momento en que parece se hallan en la mayor prosperidad sus crímenes.»

Narcisa al oir estas palabras llenas de una celeste energía, se ha-

lla repentinamente reanimada de un espíritu varonil, su entusiasmo se electriza, y al ver á la Princesa haciendo brillar un puñal en sus manos, y una pistola en la cintura, nota inflamarse mas su valor, y lejos de temer la muerte, se contempla mui conforme y resuelta á perder la vida, defendiendo la preciosa existencia de la princesa de Lipno. ¡Mas ah!!! ¿qué pueden hacer dos mugeres en este sepulcro? Vamos, vamos, no perdamos todas las esperanzas, continuó Elvira con entereza: condenemos todas las avenidas de mi aposento: coloquemos estos muebles delante de las ventanas y las puertas, y asegurémonos de todas las salidas. Colocadas todas estas em-

palizadas, Elvira, con una prevision digna de su casto pudor, envuelve tambien su cintura con mucha tela, hace una salvaguardia á su honor, se previene contra su profanacion, y en este estado espera que el rigor del destino provoque su valor por nuevas pruevas de iniquidad.

Ahora conviene que todo lector reflexivo forme una idea de la situacion de dos infelices mugeres reducidas únicamente á sus débiles recursos para librarse de una alevosía meditada por una cuadrilla de asesinos, y en medio de unos caníbales, avezados ya á la carnicería y al crímen desde la infancia, y no teniendo en muchos años otros medios de existir que las atrocidades,

con una madriguera por asilo impenetrable á Themis, y un mónstruo poderoso, diestro y audaz por gefe!!!....

Narcisa y Elvira (pues ya no la llamarémos Condesa ni Princesa, respecto á que el peligro nivela las condiciones, y los mas altos personages descienden hasta nosotros en la adversidad), Narcisa y Elvira esperaban á cada instante ver cuál sería el asesino que profanára el primero con su presencia aquel funesto asilo: sus ojos inflamados y sin pestañear de inquietud, el cuello en toda su estension, oprimida la respiracion y en un profundo silencio, escuchaban estremecidas y poseidas de un justo terror; mas nada oian sino los pos-

trimeros gemidos de la agonía del escudero Dobieski, que ahogado en su sangre estaba espirando sobre la escalera de la galería: asi se habian pasado las horas en medio de estos horrores sordos, interrumpidos únicamente por el sonido mortífero de una vocina, que por sus ecos calculados parecia debia dirigir maniobras esteriores, causando las mas fuertes emociones y vaticinios en el alma de aquellas dos desventuradas, pues cada golpe de esta atalaya era para Elvira y Narcisa una puñalada mortal. Esta habia contado á su señora todas las circunstancias del asesinato de Dobicski, por haberle visto por sus mismos ojos sucumbir á las infinitas puñaladas de los

muchos enmascarados que le acometieron repentinamente: sospechando que habia un gran misterio en tantas entradas y salidas como observó, se habia ocultado en un gabinete retirado, desde donde fue testigo de la horrorosa muerte del escudero: los crueles ejecutores del homicidio, queriendo deshacerse del único hombre que podia socorrer á la Condesa, le habian puesto primero una mordaza, y despues le inmolaron á puñaladas; y el ruido como de una masa que cae de lo alto sobre un sitio blando, no las dejaba dudar ya que su cuerpo habia sido precipitado sobre una pila de muertos y de moribundos; mas con respecto á esto eran falsas las congeturas de

Narcisa, como lo esplicarémos en el discurso de la historia.

«No hay duda, esclamó la infeliz Elvira con una voz débil, como sucumbiendo á tan cruel martirio, cual sufria su corazon; no hay duda alguna, Narcisa, estamos rodeadas por todas partes de agentes del crímen: este mismo piso sirve acaso de losa á los cadáveres que debajo de nosotras estan apilados: los huecos de esta infernal caverna y sus terrados estan indudablemente encumbrados de víctimas; y hasta este horroroso retrete.... este retrete, Narcisa, no lo dudes, es un secreto tormento, un lazo inventado por la crueldad donde acaso Niesiska habrá perecido, y donde yo no entraré ya si-

no temblando!!!.... En este momento de agitacion en que Elvira multiplicaba sus temores, segun veia se multiplicaban los peligros, desapareció la luz de su cuarto, pues las dos bujías que habia encendidas delante del tremó de la chimenea, fueron perdiendo insensiblemente su brillo, sustituyéndole la palidez opaca, como por efecto de un poder invisible, y las últimas boqueadas que dieron pareció pronunciaban el á Dios de muerte á nuestras dos desgraciadas presas.... Apenas habian aparecido tan estraordinarios prestigios, cuando se presentó al reflejo del espejo la cabeza de un muerto; y un ruido espantoso, semejante al rugido lejano de la mar,

acabó de dar á este espectáculo todo cuanto puede aterrar el alma de un simple mortal. Cuando las nubes no lo impedian, alumbraba la luna alguna parte del aposento, y servia para hacer ver miembros ensangrentados y fantasmas cubiertas de grandes túnicas blancas que despues desaparecian como el humo....

Elvira y Narcisa, estrechamente abrazadas la una con la otra, aguardaban con resignacion el golpe mortal, y sin poder descifrar la causa de prodigios tan admirables, esperaban aun de la bondad divina su rescate milagroso.... ¡Oh Dios! ¡qué cruel es para una princesa perecer de esta suerte en la flor de sus años, momento en que

el tiempo acababa de perfeccionar sus encantos, y la naturaleza dar la mas completa espansion á los tesoros de su beldad, animando en todos sus sentidos la vida y el cariño! ¡el cariño para un malvado, camaleon pérfido que á su placer se revestia de cuantos colores convenian á su pérfido corazon seductor!.... ¡Qué cruel es, digo, pasar á los brazos de la horrible muerte en una edad tan florida y encantadora! Elvira no verá ya fruto alguno de su ternura dulcemente estrechado contra su seno, ó cariñosamente arrullado sobre sus rodillas sonreirse con su madre presentándola aquellas gratas facciones de un esposo virtuoso.... Todas estas ideas concurrian

á agravar el sentimiento de tantas desgracias en la imaginacion de la infeliz Elvira, y la hacian gustar lentamente toda la amargura de la muerte; pero á pesar de tantas penas vive aun; al traves de los horrores que la cercan, sus miradas traspasan las bóvedas de su prision, y penetran hasta las regiones felices de la inmortalidad: allí es donde su alma se lanza, respira y gusta de la paz celestial: algunas veces insensible para sí misma, recomienda á Dios la pobre Narcisa. En fin, Elvira, la infortunada Elvira creia que ya no tenia en qué pensar mas que en morir; ¡pero qué lejos estaba aun del fin de sus crueles pruebas!.... Abrese una parte del piso, encién-

dense por sí solas las luces, y á sus pies ve rodar una cabeza ensangrentada y cubierta de cabellos blancos.... es la cabeza de su padre, la que Elvira ha conocido al momento....

Con este golpe fatal se confirman sus fundadas sospechas, y su alma se llena de nuevas alarmas, pensando en todos los males que el destino puede reservarla: ¡el puñal de un homicida ha vertido la sangre de su familia antes que la suya!!! Dourlinski, el bárbaro Dourlinski es indudablemente el criminal de este nuevo atentado; y en medio del horror que Elvira siente, solo pide á Dios el favor de que por sí misma pueda vengar un dia la perfidia de su seduc-

tor.... ¡Mas ah! este favor no tardó en serla acordado por el cielo; porque despues de otras escenas terribles acompañadas de un ruido de espadas, Dourlinski, el horrible Dourlinski se presenta con todo el acompañamiento de asesinos, y precedido de algunas linternas lóbregas.... ¡Qué momento tan cruel para la pobre Elvira! No es ya un Proteo interesante que se encubre bajo aquel aire falso de dulzura: es un leon, un tigre armado de toda su rabia, de todo su criminal frenesí, sediento de sangre humana por el gusto de derramarla, y con la espuma en la boca buscando el placer en el seno del crímen y de la inhumanidad.... Su cintura guarnecida de

pistolas y puñales, la cabeza cubierta de un casco de bronce, una cimitarra en la mano, y con una capa ordinaria medio colgando de los hombros; con este aparato y con este trage, dignos del patíbulo, es como Elvira vuelve á ver á su esposo.... «Tú y toda tu familia que aborrezco, la dice con el furor propio de un mónstruo, habeis creido en la sinceridad de mi enlace y de mis juramentos; y juzgando ya disipados mis resentimientos, habeis tenido la imprudencia de pensar que Dourlinski sabia perdonar: reconoce ahora, Elvira, aunque tarde, que soi implacable en mis venganzas, y que nunca olvidé que la casa de Lipno se habia reunido disimuladamente

á mis enemigos cuando se me acusó de haber muerto á mi madre y á Niesiska....» «¡Ah infame malvado! le responde Elvira con vehemencia: ¿no es bastante haber hecho rodar á mis pies la cabeza ensangrentada de mi desgraciado padre, atentar á los dias de mi familia, amenazar á los mios con una larga agonía y todos los prestigios de tu caverna infernal, sino insultar aun á mis desgracias? Toma, hiere; aqui tienes mi pecho, arráncame la vida, y no ultrages á tus desventuradas é inocentes víctimas, haciéndolas caer con tan redoblados golpes antes que con tu puñal homicida.»

Dourlinski, inaccesible á los remordimientos y á la piedad des-

pues de muchos años en esta vida tan atroz, é inexorable para Elvira, que con el seno medio descubierto, y los cabellos desordenados en su desesperacion, y con una palidez mortal en su rostro que hubiera movido á una fiera, manda con el ceño de un desalmado que la separen de Narcisa, y que la conduzcan al retrete fatal de que tanto ella habia sospechado. Este fue el golpe mas terrible que podia dar á la desventurada Elvira, pues la muerte ya ciertamente la esperaba: su imaginacion se ocupaba en aquel momento de la horrible idea de que su cabeza rodaria bien pronto por aquellos suelos nadando en su sangre; mas la muerte, acompañada del oprobio de las caricias, y de la

Iujuria sanguinaria de Dourlinski, era lo que la hacia pasar mayores y mas crueles angustias: al principio se muestra fuerte, y trata de resistirse á los esfuerzos de los asesinos; pero su debilidad no la permite igualar sus flaquezas á su valor.... Por otra parte oye los últimos lamentos de su pobre Narcisa, á quien un puñal sumergido en su pecho la conduce al sepulcro; y la infortunada Elvira, no teniendo la felicidad de morir de dolor, ve prolongar su cruel agonía con episodios que aumentan su tormento y su horror.

Encerrada en aquel mortífero retrete, su primer impulso fue implorar la misericordia divina, para que al menos la salvase el honor

quitándola de repente la vida: su interesante plegaria se prolongaba dolorosamente por el eco sobre las columnas del retrete; y apenas habia pronunciado la palabra de la *vida*, otro eco favorable respondió: *sí.* Elvira concibiendo aun alguna vislumbre de esperanza, se lanza hácia el lado de donde habia salido aquella voz protectora, y por un nuevo impulso de heroismo esclama: sí, soi insensible á la muerte; pero que no sea profanada mi virtud en este dia.... Aquel eco tutelar repitió aun las últimas palabras, *en este dia.*

Juzga, lector mio, ¡cuál seria el estado de esta infeliz Princesa! A orillas del abismo le era permitido aun concebir esperanzas, y á pesar

del aspecto horrible de aquellos objetos que con su presencia tanto la afligen, espera con cierto espíritu varonil; de manera, que á pesar de ver un sofá mecánico en el fondo de este sitio infame, cuyos resortes dan un tormento cruel á las víctimas que se sientan en él, y unas disciplinas de alambre ocultas bajo unos colchones con remates de acero, que no podian servir sino á un asesino voluptuoso, nada la causaba ya espanto. «Dios me ve, Dios me oye, esclamó en su nuevo fervor, conoce mi inocencia, y si perezco será mi frente coronada de las palmas del martirio.» Asi es como la virtud, fuerte por sus muchos recursos, burla al criminal, y aun sucumbiendo triunfa.

Elvira con la débil luz de la lámpara recorre el nuevo teatro de sus infortunios: estas dulces palabras: *sí, en este dia*, que un poder superior solo podia pronunciar, resuenan en su alma, y halla en ellas el secreto de su libertad: á pesar del olor de los cadáveres, á pesar del nuevo horror que la inspira el descubrimiento en un gabinete de tres cuerpos de mugeres mutilados, marcha ya precedida de una santa esperanza, y se atreve á penetrar hasta en los parages mas secretos de este *retrete carnívoro del placer criminal*: sus pies no dejaban sin embargo de temblar á cada paso que daban sobre todas estas trampas pérfidas que podian tener algun lazo funesto, cuando repentina-

mente ve caer á sus pies un ramo de oro con tres bolas de marfil; le coge, le besa con un indecible placer, y lee sobre una de las bolas: «*Debajo del camapé carmesí hai una escalera de caracol que conduce al bosque por una galería subterránea, y al fin de ella está el socorro: no perdais un instante, hermosa Elvira: virtud y valor.*»

¿Que consuelo! ¡qué alegría! Elvira sigue al momento aquel consejo angelical; y en efecto, la mágia continúa en ser puntualmente exacta: baja una escalera tortuosa, se introduce con una luz en una especie de caverna tenebrosa, y recobrando fuerzas su angustiado espíritu, sigue sus admirables destinos: la dejaremos un mo-

mento, ahora que se halla ya fuera de peligro, para manifestar la conducta ulterior de Dourlinski.

El peligro es grande, decia sentado á la mesa á todos sus compañeros: el ministerio de San Petersburgo ha descubierto, sabe ya nuestra conducta: la policía de Moscou ha puesto agentes secretos en nuestra persecucion; y en fin, mis nobles hermanos de armas, hemos llegado hasta el punto de tener traidores en nuestro seno que han revelado una parte de nuestras acciones, y dado el plan del mecanismo de nuestra caverna. Al oir esta palabra de traidores, juraron sus secuaces emplear todos sus esfuerzos por descubrirlos y esterminarlos. «Imitemos, dice el se-

gundo gefe, la conspiracion de Catilina, en la que los conjurados, para estrechar sus lazos de complicidad indisoluble, bebieron todos en una copa de sangre sobre una víctima inmolada por sus propias manos. Narcisa está aun tibia, y... » Dourlinski vituperó estas farfantonerías, añadiendo que no estaba ya en su poder el coger á los delatores, porque habian desertado y se hallaban ya entre sus enemigos. Efectivamente, todos los de la cuadrilla se miraron unos á otros airadamente con inquietud, y vieron que Flamenski y Rodoff, escelentes por su sangre fria para degollar, habian desaparecido por algunas contestaciones sobre la particion de un botin. Pues, señores,

no debemos perder el tiempo tan precioso en discursos supérfluos, dijo el capitan Dourlinski: hace mucho tiempo que se sospecha de mí, y convendria abandonar esta noche sin dilacion esta caverna que se cree encantada, y arrojarnos á los montes de la Siberia, antes que sucumbir á fuerzas mui superiores: sabed tambien, valientes compañeros, que la muerte del príncipe de Lipno, á quien logré atraer á este retiro, y el último asalto sobre este rico armenio Noachi-Bedour, á quien hemos despojado en el monte de toda su preciosa pedrería, han hecho mucho ruido en la provincia para que dejen de buscar á los autores: de la sospecha á las pruebas no hai frecuente-

mente mas que un paso, y seria perder toda nuestra fortuna el dejar de precavernos por una imprudente confianza.

La mayor parte de estos asesinos desaprobó este pensamiento, y dijeron que era un proyecto pusilánime. « Si el peligro es tan grande, dijo el segundo gefe, la fuga será ya imposible, y estaremos cercados : si es quimérico, entreguémonos á los placeres de la mesa, y dejemos á nuestro valor el cuidado de nuestra seguridad. » Todos los malhechores aplaudieron con palmadas el discurso, y calentándose sus cabezas con el vino y los licores, olvidaron el peligro en el seno de los escesos. Uno de ellos tuvo la infamia de insinuar su pe-

na de haber inmolado á Narcisa en un momento de viveza. «En efecto, respondió otro, pues nos hubiera hecho compañía en el banquete.» Uno de estos mónstruos llevó su barbarie hasta el estremo de decir, que para él eran muy comunes los amores póstumos....

En fin, estos infames asesinos parecia que á porfia se desafiaban á cual mas número tenia de ideas criminales.

Mientras pronunciaron tan bárbaros discursos, Dourlinski, escitado por el ponche, se habia marchado furtivamente, para ir á satisfacer su homicida lascivia con la desventurada Elvira. Abre, pues, misteriosamente el horroroso retrete donde andaba aun errante la

sombra de su primera esposa....
¡Pero cuál fue su sorpresa, cuando despues de haber buscado por todas partes á Elvira con la mayor inquietud, no pudo hallarla! Al momento le ocurrió la idea de haberse fugado por la escalera de caracol: baja precipitadamente: no hai duda, esclama, viendo descubierta la trampa, somos vendidos; y tomando una pistola de la cintura, la descarga haciendo resonar en aquel terrible subterráneo el grito mortífero: *¡á las armas! ¡á las armas!* A este grito de alarma se levantan todos los foragidos, todos los maquinistas bajan á sus puestos, y desde los puntos mas elevados hasta las cavernas mas profundas se reune al momento toda la ban-

da á su capitan, y se informan de sus temores: ensillan los caballos, cargan el oro y los ricos botines en carros, y se preparan á obrar á favor de la noche una astuta retirada por el bosque que conduce á los montes; mas el cielo tiene marcado un término al crímen, y éste es el de su justo castigo: ya Elvira, con el amparo divino y su estraordinario valor, habia llegado al fin de la galería subterránea que terminaba en medio del bosque de Sombrouski: ¡cuál fue su sorpresa y su placer al ver alli á su madre, á su tierna madre, que pasando al sereno en el campo una cruel noche con dos escuadrones de caballería emboscados, esperaba con impaciencia su llegada!!!! La prin-

cesa de Lipno (Elvira, á quien libre ya de su opresor, de la muerte y de aquellas cavernas, volveremos el título que la pertenece), la princesa, pues, de Lipno abrazó tiernamente á su querida madre inundada por un copioso llanto, que favoreció mucho al desahogo de su angustiado corazon, y ésta la instruyó de las órdenes que habia dado el gobierno para apoderarse de aquellos foragidos, y reducir á cenizas su guarida, que dos de sus tránsfugos habian denunciado bajo la condicion de ser indultados: no dejó de confesar á su hija la mortal inquietud que sufria por la ausencia de su esposo que habia desaparecido hacia ya dos dias. Elvira al oir estas palabras

no hizo mas que suspirar y llorar, de lo que infirió su madre que el Príncipe habia perecido por los artificios del mas audaz de los asesinos, y despues la esplicó la destreza con que Flamenski, conociendo perfectamente todos los rincones y recovecos del castillo, se habia introducido hasta el retrete maligno, sabiendo que Dourlinski arrastraba siempre alli sus víctimas, para salvarla por medio de aquellos ecos favorables y aquel ramo emblemático que habia echado á sus pies, el cual hasta entonces no habia servido mas que á los prestigios criminales; pero al presente para asegurar su fuga, escribiendo sobre él la conducta que debia observar. Elvira tambien la refirió el

trabajo de los encantos, de los prestigios y de todo el arte fantasmagórico que la habia aterrado tanto en este infernal castillo, lo cual no era, segun las delaciones de Flamenski y de Rodoff, mas que un juego de trampas, tramoyas, fantasmas y espíritus artificiales, unidos á las maravillas de la óptica y de unas luces, manejado todo por cómplices asalariados, para darles movimiento en los techos, ó por dobles ensambladuras disimuladas, ó con puertas de cigüeñales que representan en pintura espectros, para dar el aire de maravilloso y sobrehumano á todo cuanto encerraba aquella caverna de tigres. En cuanto á los cadáveres que la jóven Condesa habia visto colgados de poleas,

no era sino mui cierto, pues fueron personas de la comitiva de un poderoso armenio que habia sido asesinado en la noche anterior, cuyos despojos, segun costumbre, habian sido ocultados en el cementerio de los inocentes asesinados, que era un horrible lugar secreto interior subterráneo mui vigilado debajo de la torrecilla del norte

Elvira no pudo menos de estremecerse aun al saber y considerar los peligros que su honor y su vida habian corrido: declaró al momento á su madre el deseo que tenia de marchar sin dilacion á Moscou en el trineo que estaba allí á su disposicion. ¿Y tu padre? la dice la Princesa: á esto Elvira no respondió sino por un torrente de lágrimas.

Escoltadas pues las dos por algunos dragones rusos que el comandante de la espedicion nocturna las dió con un oficial inteligente, partieron á su residencia con sentimientos mezclados de alegria y de los mas crueles recuerdos.

La hermosa aurora empezaba á mostrar sus dorados cabellos; la noche recogia ya su manto, y el sol, cautivo bajo el horizonte, saludaba ya al universo con sus primeros rayos. Si presta sus auxilios á los proyectos del criminal, tambien favorece con su luz á los agentes de la vindicta pública. Ya los escuadrones, colocados con arte bajo las órdenes de su gefe principal, han atacado desde cierta distancia la caverna infernal de los fo-

rágidos. Conducidos por algunos aldeanos moscovitas, que hacia tiempo habian espiado las maniobras de estos asesinos, y que por consiguiente conocian algunos de los subterráneos y minas que se comunicaban con el bosque, marchan simultáneamente sobre un punto de centro, y la fuga de Dourlinski era ya imposible: éste y sus cómplices no habian tenido por conveniente elegir para teatro de la accion el castillo, á pesar de que podia sostenerse algunos dias, por la razon de que en campo raso tenian mas esperanzas de la evasion. Dourlinski está, pues, á la cabeza de sus foragidos, mientras una especie de reserva, formando un círculo, protege y custodia los

tesoros; pero el comandante de los escuadrones, despreciando todos estos preparativos, manda tocar la señal de carga, y en pocos minutos cubre la nieve de sangre y de cadáveres de los asesinos: Dourlinski pereció tambien con las armas en la mano, á pesar de que las instrucciones del gobierno de San Petersburgo eran de procurar cogerle vivo, lo que no permitió su obstinada defensa.

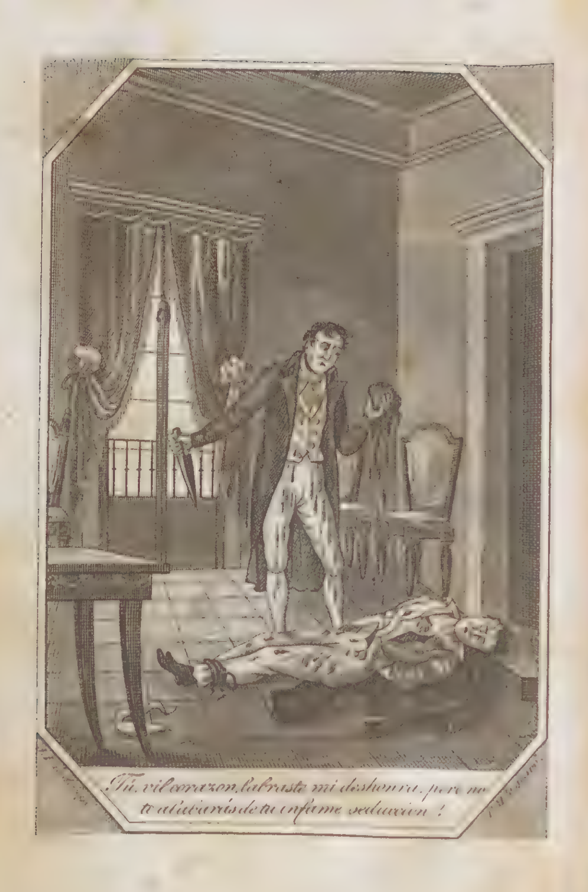
Me abstendré de provocar la sensibilidad de mis lectores informándoles detalladamente de las víctimas de ambos sexos que se halláron apiladas en aquellas horrorosas cavernas y subterráneos, pues aquel castillo infernal servia hacia mas de un siglo de asilo al crímen,

como una propiedad hereditaria, y habia pasado de asesinos en asesinos hasta el impostor Dourlinski. Llamaremos su atencion sobre la hermosa Elvira y su tierna madre, que deseando alejarse de un parage tan funesto, partieron para Inglaterra, donde tenian muchos bienes.

El castillo fue incendiado y pulverizado, y los subterráneos todos allanados: la yerba creció en aquel sitio donde el crímen habia hallado algun tiempo el secreto de su impunidad, y solo quedó en la memoria de los hombres el nombre horroroso y detestable de Dourlinski, á quien se citará en los anales criminales de la Rusia como uno de los mónstruos mas pérfidos que han afligido la humanidad.

HISTORIA TRÁGICA 4.ª

EL
ALCAIDE DE NÓCHERA:
O NICOLO,
SEÑOR DE FORLIÑO.



Tú, vil corazon, labraste mi deshonra, pero no te alabarás de tu infame seduccion!

El furor de un marido que se ve ofendido en la castidad violada de su esposa, es superior á cualquiera otra causa que pueda tener para irritarse contra cualquier hombre; porque si no puede sufrir amenazas, insultos ni injurias, ¿cómo tolerará se le perjudique en su honor, y en la parte que mas vivamente le interesa, no debiendo ser el marido y la esposa mas que una cosa misma, un mismo cuerpo y una misma voluntad? Asi es, que los que tienen delicadeza y sentimientos honra-

dos, no pueden convenir de manera alguna con los que opinan no depender el honor de un hombre de bien de la conducta de una muger loca; pues si cierto fuese lo que tan ligeramente sientan, no se conjurarian contra los que los condecoran con la corneta de Amaltea para cubrir su cabeza. La naturaleza misma ha dispuesto esto tan sábiamente, que hasta las bestias se baten y sufren la muerte por tan naturales celos: yo no alabaré, sino antes bien acusaré criminalmente á los que son tan austéros y desconfiados, que todo les alarma, tomando celos de las sombras de las moscas que revolotean en rededor de sus mugeres; porque esta cavilosidad prueba su poco talento, y

la inconstancia de su fantasía en dudar sin fundamento de una cosa en que estriba la tranquilidad de su espíritu, su alegria y su felicidad. Pero cuando se descubre la verdad y se conoce el vicio; cuando un marido se ve perjudicado en la mas preciosa alhaja que posee, se hallará en el caso de proceder, no con un furor precipitado y sin prevision, sino con una madura deliberacion y consejo, para no añadir á la pérdida de su honor la ruina de su fortuna y de su vida: á mas de que del mismo modo que es justamente elogiada la fe y lealtad del tálamo nupcial que no ha sido violado por el crímen, asi el que le profana lleva la penitencia en la misma infamia de su nombre. Por-

cia, hija de Caton y muger de Bruto, será siempre elogiada por la honestidad é inviolable amistad que profesó á su marido, hasta despreciar su vida, sabiendo que habia de perderla indudablemente su adorado esposo. El pudor de Paulina, muger de Séneca, fue igualmente admirable en querer morir, como su marido, de una manera tan violenta, por la órden injusta é inhumana del cruel y detestable emperador Neron. Pero las mugeres impúdicas, que teniendo maridos honrados y padres virtuosos, abandonan su honor prodigando su reputacion, si han escapado del justo rigor de un magistrado y de la ira de un marido ofendido de sus injurias, dejan al menos el nom-

bre inmortal de su vida licenciosa y desgraciada, para que la juventud aprenda á vivir honestamente, procurando imitar á las que fueren virtuosas y castas. De esta mala conducta que observan las mugeres, proceden frecuentemente tantos escándalos y resultados funestos, en los que está pintada la mas horrorosa crueldad; y para prevenir semejantes desgracias, es preciso que los hombres repriman su enojo, y dulcifiquen su cólera, procurando ser superiores á su primer impulso, para castigar despues prudentemente el delito sin hacer mas graves sus penas, y debilitar la justicia de su causa; pues la ira escesiva apaga en el hombre la luz de la razon, y le hace semejante en

sus transportes á las bestias enfurecidas, que no pueden, como él, hacer uso de la razon. Habrá motivo para enagenarse cuando las cosas no se hacen segun requieren el derecho y la equidad; pero es necesaria la templanza en las ocurrencias, sean prósperas ó adversas; porque si es dificil reprimir la cólera en estos casos, se debe considerar que cuanta mas dificultad hai para ejecutar una accion buena, mayor es la gloria del que lo logra, vence sus pasiones, y reprime los primeros impulsos de su alma, los cuales no son tan imposibles de vencer y someter á la razon, como muchos suponen. El hombre prudente no debe dejarse llevar del furor hasta pasar los límites de la

razon, para no tener nunca de qué arrepentirse, y que queriendo reparar su falta no aumente su pecado; pues tiene este tal atractivo para el hombre, que la menor falta le hace caer en vicios tan detestables y tan contrarios á la modestia, que los mas relajados suelen estremecerse con semejantes maldades; y aunque pudiera referir una multitud de ejemplos, me contentaré por ahora con la publicacion de una historia, tan prodigiosa en crueldad, como en apariencia razonable la ocasion, si no se considerase el deber en el uno, y aun en él mismo el transporte contra los demas que ofendió; los cuales en nada eran culpables del hecho que tanto le interesaba; y por cuanto son

materias de amor, no deberá el lector incomodarse de que tomemos siempre esta pasion por fundamento, pues no buscamos las caricias pueriles, ni tratamos de estimular á la juventud á entregarse á los estravíos de una pasion que suele producir, siendo estremada, unas consecuencias fatales; antes bien la ofrecemos estos ejemplos para alejarla de locuras semejantes que pueden engendrar tan tristes efectos como los que se refieren en nuestras historias, por el tenor de la que vamos á publicar.

Conviene pues que sepas, lector mio, que en el estado floreciente que gozaron en Italia los señores Braquio Montono, y Esforza Aténdulo, gefes de la gendarme-

ría italiana, hubo tres caballeros hermanos que eran señores de Forliño, Nóchera y Trévio, ciudades del ducado de Espoleto, y disfrutaban con tal union sus haciendas y estados, que sin dividir nada vivian en la mas dulce fraternidad, siempre juntos, y formando una sola casa y familia: los nombres de estos tres señores eran Nicolo, que era el mayor; el segundo César, y el último Conrado, hombres de talento, mui finos y mui estimados, tanto de los caballeros vecinos, como de los habitantes de las ciudades de su obediencia, los cuales mostraron al fin mas lealtad que uno que se la habia jurado y que vivia á sus espensas, como diremos mas adelante. Sucedió,

pues, que el mayor de estos tres, pasando frecuentemente de Forliño á Nóchera, y alojándose siempre en el palacio, miró un poco atento y aficionado á Flora, muger de su alcaide, que era el encargado con algunos militares retirados de custodiar la fortaleza y reprimir á los habitantes, si por casualidad, como eran nuevos estos señoríos, trataban de rebelarse contra sus señores. Esta jóven era tan graciosa y gustaba tanto de ser mirada, que el caballero Nicolo, prendado de su hermosura y de su buena voluntad, determinó solicitarla, en lo que puede juzgar todo hombre razonable si olvidó su deber; pues cualquiera dirá que este caballero debió mas bien tener la

mayor consideracion de un hombre que le custodiaba fielmente el castillo, que hacerle una traicion tan grande. Pero amante ciego, y sin contener esta pasion que trastorna frecuentemente las cabezas mejor organizadas, se dejó arrastrar por ella de tal manera, que un dia que el alcaide se paseaba por el castillo corriendo una revista, por complacer al que trataba de agraviarle, se dirigió á la muger del alcaide y la habló en estos términos: Señorita, inútil será que yo me esplique mucho para insinuaros mi cariño, cuando vuestra penetracion y talento han descubierto ya mis sentimientos y el afecto que os profeso, el cual no puede tener comparacion, pues confieso

que os amo sobre manera; y pues que no tengo tampoco tiempo para deciros mas, os pido correspondais á esta inclinacion, dando en vuestro corazon un lugar al mio, aceptando mis rendimientos, y tratándome como vuestro esclavo. = Ella que se contemplaba feliz en ser querida de su amo, y que tambien se complacia en ello, aunque deseaba declarar su condescendencia, procuró guardar cierto disimulo diciéndole: Señor, vuestra enfermedad es mui repentina, pues que en tan poco tiempo ha tomado ese incremento; acaso dependerá de vuestro corazon, que por ser demasiado sensible ha recibido ligeramente esa impresion que se desvanecerá pro-

bablemente al momento que hubiereis salido por la puerta. Yo me alegro os valgais de ese medio para entretener el tiempo divertido con esas chanzas; y peor fuera estuvieseis serio y taciturno sin distraccion alguna mientras estais aqui entre vuestros vasallos y en vuestra casa. = Todo lo contrario, respondió con presteza, porque habiendo entrado aqui como amo y señor, he venido á ser un amigo; y no me burlo, pues estoi tan enagenado que si no correspondeis á mi amor, la enfermedad que llamais repentina, no solo se agravará, sino que causará mi muerte. = Mui bien, señor; pero vuestra enfermedad no estará tan arraigada que peligre tanto vuestra vida: lo

que quereis es que yo crea todos esos estremos para ser juguete de vuestro corazon, que por lo que veo no puede estar ocioso sin galantear. = Habeis acertado, pues precisamente vos sois la que ha prendado mi corazon. = ¿Y cómo, aun dado que eso fuese cierto, se podrá ya confiar al ver la falsedad que hoi reina en los hombres, tan inseparable de ellos como la sombra del cuerpo? = La esperiencia os hará conocer lo que yo soi, la responde, y si mi corazon es capaz de faltar á la palabra; pues si correspondeis á mi cariño podreis lisonjearos de tener en mí un amigo tan constante y fiel, que os amará hasta exhalar el último aliento. = Señor, desde luego advierto

que os degradais en estremo, y que lo que pretendeis es tentar á una infeliz muger, y poner en gran riesgo su vida.=No permita Dios que yo sea causa del menor escándalo, pues preferiria morir á daros el mas leve disgusto.=Ella que no queria perder la gracia de su amo, de quien dependia su subsistencia, le dijo sonriéndose y sonrosada de rubor: Señor, no debeis estrañar mi resistencia á una cosa que repugna á mi conciencia, sin embargo de ser grata á mi corazon vuestra inclinacion; pues tiemblo al considerar, que para corresponderla, tengo que ser infiel á mi marido, y comprometer mi honor y mi vida si un dia lo descubriese; pero pues que me asegurais

ser prudente y guardar el mas inviolable secreto.... sabed que os amo igualmente; pero os suplico no hagais uso de esta tímida declaracion para afligirme : reflexionad que soi una débil muger, criada vuestra, que escucha vuestros ruegos rodeada de sobresaltos y peligros. =Nada temas; pues seremos tan prudentes y discretos en nuestras confianzas, que tocará en lo imposible puedan ser descubiertas ; y si por desgracia sucediese, tengo yo sobrados medios y poder para conciliarlo todo, y evitar que tú padezcas. =Sí señor, es cierto, ya lo sé; pero en tales cosas es una imprudencia fiarse en el poder y la grandeza, y dar lugar á que cada uno haga ó diga lo que enton-

ces ya no podrá evitarse: lo principal es mi reputacion, y esta solo podrá conservarse por la virtud; pues no hai cosa mas delicada que el honor de una muger, la cual le pierde desde el momento que empieza á andar en lenguas por la mas leve sospecha. Sin embargo de tantos preámbulos, acordaron por último el día de su nueva entrevista, que fue al siguiente al medio dia, en que el alcaide iba á marchar á la ciudad, y suspendieron su conversacion por la llegada del mismo. Este saludó respetuosamente á su señor, diciéndole que sabia donde estaba un terrible jabalí, si queria salir á divertirse; á lo que Nicolo aparentó prestar sus oidos con mucha amabilidad; pero

todo fue con repugnancia, porque este cacerío diferiria algunos dias sus criminales designios con su amada; mas esta que padecia ya mas vehementemente, halló bien pronto el medio de tener la entrevista con su amante, el cual fue tan feliz en los primeros estremos de su pasion, que no le quedó que dudar de su cariño, y renovaron la cita para otra vez; y fue tan prendado de su talento en esta entrevista, que bajo el pretesto de la caza no pasaba una semana sin ir á visitar á su amada Flora, aunque no siempre pudo estar solo con ella por temor de ser descubierto; y con esta precaucion duraron mucho sus confianzas sin ser notados, pues para mejor disi-

mular dispuso otras diversiones, como la lucha, el blanco y la carrera del anillo, no tanto por tener un medio de visitar á su amante, sino por evitar al marido la ocasion de entrar en celos, maxime siendo este vicio tan familiar á todo italiano. Pero del mismo modo que es dificil engañar á un usurero en la cuenta de su tesoro, siendo contínuamente tan vigilante, y durmiendo siempre sobre sus letras y libros de caja, asi tambien es imposible pegársela á un celoso; pues Argos no fue mas astuto con sus cien ojos sobre la hermosa Isis, querida de Júpiter, que los maridos cuando se halla afectada su opinion sobre la castidad de sus mugeres. En vista de esto, ¿quién podria ser tan

torpe que viendo una familiaridad particular sin testigos, paseos retirados á horas intempestivas, y estrechos abrazos delante de los criados, dudase de lo que pasaba secretamente? En Italia, donde los mismos parientes se hacen sospechosos, si no son mui inmediatos, era mucho mas notable esta familiaridad del señor Nicolo con la alcaidesa; por lo cual la fortuna, que cuando menos se piensa abandona á los humanos, envidiosa del trato de estos dos amantes, conspiró tanto contra ellos, que logró por último que el marido empezase á dudar de lo que hubiera querido disimular, si el honor pudiera perderse sin afrenta, como se derrama la sangre sin perder la

vida; pero siendo ya la cosa tan manifiesta, el alcaide, antes de proceder á nada, quiso cerciorarse de lo que no habia visto aun sino en sombras como una nube; y fue tan astuto y tan diestro, que un dia que su muger y Nicolo estaban solos en la mayor confianza, los vió, y acabó de convencerse de tener ya perdido su honor: vió sin ser visto, y furioso formó la intencion mas horrorosa, jurando vengarse del modo mas cruel de lo que ellos creian se ignoraba: hubiera sido mas disimulable la venganza en el alcaide, si en el acto la hubiese realizado, castigando á los autores de tal maldad, en vez de cometer con ellos una crueldad, que despues hizo horroroso su nom-

bre por haber teñido sus manos en sangre inocente, que nada tenia de culpable en la ofensa que se le habia hecho; mas por mucho que quisiese disimular el veneno que abrigaba su corazon, y la traicion que tramaba contra su señor, no dejó de conocerse alguna mudanza en su semblante, hablándole con menos amabilidad y respeto que antes, lo cual fue causa de que su muger le dijese un dia á Nicolo: Temo, señor, que mi marido ha de tener ya algun recelo de nuestra intimidad, en vista del semblante que presenta; y para prevenir las fatales consecuencias que pueden producir sus celos, soi de opinion os retireis á Forliño por algunos dias, y entretanto yo pro-

curaré observar si su aspereza y mal humor es por nosotros; de todo lo que os avisaré para que tomeis la determinacion conveniente á mi seguridad, como me habeis prometido. Nicolo, que la amaba con todo su corazon, sintió con tal sobresalto esta noticia, y se alarmó tanto, que hubiera intentado saber del mismo alcaide la causa de su seriedad y ceño, si su querida no le hubiera indicado el medio mas prudente, que él la prometió poner al momento en ejecucion: al efecto mandó disponer su equipage y servidumbre, y llamando al alcaide le dijo: Amiguito, cuando yo pensaba pasar entre vosotros algunos dias mas, me hallo en la precision de marchar, pues tengo noti-

cia de haber llegado á Forliño el duque de Camarino para hacer una partida de caza conmigo, y me veo precisado á reunirme con él; con que cuidaréis de todo como siempre, y de advertirme de cualquiera novedad que hubiere. =Siento mucho, señor, le responde el alcaide, que nos dejeis tan pronto, ahora que estabais tan distraido con la caza; pero pues que es vuestra voluntad, suspenderemos el ojeo hasta vuestro regreso, aunque siempre procuraré tenerlo todo preparado, para que nada nos falte cuando vengáis. El caballero Nicolo, viendo á su alcaide tan contento y sin prevencion alguna en su semblante, se persuadió de que alguna otra cosa le tendria incomodado, y

no el ser su Cirineo. Pero el cauteloso marido no deseaba mas que los medios de vengarse, quitando la vida al que tan mortalmente le habia ofendido; siendo mas astuto para ejecutarlo, que los dos amantes lo habian sido para guardarse de ser descubiertos; pues aunque la muger, despues de ausentarse su amante, procuró saber disimuladamente si habia descubierto sus amores, nada pudo traslucir, antes bien la inspiró mayor confianza, porque siempre que hablaba del señor Nicolo, elevaba sus elogios hasta el cielo con el fin de frustrar los designios de aquella muger que se inmutaba frecuentemente cuando su infeliz marido se le nombraba. Esta era una red que les tendia

cautelosamente, á fin de sorprenderlos y quitarles la vida, por haberle cubierto de infamia, y herido en tanto grado su reputacion. Ella, viendo que su marido (segun la parecia) no habia ni aun sospechado de su adulterio, y deseando continuar en la tierna amistad que la dispensaba su señor, le escribió la carta que sigue: =«Señor, el temor que teneis de que mi marido hubiese descubierto nuestros amores, me obligó á suplicaros dias pasados suspendierais un poco el frecuentar mucho vuestra casa, aunque me causase la pena de carecer de vuestra presencia; pero viéndome acariciada por él, y estando siempre hablando de vuestras bellas prendas, demostrando al mis-

mo tiempo el mayor sentimiento y temor de que os halleis incomodado, si os ha ofendido en alguna cosa involuntariamente, creo no hay que temer; y por lo tanto os suplico volvais á mi compañía, pues no puedo ya vivir sin vuestra presencia, y disipados ya nuestros recelos, os suplico que no tardeis en venir, pues procurarémos conducirnos de manera que el mas astuto no ha de poder descubrir nuestro secreto.» —Esta carta fue entregada á un jóven lacayo para llevarla al señor Nicolo; pero no tardó el alcaide en saber el mensage por estar siempre en acecho, deseando hallar un medio de vengarse del agravio que se le hacia, y realizarlo antes que su muger conociese su

disimulo, respecto á que ya le habia sondeado para ver si tenia alguna prevencion contra ellos. Luego que Flora mandó á su amante esta carta, despachó el marido un criado á los tres señores, para suplicarles fuesen á divertirse al dia siguiente con un jabalí terrible que jamas se habia visto otro igual en los montes de Nóchera, á pesar de haberlos matado algunas veces muy grandes; pero no era por la caza este convite, sino por coger en el lazo á los tres hermanos que habia resuelto inmolar en los altares de su venganza para la espiacion de su agravio: este era el jabalí que esperabá coger para satisfacer su cruel deseo de venganza. Si el delito fuese de los tres, hubiera te-

nido menos gravedad el crímen de hacer sufrir á todos igual suerte, con el objeto, segun decia furioso, de que sirviese de ejemplo á la insolencia del poderoso, que por solo el respeto de su opulencia se figura por lo comun poder ofender impunemente el honor de aquellos, cuya reputacion es de la misma consideracion que la mas noble escelencia. Asi vino á fallar el príncipe de los judíos David, cuando despues de haber deshonrado á Urias en su muger Bersabé, le hizo quitar la vida en vez de recompensarle el celo y exactitud con que habia ejecutado sus órdenes; y mas hizo aun el hijo de Tarquino, siendo gobernador de la ciudad fundada por Rómulo, cuando vio-

lentó á la hermosa Lucrecia, de quien tanto han hablado las historias por su castidad. En estos hombres se podia disimular en parte su esceso; mas no en los que ensangrentaron sus manos en víctimas inocentes, como lo hicieron en Roma los padres de la difunta Lucrecia, y este alcaide de Nóchera. Mas sin embargo, este esceso de venganza no es de estrañar tanto, cuando una ofensa de esta naturaleza escede á todo frenesí, y traspasa hasta los límites de la razon, pues se enagenan los hombres hasta tal grado con esta afrenta y deshonor, que no piensan mas que en hallar el medio de destruir y despedazar al que ha infamado su nombre, y les ha privado de su alegría y tran-

quilidad. Toda la familia de los Tarquinos fue desterrada de Roma por esta misma razon, y aun su nombre solo fue causa de que el marido de aquella ofendida hermosura abandonase el pueblo de su nacimiento. Un solo Páris profanó el lecho de Menelao, rey de Lacedemonia, y la venganza de aquella griega alcanzó á muchos; pues no solo envolvió la gloria y la riqueza de la soberbia Troya, sino á la mayor parte de la Asia y de la Europa, si hemos de dar crédito á los escritores de la antigüedad. Por lo tanto, en este suceso del alcaide solo Nicolo fue el delincuente; y sin embargo, la venganza fue trascendental á los inocentes. El alcaide, persuadido de ser segura la

ejecucion de su resolucion, como si tuviese ya á los tres hermanos en su poder para hacerlos ir á visitar á los tiernos amantes que envió la ira implacable al otro mundo, como Dido, Filis y otros, que han muerto mas por desesperacion que por amor, llamó aparte á todos los soldados que estaban en el castillo, con quienes contaba para ejecutar su plan atroz, y lleno de tristeza y afliccion los habló de esta manera: «Camaradas y amigos mios, no dudo estrañaréis verme entre vosotros de esta suerte, lleno de pena y de dolor contra mi costumbre, y de un modo impropio de mi constancia y rango; pero cuando sepais el motivo, estoi seguro de que me dareis la

razon, que consideraréis mui justas las causas que motivan este trastorno de mi carácter, y que tomaréis parte en mi desgracia. No ignorais que la primera cosa que el hombre debe sostener y defender es el honor, y que el que es honrado no debe temer esponerse á todo peligro, inclusos el de la muerte y el perdimiento de sus bienes, cuando lo exige su reputacion. Si el buen capitan sufre á sus soldados que sean ladrones, vemos que solo él es el blanco para sufrir la afrenta, aunque sea un hombre de bien; pues siendo cabeza de una compañía que falta al órden establecido en la sociedad, preciso es que el gefe lleve la mancha, pues que autoriza con su to-

lerancia la corrupcion. Ah! dice suspirando: ¿qué cosa mas propia, ni mas próxima, ni mas querida puede tener el hombre, que la que está unida á él por toda su vida para ser hueso de su hueso, carne de su carne, respirar un mismo aliento, y no tener mas que un pensamiento y una voluntad? De la muger es de quien yo hablo; pues siendo la mitad de su marido, no os admiraréis, mis queridos camaradas, de que me queje tan amargamente, siendo víctima de la criminal debilidad de una muger, pues no puede menos de sufrir en su reputacion su infeliz marido, cuando ella es pródiga de su honor: maldad no poco comun por desgracia en este de-

bil sexo, fuente de todas las calamidades del hombre, á quien priva de su reputacion, haciéndole mirar como indigno del aprecio público, si tolera tal injuria y afrenta sin tomar la justa venganza que reclaman su autoridad y su estimacion. Es preciso, camaradas, que yo os descubra lo que mi corazon quisiera callar, si fuese posible; y que os comunique para mí consuelo, lo que os va á horrorizar y haceros tomeis interes por mí como verdaderos amigos, ayudándome contra el que me ha ultrajado; pues si no logro la venganza, obraré contra mí mismo para no vivir con la afrenta que me atormenta, y ser el oprobio de la sociedad por toda la vida: por lo

tanto, quisiera saber antes de pasar mas adelante, si puedo fiarme de vosotros para el auxilio que necesito de vuestro cariño; pues sin esta seguridad escusaré revelaros la causa de mis penas, y preferiré dejar de existir á publicar una ofensa la mas atroz que hombre ninguno me puede hacer.»=Los soldados, que amaban estraordinariamente al alcaide, se compadecieron de verle en tal estado; y conociendo su honradez y caracter, se persuadieron de ser grave la causa, viendo convertir en leon á un hombre tan pacífico, que sus espresiones estaban llenas de furor y desesperacion, y todos de comun acuerdo le prometieron sus brazos contra cualquiera que tan gravemente le

hubiese ofendido. Seguro ya de su gente, tomó valor, y prosiguiendo su arenga, les declaró sus sentimientos y deliberacion contra los tres Trinicianos (sobrenombre de los tres hermanos de Forliño) de esta suerte: «Sabed pues, mis queridos amigos, que en mi muger es en quien he recibido la herida contra mi honor; y para no teneros mas tiempo suspensos, os digo que Nicolo Trinice, el mayor, es el que contra todo derecho y justicia ha seducido á la esposa de vuestro alcaide, en vez de ser el defensor de su honor y muralla de su reputacion: de él pues y sus hermanos es de quienes pretendo vengarme en términos, que jamas se borre de la memoria de los hombres su delito, para

que nunca un señor se atreva á ofender á un vasallo honrado, olvidando que debe respetar á su familia, y no abusar de su sumision y humildad: á vosotros, pues, corresponde mi venganza, si quereis cumplirme la palabra, para que Nicoló no pueda burlarse de mí, teniendo yo vuestro apoyo. = Los soldados, irritados al ver la conducta del señor, y la ofensa hecha al que les pagaba sus sueldos, le juraron servirle en todo, y que si podian coger entre sus manos á los Trinicianos, no tardarian en dejarle completamente vengado. El alcaide, despues de haber dado gracias á los soldados, y abrazado á los mas útiles para el caso, les comunicó el proyecto que tenia, y que espera-

ba haber muy pronto á su disposicion á los tres en la fortaleza, en vista del recado que les habia enviado, y del deseo que su adúltera muger tenia de volver á repetir el crimen con el infame Nicolo, muy persuadidos los dos de no ser descubierta su maldad y criminal adulterio. = Concluida esta sesion, ó digamos consejo de guerra, recibieron la noticia de que á la mañana siguiente estarian los señores en Nóchera para coger el jabalí que les habia sido anunciado, acompañados de algunos nobles; cuya circunstancia no agradó mucho al alcaide, temiendo no poder efectuar su complot, si era mucha la gente que les acompañaba; pero cuando supo que los señores solos se

alojarian en el castillo, se animó y persistió en su primera deliberacion. Los Trinicios pues llegaron al dia siguiente bastante tarde, por haber resuelto acompañarles el duque de Camarino. Este y Nicolo fueron á dormir á la fortaleza, y César, hermano de este, se quedó con la comitiva en el pueblo. = Reflexionad ahora, hombres libertinos, que vivis encenagados en los vicios, si podeis fiaros jamas de la fortuna para vivir descuidados y creer nó sereis sorprendidos en los escesos de vuestras pasiones, aunque los cometais sin testigos: mirad la crueldad del alcaide que quiere matar á su enemigo á sangre fria, mejor que estando entregado á los encantos de amor

con su querida, para que se conociese el esceso de su furia, y que de un escándalo secreto saliesen una infinidad de desgracias y de muertes. A la media noche, pues, cuando todo el mundo se hallaba entregado al reposo, bajo el profundo silencio de la noche, fue el alcaide al cuarto de Nicolo con la mayor parte de la guardia, y encerrando á sus criados, le ató de pies y manos, y empezó su venganza por punzarle con un puñal los muslos y los brazos, y despues de haberle asi martirizado, le hizo una operacion cruel que el pudor me obliga á callar, diciéndole con un furor placentero y burlon: ya no usarás mas de la criminal seduccion para infamar á un hom-

bre honrado; y en seguida, atravesándole de parte á parte le abrió el pecho y le arrancó el corazon, diciendo: «Este vil corazon es el que ha ejecutado tan crueles acciones para mi deshonra.» No contento con esta crueldad, practicó con el resto del cuerpo lo que la fugitiva Medea con el de su inocente hermano para salvar su vida y la de su amigo Jason, pues le hizo mil pedazos, llenando á cada uno de improperios y de puñaladas. ¿No era suficiente á este marido la venganza de quitar la vida al que le habia infamado, sin hacer tan horrorosa anatomía de su cuerpo ya muerto y sin sentimiento? Mas siendo tan desmesurada su ira y tan desenfrenado su furor, debe

considerarse á este hombre como loco, y no hai que admirarse si en todas sus acciones se mostró tan sediento de venganza. Algun temerario quizá aprobará la muerte de Nicolo; pero el castigo de una ofensa nunca debe ejecutarse por mano propia, ni menos ser mayor que la injuria. Esta accion fuera en parte disimulable ejecutada en el acto del furor y sin meditacion, porque no es la razon la que obra en los primeros movimientos del alma; pero no hai cosa que pueda hacer escusables estos horrorosos atentados, cuando la lei castiga á todo el que toma la justicia por su mano: mas volvamos á nuestra historia. El alcaide todo ensangrentado y salpicado

de la sangre que habia corrido por el cuarto, se dirigió al del duque de Camarino, y con todos los de su servidumbre fue conducido sin decirle una palabra á la mas profunda y lóbrega prision: este es el obsequio que hizo en esta noche á los que habian llegado á la caza del jabalí; y luego que el alba empezó á presentarse con su claro carmin, y cuando todos los cazadores se preparaban con sus perros para salir al campo, hé aqui á uno de los ejecutores del alcaide que llegó á llamar á César para que fuese al cuarto de Nicolo, diciéndole, que deseaba hablarle sin dilacion, y que le esperaba en compañia del Duque. César, que no podia presumir las desgracias

que ocurrian, se entregó á la carnicería como un cordero, y fue en compañía de los mismos asesinos que se preparaban á quitarle la vida. Apenas entró en el castillo, fue atado por siete soldados y conducido al cuarto, como un ladron, con toda su gente, donde halló un cuerpo humano en pedazos y todo el suelo inundado de sangre; y si mucha sorpresa le causó el verse atar y llevar preso, mas admiracion le ocasionó aquel cuerpo hecho pedazos, aunque sin conocerle.... ¡Ah! dijo al entrar: ¡qué espectáculo tan horroroso! ¿Es este el jabalí que hemos venido á cazar? = Entonces se levantó el alcaide todo ensangrentado, anunciando en su voz y semblante un

hombre despechado, dispuesto á cometer mil atrocidades, y le dijo: «César, ahi teneis el cuerpo de vuestro adúltero é infame hermano Nicolo, y esta es su cabeza, mirad si es la suya: yo hubiera celebrado tener en esta funcion á vuestro tercer hermano Conrado, para que todos tres participaseis del banquete que os habia preparado; pero os juro que este será el último que quede de la vil raza de los Trinicios, poniendo un término á vuestras traiciones y maldades; y ya que no puedo tener todo lo que deseo, procuraré dar una satisfaccion á mi sediento corazon en lo que la fortuna me permite.» = César al oir esta sentencia, quedó tan inmóvil como la muger de

Loth viendo á su ciudad reducida á cenizas; porque luego que vió este horroroso espectáculo, y que supo ser su hermano Nicolo el destrozado, le hicieron enmudecer de tal suerte el sentimiento y el temor, que sin quejarse ni pronunciar una sola palabra, se dejó cortar la cabeza por aquel bárbaro alcaide que despues le arrojó sobre el cuerpo de su hermano, para que la sangre del uno y del otro le produjesen una venganza tan cruel como la de Abel, muerto por la traicion de su mas próximo pariente. =Hé aqui los sentimientos de un corazon poseido del furor, y de la imaginacion exaltada de un hombre, que sin reprimir sus bárbaros deseos ejecuta todo cuanto

se le presenta en ella, no respirando sino venganza, muertes, ruina y destruccion, para que la posteridad tenga ocasion de estremecerse con tan estraordinarios ejemplos. De igual crueldad usó Thiphon con su hermano Osiris, dividiendo su cuerpo en veinte y seis pedazos, de lo cual se siguió su ruina y la de todos los suyos por Ortus, á quien dieron el sobrenombre los otros de Apolo. No debia esperar menos el alcaide del hermano de los dos muertos y de los parientes del Duque á quien tenia encerrado en el calabozo; pero ya estaba tan ciego de furor y tan seducido por la ambicion y deseo de ser señor de Nóchera, que no se daba por contento y satisfecho con

vengar su deshonra y afrenta en el que le habia ofendido, si no destruia toda la familia, y derramaba toda la sangre Triniciana que pudiese tener derecho á la herencia, para conseguir su objeto. Mas este Neron italiano, no contento con estos asesinatos, cometió una segunda traicion, tratando de ganar á los habitantes de Nóchera para incitarles á una rebelion; y al intento los reunió á todos delante del castillo, y les dirigió una arenga mui estudiada, concebida en estos términos.

«Señores, hasta aqui he disimulado la pena que atormentaba mi triste corazon de ver á tan buenos habitantes sujetos á la voluntad y caprichos desordenados de dos ó

tres señores que han adquirido su poder mas por nuestro sufrimiento y poco talento, que por su valor, virtud y justicia. No diré que los estados que vienen desde la antigüedad por una sucesion hereditaria carezcan de la equidad y justicia que requiere toda sociedad bien ordenada, y que los señores legítimos deben de ser obedecidos, defendidos y honrados tambien como tales; pero cuando el poder y sus estragos proceden de invasion y de fuerza contra todo derecho; cuando el pueblo es maltratado, oprimido, y las leyes violadas, no hay sufrimiento que baste á reprimir la desesperacion de los desgraciados que gimen en el silencio, y que sienten el peso de una ilegiti-

ma autoridad: vosotros, pues, que descendeis de aquellos samnitas que hicieron frente tanto tiempo á las fuerzas romanas, ¿seréis tan cobardes que respeteis mas tiempo á esta familia que hoi nos domina y aflige, y que no os atrevais á sacudir el yugo vergonzoso que os oprime para rescatar vuestra tranquilidad? ¿Os envileceréis hasta el estremo de sufrir que un jóven loco os esclavice y os tire como bestias de la boca con la brida? Temo al ver vuestro sufrimiento, que si veis conducir á vuestras mugeres y á vuestras hijas para servir de pasatiempo á estos hombres desmoralizados, no habeis de atreveros á demostrar vuestro desagrado. No, no, habitantes de Nóchera; mire-

mos por nuestra seguridad y bien estar: decidme si quereis seguir mi consejo y recuperar lo que es vuestro; á saber, la paz y el sosiego de vuestros hogares, por los que vuestros antepasados no temieron esponer sus bienes y sus vidas: yo respondo de que os costará pocos sacrificios, y que no vertereis la preciosa sangre de vuestros conciudadanos. He esperimentado los tristes efectos de la tiranía Triniciana, y el rigor de un poder inhumano é ilegítimo, que habiendo empezado por mí no dejará de estenderse á vosotros si ahora no me vengais: soi el primero que ha tratado de reprimir esta audacia oponiéndome á sus violencias: si quereis entenderme, fácil

será consumar la obra; pues la fortuna os presenta la oportunidad y el camino que yo os he abierto, para que rescateis enteramente vuestra antigua felicidad. Sabed que tengo ya presos á los dos hermanos Nicolo y César, con la esperanza de apoderarme del otro, para que sufran su justo merecido, que vosotros seais vengados, y mi corazon satisfecho de las injurias que ha sufrido. Creed que todo cuanto he ejecutado ha sido con mucha razon, por haber recibido una ofensa tal que me avergonzaria de declararla, al paso que me ahoga la pena de no poder decirla. Yo la callaré sin embargo; pero os suplico mireis por vosotros, pues si á la yerba verde se la pone el fuego,

no tiene menos que esperar la seca. Mirad lo que me respondeis, para que poniendo en ejecucion vuestra resolucion, pueda yo tomar la mia segun convenga.» = Durante todo este discurso procuró el tal alcaide encubrir los homicidios que habia perpetrado, para provocar el deseo de los habitantes de Nóchera, ver su determinacion y tomar sus medidas segun lo exigian las circunstancias. = El que hubiese visto á los vecinos de Nóchera despues de esta sediciosa arenga, hubiera creido oir un ruido semejante al que hacen las abejas, cuando saliendo de sus corchos zumban al rededor de un hermoso vergel embellecido de flores diversas; pues apenas concluyó el alcai-

de su sanguinario discurso, empezaron á discurrir por lo bajo sobre la prision de su señor y la maldad de este criado, cuyo proceder desde luego los llenó de horror y de admiracion, viendo ya el atrevimiento de atropellar á los que debia tributar el mayor respeto y veneracion: esta reflexion les irritó tanto, que si hubiese estado fuera de los muros del castillo, le hubieran hecho tantos pedazos como él habia hecho ya de su señor; pero viendo que no podian reprimirle en aquel momento, trataron solo de exigir la libertad de los que contemplaban vivos, haciéndole hablar por uno de los principales de la ciudad en nombre de todos sus habitantes de la manera siguiente:

«Si no conociésemos la malicia que encubren vuestras palabras, no fuera difícil á un pueblo ligero, que desea la novedad, ejecutar lo que le proponeis; pero no habiendo sufrido hasta ahora ningun mal tratamiento de los Trinicios, ni cosa que tienda á esa crueldad y tropelías de que hablais, seriamos culpables de felonía y traicion, como vos lo sois de deslealtad en apoderaros de las personas de vuestros amos, que despues de haberos elevado tanto, se ven por recompensa injuriados en su reputacion y grandeza. Nosotros somos gente de bien y vasallos fieles que no queremos ser malos y desgraciados á un tiempo, por lo cual nunca intentarémos es-

pulsar á nuestros gefes de la república. Cuando ellos hubiesen cometido las maldades de los mayores tiranos, aun entonces seriamos fieles á nuestros amos: por lo demas bastará una palabra para contestaros; y es, que nos hagais el favor de poner en libertad á los amos inmediatamente, y lo acertareis; pues hareis vuestro deber y complacereis á un pueblo que no sufre fácilmente que un vasallo ofenda á los que debe prestar su obediencia y respeto: no temais ser castigado; pues nosotros respondemos de que sereis perdonado de vuestro delito, al paso que si continuais en vuestro error, estad seguro que Conrado lo sabrá, y nosotros le ayudaremos con todo

nuestro poder para haceros sentir que la traicion resulta siempre contra el que la ha inventado.»=El alcaide, aunque sorprendido con esta respuesta, y convencido de que no adelantaba nada si no trataba de ordenar sus asuntos, tanto por Conrado, cuanto por el hermano del duque de Camarino, respondió á sus conciudadanos que en tres ó cuatro horas les daria final contestacion sobre lo que habia pensado hacer, y que era mui regular se conformase con sus deseos y voluntad, poniendo en libertad á los presos.=La dulzura de esta respuesta no impidió que los habitantes hiciesen lo que habian pensado, conociendo que el alcaide no habia principiado esta

farsa sin tener ya otras ideas en su alma, diferentes de las que les habia dicho; y con este motivo se reunieron todos para tomar sus medidas, resultando el voto general de comisionar á uno para ir á ver á Conrado, á fin de que se personase inmediatamente en Nóchera, para poner órden y dar libertad á sus hermanos. El pueblo usó de este medio para evitar el grave compromiso en que se hallaba con sus señores, y demostrarles de todos modos su fidelidad; y ademas porque sabian que Conrado era mui estimado de los demas señores vecinos, y sobre todo del Duque preso y de su hermano Braccio Montoro, que mandaba la Gendarmería italiana; pero lo mejor para

ellos era el no haberse parcializado ni escuchado la transaccion, estando siempre de parte de su señor. = El alcaide, pues, sin esperanza alguna y mas furioso que nunca, persistió en su locura, aunque sin olvidar el medio de salvarse que ya estaba meditado; pero Dios le cortó el camino y le hizo pagar la usura de sus maldades por la diligencia de aquellos mismos de quienes se fiaba, y fue de esta suerte. Luego que se separó de la asamblea de los ciudadanos, y pensado un poco en su crítica situacion, mandó llamar á dos jóvenes de quienes se fiaba para sus asuntos, y les dió todo su dinero y alhajas, mandándoles trasportarlas fuera de la jurisdiccion de sus

señores, para poderse retirar adonde estos jóvenes hubiesen conducido su equipage, cuando ya se viese apurado; y habiéndolos montado mui bien, los hizo marchar por la puerta falsa de la fortaleza, encargándoles que al momento le avisasen de todo, y que luego les enviaria á sus hijos con el resto de los equipages, diciéndoles que ponia en sus manos su vida y su fortuna en prueba de su cariño y confianza, dejando para su tiempo demostrarles su reconocimiento por un servicio tan importante. Los dos encargados de su salvacion le prometieron montes y maravillas; mas luego que le perdieron de vista, fraguaron otro complot, y se resolvieron á quebrantar la fe al

que tampoco la habia tenido, faltando no solo á su conciencia, sino quitando la vida tan cruelmente á sus amos y señores. Convinieron en que era mejor marcharse á Trevio para dar cuenta á Conrado del fin desastrado de sus hermanos, y de la prision del duque de Camarino, que mirar por aquel que Dios no permitiria se salvase del castigo que merecia por un crímen tan horroroso como el que habia cometido. Por diligentes que fueron los habitantes de Nóchera, no pudieron llegar á Trevio antes que ellos; y habiendo llenado de admiracion y de horror á Conrado, anegado en lágrimas y poseido del mayor dolor como del deseo de vengarse, mandó poner los caba-

llos para marchar sin dilacion, y cuando estaba ya para montar, llegaron los comisionados del pueblo, y le refirieron solamente que estaban presos sus hermanos, á lo que Conrado les respondió: ojalá, amigos mios, que ese mónstruo se hubiese contentado con lo que me acabais de referir, pues yo pudiera determinar el pronto remedio. Mas ¡ah! él ha obrado peor, pues ha muerto brutalmente á mis queridos hermanos; pero le juro, que si yo no muero antes de poco, tomaré tal y tan cruel venganza, que todos sus semejantes tendrán un espejo en que mirarse, y verán el castigo que merece un crimen tan execrable. Marchad, amigos mios, id, y poned buenas guardias al re-

dedor del castillo para evitar la fuga de ese mónstruo, y os aseguro del reconocimiento que debo á vuestro cariño; pues tendreis en mí no un tirano, como él dice, sino un señor tal, como hasta aqui no le habeis tenido. = Si Conrado no hubiese estado tan de prisa y enagenado, no hubiera dejado de acusar la indiscrecion de su hermano, por haberse fiado del alcaide, siendo el seductor de su múger, y sabiendo que ya lo habia traslucido; ¡pero cómo! el asunto merecia mas que palabras, y era ya una simpleza reconvenir á los muertos: lo que importaba era vengarlos, y castigar unos asesinatos hechos con tal crueldad. Conrado, pues, tomó el camino de Tudente donde estaba

el señor Braccio, que tenia bajo su mando á Perusa y otras muchas ciudades de la Iglesia, y que sobre la dignidad de gran Condestable del reino de Nápoles, era príncipe de Cápua. Se presentó á él lleno de afliccion implorando su amparo, á fin de poder vengar el atroz crímen del alcaide asesino de sus hermanos, hablándole en estos términos: «¿Qué seguridad, señor, podrán tener en lo sucesivo los príncipes y grandes señores, si sus criados intentan apoderarse de sus estados sin hallar su justo castigo? ¿Podrá decir que es vengar una injuria matar dos por uno, y desear aun asesinar el tercero para esterminar toda la familia? ¿Es acaso atacar á su enemigo el perseguir al

que no ha tenido parte en la ofensa, y quererle hacer sufrir la pena? Mis dos hermanos son muertos; nuestro primo el Duque está preso, y á los dos nos interesa mirar por nuestra causa y nuestro honor: vamos, pues, señor de Braccio, vamos en busca de ese mónstruo que trata con tal crueldad á los que debe venerar y obedecer, y vengaremos nuestra sangre. Evitemos su fuga, para que con menos trabajo y sin vejar á otros sea castigado ese miserable rival, y para que con su ejemplo no se perviertan los corazones de los demas vasallos, y se sublleven sin temor contra sus gefes y gobernadores. Este es un caso de mucha importancia que se debe seguir con el mayor rigor; pues no

se ha de tolerar jamas que viva aquel que hiciese el menor esfuerzo de rebelion contra su príncipe, ó que haya faltado á la fe y respeto debido á su señor. En algunos casos se aprecia al traidor; pero la traicion es siempre detestada como vicio execrable: en el caso presente, ni la accion, ni el que la ha cometido son perdonables, en vista de los atentados y la causa por que se han ejecutado. En fin, señor, basta, ya no es tiempo de discurrir sobre un acontecimiento que está clamando justicia: no vacilemos en la resolucion: aqui teneis á un desgraciado sin hermanos, solo y desconsolado, sin mas apoyo que el vuestro: considerad por otra parte al duque de Camarino preso, opri-

mido y en peligro de sufrir la misma suerte que mis hermanos. Vamos, si quereis, á libertar al preso y vengar las ofensas y homicidios de aquel malvado. No contento con los horrorosos asesinatos que ha cometido, ha tenido el arrojo de intentar usurparme mis estados, y de revolucionar á este fin á mis vasallos, poniéndoles las armas en las manos para estinguir nuestra familia. El Condestable de Nápoles, asombrado con unas noticias tan desagradables, referidas por Conrado con gravedad y constancia, y demostrando al mismo tiempo las pasiones de cólera y rencor contra el traidor alcaide, juró que no descansaria ni dormiria con sosiego, interin no tomase una satisfaccion,

vengando el ultrage hecho á Conrado, y la injuria que él mismo sufria por la prision del duque de Camarino. Reúnense las tropas del Condestable para ir al fin de la semana contra la fortaleza de Nóchera, cuyos habitantes habian puesto guardias en todas las avenidas para que el alcaide no se fugase; mas este sin intimidarse se resolvió á defenderse con su gente y probar fortuna, creyendo tener derecho y causa para hacer frente á los que tuviesen el arrojo de querer asaltar el castillo. El Condestable envió una partida á Nóchera, para intimar al alcaide la rendicion y saber la causa de su rebelion, asi como por quién habia sido incitado á cometer tan detestable trai-

cion; pero este, cada vez mas firme en su maldad, contestó con arrogancia que no se habia fortificado para entregarse á tan poca costa, y para dar tan poca importancia á su reputacion; que por lo demas, no era de tan corto talento y valor para necesitar del consejo y auxilio de otro: que todo lo que habia pasado hasta entonces era solo de su invencion; y que para vengar el agravio que habia recibido su honor por el infame Nicolo Trinicio, violando la castidad de su muger, habia cometido los asesinatos referidos al caballero Braccio, sintiendo mucho no tener entre sus manos á toda la raza de los tiranos, para librar á su pais de semejantes mónstruos, y dar la li-

bertad á sus conciudadanos, aunque indignos de ella por haberla rehusado. =El trompeta le intima segunda vez la rendicion, y que entregue al Duque que no era de aquella familia; á lo que el alcaide contestó repitiendo lo mismo, siendo causa de que la tropa llegase á Nóchera, y habiendo oido el Condestable el poco caso que habia hecho de su intimacion, dió órden para batir la plaza en el mismo dia, lo que se ejecutó inmediatamente, jugando de una y otra parte la artillería, que hizo grande estrago, llegando ya muchos sitiados á intimidarse y desfallecer en la defensa del castillo; pero su gefe los alentó, y volvió á tener en ellos el mismo apoyo. Sin embargo de es-

garse, si el alcaide no hubiese cometido igual inhumanidad. El resultado de todos estos sucesos fue el de sacrificarse unos á otros por estar todos respirando venganza; pues los que habian seguido el partido del alcaide, fueron muertos con la mayor crueldad que puede imaginarse: mas esto no es estraño, pues en todos tiempos un coraron vengativo ha inventado horrorosos tormentos, que aunque parecen increibles, són dignos de fe, porque nos los refieren las historias y los hemos oido á testigos oculares. Aquel, que no contento con quitar la vida á su enemigo, le arrancó el corazon y le comió crudo á pedazos, ¿era por ventura menos bárbaro que Conrado,

haciendo pedazos el cuerpo del padre del alcaide y echándole á los perros? El que puso á Galeas á la boca de un cañon con la cabeza unida á las rodillas, haciéndole llegar con la impetuosidad de la pólvora á la ciudad de donde habia salido á corromper á varios de su ejército, ¿fue menos cruel que los anteriores? Mas dejemos á parte los sucesos pasados para saber el fin calamitoso con que Conrado hizo pagar el último tributo á las tropas del alcaide: los unos, pues, fueron atados á las colas de los caballos sin domar, y arrastrados por los precipicios: los otros atenaceados y quemados vivos: algunos fueron descuartizados en vida, otros cosidos á un cuero de buei

desnudos y enterrados hasta la barba, con cuyo martirio espiraban con espantosos gemidos. Si estos actos pueden llamarse humanos, no alcanzo cuales puedan merecer el nombre de crueles. En el caso presente unos y otros procedieron con furor por los agravios recibidos. El alcaide fue honrado y fiel hasta el momento de robarle su amo el honor y la tranquilidad: amaba á su esposa, esta le era fiel, y los dos contribuian á su mútua felicidad. El atentado de Nicolo fue el orígen de tantas desgracias: el uno tuvo un derecho, y el otro tuvo alguna disculpa; pero ambos traspasaron los límites de la humanidad y se convirtieron en bestias devoradoras. El

uno debió contentarse de haber tomado la venganza sobre el agresor de su honor, y el otro con las muertes que resultaron de la batalla, sin ejercer una crueldad tan sanguinaria. De todos estos horrores resultó, que el alcaide, viendo morir á su padre con tan horroroso martirio, lo mismo que á todos los suyos, arrebatado ya por una cólera feroz y sedienta de venganza, aunque no pensaba sacrificar á su muger, la ató de pies y manos, y despreciando los clamores con que le pedia el perdon de su delito, la precipitó desde lo alto de la torre á los fosos de la fortaleza, acompañándola su maldicion como autora de tantas desgracias, y el dolor de todos los espectadores que

habian sido testigos del amor que la habia tenido el desgraciado alcaide hasta descubrir su adulterio. La tropa al ver esta nueva atrocidad, puso fuego á la torre, precisando á salir de ella al alcaide rodeado de fuego y de humo, y le hicieron á él, á su hermano y á sus hijos una descarga cerrada que puso fin á sus vidas, cual ellos mismos deseaban para dejar de sufrir. Conrado mandó hacer pedazos estos cadáveres y diseminarlos por los campos para que sirviesen de pasto á las fieras y aves de rapiña, haciendo despues un entierro mui honorífico á sus hermanos y á la infeliz muger del alcaide, que en verdad recibió su merecido castigo como adúltera y cau-

sante de tan trágicas como horrorosas escenas.

Tal fue el fin de estos desgraciados amores que pueden servir de ejemplo á todas las mugeres para no esponerse á semejantes consecuencias por faltar á sus deberes y á su honor; convenciéndose de que no hai placer, por grande que sea, que dando sus vueltas la rueda de la fortuna, no cause sinsabores, no estando fundado en el honor y la virtud. Y vosotros, maridos, aprended á ser prudentes y moderados para no tomar nunca la venganza por vuestra mano y de vuestra autoridad, sin temer las consecuencias tristes y escandalosas que el furor y el alucinamiento pueden acarrearos. Vuestro do-

lor es justo; pero es preciso que la razon sea vuestra guia para reprimir vuestras pasiones, y evitar el dolor de tener que caer en el cruel arrepentimiento, como sucedió á este loco alcaide, que por tomar satisfaccion de un agravio, labró su desgracia, y de crímen en crímen, ya ciego, se arrojó él mismo al abismo, viendo inevitable su perdicion; y últimamente, tengamos siempre presente, que jamas la ira implacable ni la cólera desenfrenada dejaron de producir la ruina completa del hombre cuando se deja llevar de las pasiones sin hacer uso de la razon y de la conciencia, que es la que nos reprime y consuela en las aflicciones, teniendo un santo temor de Dios.

HISTORIA TRÁGICA 5.ª

LA BOHEMIANA

DE TREBISONDA:

O UN SEQUIN

POR CABEZA DE CRISTIANO.



Muere temerario: sin voluntad
no hay esclavos en amor.

V. del. P. M. f.

El príncipe Potemkin, tan célebre en los anales de San Petersburgo, se hallaba en su mas alto grado de favor con la grande Catalina II, autócrata de todas las Rusias, y habia poderosamente contribuido con su talento á engrandecer los estados de esta ilustre princesa, particularmente hácia las fronteras limítrofes de la Turquía, potencia que temia tanto mas una invasion general, cuanto que se veia aun atacada por el lado de la Hungría y de la Valaquia

por los ejércitos del emperador de Austria Leopoldo. En 1739 desplegaba la guerra entonces todos sus furores en este pais, y la sublime Puerta, acometida por todas partes, temblaba por la dignidad y la gloria de la media luna: en fin, despues de los asaltos, de los sitios multiplicados, de las batallas obstinadas, el gran Señor concluyó un tratado de paz con la temible Emperatriz, y pudo por consiguiente, no teniendo mas que una potencia que combatir, defender el honor de sus armas con mas ventaja. El principal teatro de la guerra con los imperiales habia sido trasladado enteramente sobre las fronteras de la Dalmacia, no lejos de Ragusa, y la san-

gre corria hacia ya muchas campañas entre los genízaros del Sultan y las tropas austriacas con un encarnizamiento que hacia gemir á la humanidad.

Mas como mi intento no sea el de trazar con un estilo político vastos planes de campaña, ni de ocuparme de los grandes intereses de los príncipes de la Europa, cortarémos este preámbulo y quitarémos á la pluma materias tan profundas para no sacar de estas hostilidades entre los turcos y los austriacos mas que un episodio que me parece debe inspirar el mayor interes.

Sabido es que la Bohemia abunda en esta clase de decidoras de la buena fortuna, pitonisas-mo-

dernas, que á semejanza de las famosas Sibilas de la Grecia, sacan oroscopos y pretenden conocer la astrología judiciaria, con tal orgullo de su ciencia, que todo lo leen en el porvenir, escepto su destino. Generosas para su siglo, no se limitan á hacer gozar solamente á su pais de los beneficios de su pretendida hechicería ó encantamiento, pues todos los paises de Europa, es decir, el Egipto, la España, la Italia, la Alemania y la Francia conocen á estos oráculos peripatéticos, que calzados con un elegante borceguí ó zapatos de fuertes colores, y con la cabeza cubierta de una mantilla negra, visitan todas las naciones. Una de estas bohemianas, llamada Talmir-Alis-

ca, será la heroina de esta historia trágica que vamos á publicar.

Aunque Talmir-Alisca no fuese nacida en Trebisonda, el padre era cristiano, y no haciendo negocios mui ventajosos en Francia en su oficio de platero, habia ido á establecerse con su muger al arrabal de Pera en Constantinopla. Alli Talmir pasó su infancia en las costumbres musulmanas, á pesar de hallarse entre una multitud de europeos comerciantes de todas clases: fue pues criada en los mismos usos y ritos de la religion mahometana, y recibió al nacer este nombre oriental que tiene aqui, el cual significa en lengua turca *encanto de los ojos*, segun el uso de los orientales, y sobre todo

de los asiáticos, de dar siempre á las mugeres denominaciones alegóricas. Talmir hasta en sus mas tiernos años justificaba por todos conceptos su nombre, porque la naturaleza en estos climas, tan favorables á la imaginacion, no habia producido objeto mas seductor. Reunion admirable de gracias y de encantos, conjunto de contrastes interesantes; en fin, la hermosa Talmir unia al carácter de la beldad oriental la fisonomía viva y fina de una parisiense graciosa; y por un contraste mas raro aun, si sus ojos eran de un bello negro de terciopelo, si sus cejas de ébano trazaban dos arcos magestuosos sobre su frente de marfil, sus cabellos del mas hermoso rubio

caian en grandes rizos sobre sus espaldas de alabastro: el coral mas puro adornaba el contorno de sus finos y graciosos labios, y treinta y dos perlas guarnecian su pequeña boca, tan fresca como el cáliz de una rosa: sus padres no vieron tantos atractivos sin esperimentar un secreto orgullo. Era su única hija; pero en lugar de consagrarla toda su ternura, en vez de darla una educacion correspondiente á su fortuna, y criarla en la religion de sus mayores, no solo cometieron la falta imperdonable de someterla y habituarla á las leyes de los Alfaquis y del Profeta, sino aun se propusieron la odiosa especulacion de venderla al serrallo de algun gran Sephi ó Visir por algu-

nos millares de sequines: la hicieron sufrir la operacion egipcia, de la que las esclavas hermosas de la Georgia, de la Circasia, de Memphis y de Alejandría son generalmente víctimas en su infancia, antes de ser puestas en venta á una edad mas avanzada en los arrabales del gran Cairo completamente desnudas.

Sin duda mis lectores desean saber qué clase de operacion es esta, cómo y por qué se hace; mas solo les diré que es una operacion que asegura á los árabes, los musulmanes y los egipcios las hermosas doncellas que compran.

Talmir-Alisca, pasados aquellos dolores de tan cruel operacion, se entregó á los juegos ordinarios á

su edad; pero debia bien pronto esperimentar un asalto mas sensible: su madre, ó mas bien una madrastra odiosa (pues ya cesó de merecer tan tierno y respetable nombre), la vendió en una suma considerable á un jóven opulento de Andrinópolis, especie de Alcibiades voluptuoso que en sus frecuentes viages á Constantinopla, y sus idas y venidas al arrabal de Pera entre los cristianos, habia sido frecuentemente admirado de las grandes esperanzas que prometia la naciente beldad de Talmir; y arrastrado de sus encantos en el lisongero porvenir que ofrecia, habia querido aumentar sus provisiones de amor con esta preciosa adquisicion. Talmir-Alisca era aun

mui jóven para conocer lo poco que la estimaban sus padres, y no fue sino á la época delicada cuando sintió, como una nueva Galatea, suceder otra vida á la insignificante de sus primeros años. Cuando su razon cultivada por los maestros de toda especie que la habian dado en el harem del Cadí, la hizo comprender que sus indignos padres habian traficado con su persona y atractivos en un tiempo en que su debilidad é inocencia debian inspirar el mayor interes; entonces fue cuando concibió contra ellos un odio implacable, y tomó la resolucion de burlar todas las especulaciones galantes del Cadí, y de entregarse al último de sus guardias, antes que conservar-

le una alhaja de que le hacian indigno su poca delicadeza y sus sistemas venales. El brillante y enamorado Cadí no dejaba por su parte de prodigarlo todo á esta hermosura para ganar su corazon: adornos magníficos, muchos rubíes y perlas del oriente, velos bordados de oro y de diamantes, grandes fiestas, mesas espléndidas, alfombras y cojines suntuosos, muchos criados, esclavas, perfumes, conciertos á la europea, bailes magníficos, baños voluptuosos; y en fin, placeres de todas clases, era con lo que contínuamente la obsequiaba Olmasis-Kipsan sin omitir cosa alguna para conciliarse la inclinacion de su hermosa Sultana favorita, y no esperaba sino un

momento favorable para echarla el pañuelo. Talmir, lejos de engreirse con tal ardor y prevenciones, se veia humillada y envilecida cuando reflexionaba que destinada como una vil propiedad á el lecho de un señor absoluto, no era mas que una víctima colocada sobre el altar del sacrificio; y que amable ú odioso debia contemplarse honrada con una preferencia que en el fondo no era mas que una señal de su esclavitud. Española por sus sentimientos y valor, y rojelana por la independencia de su carácter, jura librarse de tan humillante situacion, aunque sea con riesgo de su vida. Quiere asociar á sus atrevidos designios algunas Odaliscas; pero estas, tí-

midas, acostumbradas á sus cadenas y á una eterna ociosidad, no teniendo fuerzas para sacudir las adormideras del serrallo, menos le tienen aun para tomar parte en una empresa tan temeraria. Tres jardineros solamente (cristianos) son los que se inflaman de placer al oir su proposicion; y haciendo juramento por su honor y religion, ponen su suerte en manos de la hermosa Talmir-Alisca.

La noche que se designó para la fuga, fue precisamente la que habia elegido el apasionado Cadí para el triunfo de su amor y de sus tiránicos derechos. Jamas serrallo alguno en el oriente, desde los fastuosos sátrapas de Sardis bajo el imperio del gran Ciro, hasta el

reinado de Soliman II, habia tenido igual suntuosidad: si Talmir, en efecto, arrastraba cadenas, eran de oro, y mas bien podia decirse que era un cetro el que la hacia reinar en este templo sobre su amante y sobre todas las demas mugeres, que la situacion de una esclava cristiana sacada del seno de una baja estraccion. Se habia celebrado ya un festin delicado; las luces se habian multiplicado; las negras habian presentado á nuestra heroina ricas joyas; se habia preparado por el gefe de los eunucos un retrete con todo lo mas esquisito que se puede imaginar; y en fin, todo anunciaba á Talmir-Alisca que su persona debia ceder en esta noche por grado ó

por fuerza al intento de un bárbaro Cadí: esta idea, no haciendo mas que acrecentar su despecho; Talmir, digo, viendo ya en su imaginacion alterada caer á sus pies el fatal pañuelo como un decreto terrible, no pierde mas el tiempo en deliberaciones inútiles, y proveyéndose apresuradamente de su oro y de todos sus diamantes los mas preciosos, abre las persianas, apaga las luces de la mezquita, franquea el balcon de su cuarto, y por medio de una escala, compuesta de chales de cachemir y cordones de seda, colocada de antemano por los tres jardineros, advertidos desde la mañana de estar prontos en todo acontecimiento, se halla de un salto, que da con la

mayor resolucion y ligereza, en los jardines del Cadí.

Saltar los cuatro las tapias, á pesar de ser mui escarpadas; embarcarse á algunas millas de distancia en un esquife; volver á entrar en la Turquía por el Mediterráneo; ganar la Siria, Larisda, Bagdad, Ragusa y Samarcando; pasar del Asia á Europa, y volver de Europa al Asia para burlar mejor las tentativas que hubiese podido hacer su soberano de prenderla, fue por algun tiempo el único objeto de nuestra linda asiática, hasta el momento en que viéndose ya en seguridad, concibió el proyecto de ir á fijarse en Trebisonda: llegó en fin en un magnífico palanquin con una comitiva numerosa de escla-

vos y camellos comprados en Ormus, anunciándose por la hermana de un poderoso de Armenia que viajaba por divertirse; y luego que llegó á esta ciudad, despidió por prudencia á los tres jardineros, quienes volvieron á Europa colmados de beneficios.

Talmir-Alisca por algunos meses se halló como embriagada de placer respirando ya el aire de la libertad, y no podia imaginarse mayor felicidad. Habiendo escapado tan diestramente de los hierros dorados de aquel déspota enamorado, su felicidad le parecia completa en el seno de sus riquezas; y si podia formar aun algun voto, era el de hallar un hombre digno de su afecto. En este estado se en-

contraba su espíritu, cuando inopinadamente fue informada de que Olmasis-Kípsan, no habiendo cesado de perseguirla con la mayor eficacia, habia descubierto sus huellas á fuerza de informes y pesquisas del Divan de provincia en provincia, y de los Imanes y los Agás; y no se proponia nada menos que hacerla llevar por uno de sus veteranos al fatal lazo, ó coserla él mismo á puñaladas para castigarla de su infidelidad. Sabemos con respecto á esto, que los grandes en Turquía y en Asia tienen derecho de vida y de muerte sobre sus esclavos, y que mas de una muger del serrallo han visto el hierro homicida dentro de su pecho por la mas leve sospecha de inconstan-

cia. En ciertos gobiernos tienen la barbarie de sepultar á la culpable en un saco, hacer llover sobre ella una granizada de golpes hasta que espira, y despues arrojarla al mar. El mismo uso hacen los egipcios en el gran Cairo y en Alejandría para el suplicio de sus vestales prevaricadoras.

Talmir, pues, sabiendo las crueles intenciones de Olmasis-Kipsan, estaba furiosa. Su caracter, naturalmente romancesco, se habia singularmente desenrollado desde su evasion; los peligros del viage y sus singulares destinos la habian hecho creer, como por una inspiracion profética, que habia nacido para una cierta celebridad, y lejos de quererse resolver á una pronta fuga, no trató sino de pro-

curarse el placer de una venganza completa en el hombre que desde su niñez la perseguia con tanto encarnizamiento.

Olmasis-Kipsan por su parte no dejaba de estar vacilante. ¿Enviaré yo, decia entre sí, el fatal cordon al objeto seductor que mi corazon adora? ¿He de sacrificar tantos atractivos en la flor de la edad? ¿No hallaria yo un medio seguro de conservar todos estos encantos de una joven tan hermosa é interesante, sino para hacerla descender al sepulcro de una muerte violenta?.... Olmasis pudiera haberse ahorrado todas estas inquietudes, porque Talmir estaba bien resuelta á no ceder sino al número de asesinos, y á emplear todo su ingenio para vengarse de su tirano de

un modo admirable. Disimulando pues todos sus resentimientos, manda á Olmasis un tierno mensage por el que finge demostrar el mas vivo arrepentimiento: no pide mas que un momento de audiencia para justificarse completamente, y probar que su corazon tenia mas parte en su fuga que lo que piensa. Olmasis, engañado por estas falsas espresiones, suspende su resolucion; y siempre poseido del deseo de tener en su poder á esta hermosa joven rebelde, sin perjuicio de castigarla despues por el honor de su rango, de su dignidad y del respeto debido á las leyes del serrallo, se presenta en su casa de incógnito. Sin embargo, á todo evento se provee de una hoja pequeña de acero, con la que los

grandes de la Turquía de su propia autoridad cortan las narices y las orejas á sus queridas cuando son infieles ó se fugan. Pero Talmir es informada de esta terrible circunstancia por un joven de la comitiva del Príncipe, que tomaba el mayor interes por ella.

A su vista Talmir, recostada en un sofá de su delicioso retrete aromatizado con perfumes esquisitos que exhalaban una porcion de copas doradas, supo disimular todo el horror que la inspiraba aquel tirano; y siendo su único objeto el de cautivar sus sentidos, fingió la mas seductora ternura dejando correr al mismo tiempo de sus hermosos ojos azules copiosas lágrimas; y con un arte el mas disimulado descubrió una parte de su pecho de alabastro,

dejando ver un pie de que hubiera tenido envidia Terpsícore....

Talmir en fin, la astuta Talmir acabó de embriagar los sentidos de Olmasis, y de encender el fuego de sus deseos.... No es ya el orgullo de su amor despreciado, ni la fuga de una Huri (1) criminal lo que ocupa y embriaga sus sentidos: la única felicidad de poseer tantos atractivos y ser el dueño de tal beldad, anima al enamorado Cadí; y la hermosa Talmir-Alisca ve al fin á su juez á sus pies. Al principio fluctua en sus sentimientos, y se siente desarmada en secreto por tantas protestas y demostraciones de amor; mas reflexionando bien

---

(1) *Nombre de las ninfas del Paraiso de Mahoma.*

pronto que un solo momento de imprudencia y debilidad puede comprometer su libertad y su vida, no vacila mas, y aprovechándose de la poca luz que reina en su retrete, saca un puñal oculto entre los pliegues de su vestido, y le sumerge en el seno de Olmasis que al momento exhala el último suspiro, maldiciendo á Talmir y á su poca penetracion. El joven Agá que guardaba las puertas, corrió á los gritos de su amo; pero lejos de pretender denunciar á nuestra heroina, de la que era cómplice por ciertas consideraciones, como la de haberla avisado secretamente de todo, no hizo mas que ayudarla en su nueva fuga con precipitacion, y tanto mas porque el amor hacia ya mucho tiempo que contribuia á ello.

Este joven Agá la dijo, que era preciso antes de alejarse cortar la cabeza del Príncipe, y despojarle enteramente para que no fuese conocido. Concluida esta sanguinaria operacion, fue colocada la cabeza, que aun estaba arrojando sangre, en una redoma grande de cristal de roca; pero por un prodigio inconcebible, desde el momento que fue encerrada, vino á ser un talisman para la persona que la poseia, concediéndola el don del arte de la nigromancia; porque apenas Talmir guardó esta cabeza en sus cofres, vió presentarse á su vista llena de admiracion el cuadro del horroroso porvenir, y no conoció que el Agá debia ser su amante. Pero ¡ qué cadena de acontecimientos prodigiosos no vió desplegarse

en su agitada imaginacion!!!.... Viages largos, peligros de toda especie, elevacion, miseria, placeres y vicisitudes sin fin, era en una palabra un bosquejo exacto de los acontecimientos de la vida; y por un efecto singular, si penetraba en las cosas futuras, no podia sustraerse á las calamidades que un dia debian pesar sobre ella.

Su fuga de Trebisonda con el Agá, su compañero inseparable despues (porque habia sido bien acogida su secreta pasion), fue ejecutada al momento durante la noche del asesinato de Olmasis-Kipsan. Al principio corrieron juntos una parte de la Rusia, de la Lituania, de la Livonia polaca, y despues, consultando á la redoma encantada, Talmir supo por ella que

los destinos habian ordenado: «Que iria á las fronteras de la Dalmacia; que por otra ocurrencia singular perderia todos sus tesoros en una cadena de desgracias; que su joven y querido Agá seria muerto por unos tártaros errantes; y en fin, que por una lei mas estraña de su fatalidad vendria á ser vivandera de un regimiento de húsares húngaros, estando entonces el Austria, como ya hemos dicho al principio, en guerra con el gran Visir.»

Talmir se vió confundida con el cuadro de tantas adversidades consecutivas: de todos nuestros infortunios el mayor es el que sabemos nos debe suceder, porque sin cesar está siempre atormentando la memoria; y asi esta infeliz llegó á arrepentirse frecuentemente de su

audaz asesinato, atribuyéndole todas sus desgracias: quiso tambien echar en un rio, ó enterrar esta funesta cabeza, causa de todos estos reveses pronosticados; pero cuando con su mano trémula intentaba sacar de la redoma la cabeza, se oia un ruido horroroso, como el de una corriente subterránea; salian quejidos horribles de los labios ensangrentados de Olmasis, y sus ojos despedian chispas abrasadoras: lo mismo sucedia si Talmir trataba de ocultar en las entrañas de la tierra este terrible talisman; arrojaba una llama volcánica, y toda la naturaleza la decia en el lenguage de estos diferentes fenómenos, que estaba condenada por la suerte á arrastrar tras sí el peso doloroso de su homicidio: mas no

era esto solo; su sueño, interrumpido contínuamente por las imágenes mas espantosas, no la ofrecia en sus contínuas pesadillas sino el terrible aspecto de cabezas corriendo sangre, criminales empalados, cadalsos, y este grito contínuo, repetido sin cesar á sus oidos por la misma boca de Olmasis-Kipsan: «Serás colgada en un campo de húsares húngaros.» En efecto, todas estas visiones se realizaron: su querido Agá fue asesinado á su vista en un monte de la Polonia por una banda de tártaros vagabundos: la misma Talmir, despojada de todo su dinero, no escapó sino milagrosamente del acero de los asesinos; y por un accidente cuyos efectos no se pueden atribuir sino á la ven-

ganza divina, de todos sus tesoros, de todos sus trages magníficos, el único objeto que la quedó fue esta cabeza de siniestro presagio, que rodando hasta sus pies en un estuche de madera en medio de la confusion del pillage, parecia seguir todos sus pasos como una sombra ensangrentada, pretendiendo con tan horrorosa fidelidad asociarse para siempre en vida y en muerte á Talmir....

Luego que la aurora empezó á prestar sus rayos, miró á su alrededor, y nada viendo sino el cuerpo de su querido Agá bañado en su sangre, lleno de heridas, y toda su familia degollada, entonces nuestra Bohemiana se arrancó los cabellos, desgarró sus vestidos, y llevada del furor, queriendo ale-

jar de sí aquella cabeza funesta, causa de todas sus desgracias, trató de echarla de un puntapié entre los arbustos; pero por otro prodigio no menos raro se halló asida la punta de su pie por los dientes de esta cabeza que no soltó la presa sino despues de haberla causado fuertes dolores. Talmir, en fin, se ve forzada á llevar en una especie de mochila que formó de los andrajos que dejaron despreciados los ladrones, este duende cruel que ha jurado su ruina. Traspasada de frio se dirigió á una choza donde los pastores se dignaron darla hospitalidad. Alli se vió confundida entre los húsares imperiales, que hallándola bonita, la ofrecieron recibirla como cantinera en su escuadron. Talmir, en su estado de

miseria, no podia menos de aceptar, á pesar de que interiormente se lamentase de ver cómo se realizaban aquellas fatales predicciones, acercándose mas y mas el horroroso espectro de un patíbulo, sin separarse un instante tan triste idea de su imaginacion.

Los oficiales de húsares consienten en la admision de Talmir en calidad de cantinera: su hermosura allanó todas las dificultades; el coronel la compra un carro con dos caballos; el cuerpo de oficiales la suministra provisiones de toda especie; establece una cantina abundante, y en poco tiempo nuestra heroina es una de las vivanderas mas ricas del ejército. Hablando fácilmente muchas lenguas, tocando varios instrumentos, y en fin

adornada de todas las habilidades de la educacion que se recibe en el serrallo, es el encanto Talmir-Alisca de los oficiales superiores, y se le proponen por unos y por otros diferentes partidos; pero esta felicidad no era mas que superficial: las espantosas visiones de la noche no cesaban, y la sombra ensangrentada de Olmasis la perseguia mas que nunca: en vano recurria á las mas singulares diversiones, pues el encanto no cedia un instante de su fuerza y tenacidad. «Probemos, se decia ella entre sí, hacer la Pitonisa, la Bohemiana, y á fuerza del encanto que ya poseo, hagamos en poco tiempo una fortuna colosal, sacando de este modo un buen partido de lo que me ocasiona tan crueles penas.»

En efecto, Talmir admira á todo el ejército con su penetracion: si ha anunciado á los generales un reves, ven que se realiza al momento; y las tropas austriacas batidas se ven obligadas á retirarse en la mayor confusion: sus inspiraciones mágicas la predicen una victoria brillante: admitida al consejo arregla las disposiciones de la accion; y el laurel corona todas sus profecías. En fin, Talmir es para el ejército del Emperador, tan pronto un ángel celeste, tan pronto un genio infernal que dispone de los destinos, y al que ya no se acercan sino con el respeto del fanatismo.

Una tarde que el coronel del regimiento de húsares, de quien ya hemos hecho mencion, fue á visitar la cantina de Talmir por ha-

cerla la corte, «Bien os esperaba yo, mi coronel, le dice apenas ha entrado, y aun sin haberle visto: mis libros, á los que he consultado en este momento, me dicen que el jueves próximo ireis á la descubierta con uno de vuestros escuadrones; que sereis sorprendido por una partida de caballería turca, y que perecereis con toda vuestra gente en la refriega.»

El coronel no hizo mas que reirse de la tal adivinanza, diciendo á Talmir que si le hubiese pronosticado que siempre la hallaria hermosa, no hubiera dudado un instante en creerla; pero que en cuanto á sus pronósticos no les acordaba ninguna confianza.

Sin embargo, habiendo llegado la noche del jueves, nuestro co-

ronel se halló efectivamente de servicio para rechazar al enemigo, y hacer un reconocimiento pasados todos los puestos avanzados, á pesar de que no le correspondia; pero el oficial superior que debia marchar, se hallaba indispuesto, y tuvo que reemplazarle. La noche estaba mui oscura, no permitia distinguir los objetos, y apenas se empeñó en reconocer un montecillo, se vió asaltado por una multitud de turcos que hicieron de él y de su tropa una carnicería terrible, sin dejar escapar un solo húsar para contarlo. Nuestro coronel nadando en su sangre, acribillado de graves heridas, se siente rodeado de las sombras de la muerte, y no entreabre sus ojos hasta los primeros rayos de la aurora. En-

tonces se halla entre los cadáveres de sus soldados, y para mayor horror un musulman de una estatura gigantesca estaba ocupado sobre el campo de batalla en cortar con su alfange las cabezas de los muertos y de los moribundos; cuya operacion hacia, porque cuando los turcos estan en guerra con los austriacos, es costumbre en sus ejércitos dar un sequin por cada cabeza de los cristianos; por lo cual nuestro musulman, codicioso de oro, llenaba de cabezas un costal grande, y dirigiéndose al coronel, se preparaba ya á degollarle, cuando este espantado de este nuevo peligro que corria su vida, reune sus pocas fuerzas, y levantándose, sin poder apenas sostenerse, suplica al musulman en lengua turca, que

entendia un poco, no le degollase y se limitase á hacerle prisionero, por cuya gracia ganaria mas, pues que le prometia asegurarle una pension de mil sequines sobre sus propiedades en el Tirol. Mas el horrendo musulman no entiende este lenguage, y un solo sequin de presente á su vista vale mas que mil dentro de dos dias. Se prepara, pues, de nuevo á hacer saltar de los hombros la cabeza del desgraciado coronel, y este hallando nuevo vigor en su desesperacion, se apodera de un fuerte martillo de acero, del que los turcos se sirven para cargar sus trabucos, y que llevan pendiente de sus dormanes, y asestando un golpe terrible en la frente á su enemigo, le atontece y cae redondo en el suelo: despues apode-

trándose al momento de su fatal alfange, le sumerge una y mil veces en el pecho del musulman. Ganada esta victoria, no trata ya mas que de ir arrastrando hácia los puestos avanzados del ejército austriaco; y habiendo salido á la descubierta un piquete de húsares, de barkos y de hulanos para recoger noticias de los escuadrones que se habian puesto en marcha durante la noche, viéndole aun vivo entre aquellos montones de cadáveres, le recogieron y le colocaron sobre uno de sus caballos: no siendo mortales sus heridas, se restableció en poco tiempo; pero la prediccion de Talmir no se habia apartado un momento de su memoria, y no dando crédito alguno á la magia blanca, no dudó ya que alguna estratagema cri-

minal hubiese intervenido en aquel funesto encuentro para su pérdida.

Luego que volvió á su campo, tomó con el mayor misterio todos los informes posibles, espió cuidadosamente todas las acciones de la Bohemiana de Trebisonda, hasta que al fin descubrió que para enriquecerse mas pronto y tratar de volverse á Turquía, tenia inteligencia secreta con los enemigos; que habia vendido muchas veces las posiciones del ejército, y dispuesto asi por sus culpables informes de los triunfos y de las derrotas de los austriacos. En cuanto á lo que tocaba personalmente á él, queriendo Talmir sacrificarle, habia hecho tomar un tósigo tardío al oficial que debia estar de servicio en la noche fatal de aquel

jueves, lo que habia obligado á nuestro coronel á reemplazarle: á mas de esto, los turcos habian sido advertidos oportunamente de la espedicion proyectada, y con esta noticia triplicado sus fuerzas sobre el punto que los húsares debian reconocer, y toda esta combinacion en fin habia sido causa del desastre que hemos referido.

En este estado de cosas, y habiendo llegado el coronel á cerciorarse de lo que hasta entonces no habia estribado mas que en congeturas, mandó prender y formar consejo de guerra á Talmir-Alisca, en el que fue convencida de espionage, y condenada á ser ahorcada frente de su cantina. En vano quiso recurrir á la magia de su redoma de cristal, pues no halló en lu-

gar de la cabeza de Olmasis sinó un patíbulo ensangrentado, del que se hallaba pendiente un puñal con un lazo mui significante. En efecto, fue ejecutada pocas horas despues la sentencia, maldiciendo ella su destino. Asi es como pereció la Bohemiana de Trebisonda, sufriendo la pena debida á su perfidia.

FIN DEL TOMO II.






25
GALERIA
FUNEBRE
420

colorchecker CLASSIC

calibrite

mm